

HERACLIO BONILLA

PIERRE CHAUNU

TULIO HALPERIN

E. J. HOBSBAWM

KAREN SPALDING

PIERRE VILAR

La Indepen dencia en el Perú

PERU PROBLEMA 7

IEP

INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS



CAMPODONICO ediciones S. A.

Colección: Peru-Problema

HERACLIO BONILLA La
PIERRE CHAUNU Indepen
TULIO HALPERIN dencia
E.J.HOBSBAWM en
KAREN SPALDING el
PIERRE VILAR Perú

INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

IEP

CAMPODONICOediciones S. A.

© IEP *ediciones*

CAMPODÓNICO *ediciones* S. A.

Horacio Urteaga 694, Lima 11

Chavin 45, Lima 5

Colección dirigida por

José MATOS MAR

Director del Instituto de Estudios Peruanos

Impreso en el Perú

1ª edición enero 1972

4,000 ejemplares

Contenido

José MATOS MAR - HERACLIO BONILLA	
Presentación.....	9
HERACLIO BONILLA - KAREN SPALDING	
La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos.....	15
Tulio HALPERIN DONGHI	
La crisis de Independencia.....	65
PIERRE CHAUNU	
Interpretación de la Independencia de América Latina.....	123
PIERRE VILAR	
La participación de las clases populares en los movimientos de Independencia de América Latina....	155
E.J. HOBSBAWM	
El impacto de la Revolución Industrial.....	175

Presentación

Como una contribución al esclarecimiento del proceso de la Independencia, breve momento histórico en el cual se sancionó la ruptura política entre el Perú y su metrópoli española, el IEP cumpliendo con su tarea científica y crítica ofrece, en este nuevo volumen de su serie PERÚ PROBLEMA, cinco ensayos que tratan desde nuevas perspectivas el problema de la Independencia. Su selección fue encargada a Heraclio Bonilla y su propósito es ofrecer al lector los planteamientos de la moderna investigación histórica sobre el tema. Los análisis e interpretaciones que formulan los autores de estos ensayos constituyen serios intentos para reexaminar y cuestionar la versión que tradicionalmente existe entre nosotros sobre la Independencia.

La versión elaborada y difundida por la historiografía tradicional de ayer y de hoy afirma que la Independencia fue el resultado del enfrentamiento del pueblo peruano contra España para romper sus lazos políticos. Este conflicto, se dice, tuvo precursores nacionales desde Tupac Amaro hasta la llegada de San Martín y se produce como consecuencia de la toma de conciencia, al nivel nacional, de los abusos cometidos por la metrópoli contra la población criolla e india del Perú. En esta toma de conciencia jugaron un papel importante los ejemplos de la Independencia Norteamericana y de la Revolución Francesa y la difusión de las ideologías nacionalistas y liberales. Los abusos mayores, por otra parte, fueron debidos a la imposición del exclusivo monopolio comercial y a la marginación de los criollos de los cargos más altos de la administración colonial.

Esta versión tradicional es la que se difunde en los textos escolares, en los manuales universitarios y en las

celebraciones de cada efeméride, modelando así una imagen sui generis de conciencia histórica nacional. Su mensaje tiene un claro contenido ideológico, que distorsiona la realidad y la acomoda arbitrariamente a las necesidades del presente. Tales ideas y tesis sostienen y nutren el pensamiento de la versión oficial, fundan arbitrariamente las bases precarias de una nacionalidad y ocultan los intereses antagónicos de las clases de la sociedad peruana.

Las conclusiones de las investigaciones históricas más recientes revelan, más bien, que en América Latina y sobre todo en el Perú, la Independencia no fue el resultado de un conflicto entre metrópoli y colonia sino la consecuencia de una pugna en Europa entre metrópolis competidoras por el dominio universal. En el caso del Perú, además, esta Independencia fue concedida y no conquistada. Es decir, traída desde afuera por los ejércitos de San Martín y de Bolívar. La Independencia tampoco fue fruto de una toma de conciencia nacional del pueblo peruano, puesto que las grandes mayorías estuvieron ausentes del proceso. Indios, negros y mestizos lucharon indistintamente en las filas de los ejércitos patriotas y realistas.

Estas premisas, indiscutibles hoy, sugieren que todo examen del proceso de la Independencia debe considerar dos factores: el contexto universal en el cual se desarrolla y los intereses concretos de los diversos grupos que integraban la sociedad colonial. Es la articulación de esta doble dinámica, es decir la de los intereses y la de las fuerzas externas, la que otorga el auténtico sentido histórico a lo que realmente fue la Independencia.

La Independencia aparece entonces como consecuencia de la acción de San Martín y de Bolívar en el Perú y de las victorias militares de Junín y Ayacucho. Para estos libertadores, el derrumbe del bastión colonial que significaba el Perú era condición necesaria e indispensable para garantizar la Independencia americana. En este proceso la élite peruana no participó directa

ni activamente porque su surgimiento y su robustecimiento como clase estuvo estrechamente asociada a su vinculación con la metrópoli. Su creciente vulnerabilidad económica, desde fines del siglo XVIII, y su desarticulación ideológica la inhibieron en su afán de conquista del poder político. Aquí reside toda la diferencia que distingue a la élite peruana respecto, por ejemplo, de las de Argentina y Venezuela. La no participación de los criollos tampoco pudo ser compensada con la intervención de las grandes masas oprimidas por el sistema colonial, porque su movilización revivía en los criollos los viejos temores de una rebelión social generalizada que los obligara, como consecuencia, a otorgar un contenido social distinto al movimiento de liberación. Pero, además, las masas populares estuvieron ausentes porque en el proceso de la Independencia no entraron en juego los intereses que pudieran comprometerlas. Fue un conflicto de minorías para minorías.

De allí que, a diferencia de las auténticas revoluciones burguesas de la Europa de los siglos XVIII y XIX, la Independencia en el Perú se limitó a ser un hecho militar y político, dejando inalteradas las bases mismas del sistema colonial. Esto, obviamente, no significa que ella no produjera algunos cambios derivados, pero éstos no afectaron la esencia misma de la estructura económica y social colonial. El cambio más importante, por sus consecuencias ulteriores, fue el surgimiento de un poder político en el seno militar, el cual, ante la crisis de la clase dirigente española y la debilidad de la élite criolla nativa, ejerció sin seria oposición el poder político de la nueva república hasta 1872.

Cuando nos referimos a la vigencia de la estructura colonial queremos indicar dos hechos básicos: la naturaleza del ordenamiento y de la jerarquía social y el acondicionamiento de la economía interna en función de las exigencias de las nuevas metrópolis.

Estos dos hechos persistieron durante todo el siglo XIX y hoy son los que otorgan a la sociedad peruana sus marcos configuracionales. Es por eso que la discusión

de la Independencia en los términos propuestos por la historiografía tradicional confunde la apariencia con la realidad e impide el análisis crítico de las raíces históricas que subyacen en la situación presente.

Pero, si bien el análisis de los intereses concretos de los grupos antagónicos revela el porqué de la inmovilidad de las élites y de las clases populares, la comprensión del contexto universal en el que se desarrolla la Independencia permite descifrar su contenido y su significación. Aquí es necesario distinguir dos niveles. A uno inmediato, la Independencia aparece como la condición necesaria para consolidar el fin del pacto colonial español; y a otro mediano la Independencia peruana, como parte de un proceso americano, es la consecuencia derivada de los conflictos que desgarraron Europa por el establecimiento de una nueva relación de fuerzas y poderes. Y es aquí donde reside el hecho fundamental. América no luchó contra España puesto que desde mediados del siglo XVIII ésta estuvo prácticamente alejada de América. Debido a las guerras en las que España se vio envuelta, no pudo mantener su tráfico comercial con las colonias y estuvo imposibilitada para suministrar la asistencia militar que asegurara el mantenimiento del Imperio. En este vacío creado por la crisis de la metrópoli, los criollos de las colonias no hicieron sino tomar un poder vacilante y, lo que es más importante, Gran Bretaña confirmó su necesidad del espacio americano como un mercado indispensable para el sostenimiento y expansión de su economía. Es la unión de estos dos procesos el que explica la naturaleza y el contenido de la Independencia latinoamericana, breve episodio que en su esencia coloca a América Latina en la esfera de dominio de una nueva potencia hegemónica. Lo que cambia en la naturaleza de esta articulación es que Inglaterra, por su inmensa superioridad, no requirió de una dominación política formal para controlar este espacio, le bastó la fuerza propia de su dinámica económica.

Esta tesis son las que se exponen en los cinco ensayos reunidos en este volumen. El primero, escrito especialmente,

plantea el problema de la Independencia en el Perú. El segundo lo ubica a nivel de América Latina. El tercero formula una crítica aguda a la interpretación histórica tradicional. El cuarto postula un programa de trabajo para investigar un problema capital: el papel de las masas populares. El último ofrece un marco de referencia para comprender las razones de la intervención británica.

El IEP agradece a los autores de estos ensayos su colaboración en la preparación de este volumen, y expresa su reconocimiento a Penguin Books Ltd. por autorizar la traducción del ensayo del profesor Hobsbawm.

Heraclio BONILLA

José MATOS MAR

La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos

*Heraclio Bonilla
Karen Spalding*

De 1821 a 1971 son 150 años desde que el Perú rompió los lazos políticos que lo ligaron a la metrópoli española. Pero esta ruptura política, conseguida por la decidida y eficaz intervención de los ejércitos del Sur (San Martín) y del Norte (Bolívar) no significó en manera alguna la quiebra del ordenamiento económico y social de carácter colonial que continuó vigente hasta el ocaso del siglo XIX. Por el contrario, la persistencia de esta situación colonial facilitó y más tarde consolidó la nueva orientación de la economía peruana, cuando ella ingresó en el espacio dominado por Inglaterra. La Independencia política de España dejó, pues, intactos los fundamentos mismos de la sociedad peruana, que se habían desarrollado y cristalizado a lo largo de 300 años de vida colonial. En el contexto internacional la Independencia de la metrópoli española aceleró un proceso que había comenzado desde la segunda mitad del siglo XVIII: la dominación efectiva de Inglaterra, la nueva potencia del mundo.

Para el historiador, que examina el pasado para comprender y explicar el presente y que observa el presente para interrogar el pasado, la situación descrita líneas arriba invita a más de una reflexión. La cuestión principal es, precisamente, por qué la independencia no provocó un cambio real y significativo de la situación colonial. Tal vez una respuesta anticipada se pueda encontrar en la

independencia misma -como proceso- que, en el caso del Perú, como es bien conocido pero pudorosamente encubierto, fue conseguida por los ejércitos aliados de fuera. Es decir una Independencia concedida más que obtenida. Ni la sólida organización defensiva impuesta por el virrey Abascal, ni las conspiraciones anteriores, ni las prédicas en favor de la emancipación lanzadas por algunos ideólogos criollos pueden desmentir o atenuar esta afirmación. Tanto la acción como la prédica fueron hechos de minorías, de hombres aislados.

En estos 150 años de vida republicana, por otra parte, se ha asistido al nacimiento y expansión de una nutrida bibliografía sobre la Emancipación y la Independencia. Sería un esfuerzo vano intentar buscar en ella una respuesta a la cuestión planteada hace un momento. Toda historia responde a las inquietudes del presente y refleja la ideología de quienes la escriben. Aquella historiografía, que por razones de comodidad la denominaremos en adelante tradicional, contribuyó más bien al surgimiento y a la difusión de un prodigioso mito. Este mito, montado sobre bases deleznales, es el que se transmite corrientemente en los manuales escolares y en los textos universitarios. Su función: legitimar el presente a través de la manipulación del pasado; intentar fundar, inapropiadamente, las bases históricas de la nacionalidad peruana e impedir la crítica histórica de los problemas del presente.

Pero si bien es cierto que los trabajos hasta ahora existentes sobre la Emancipación y sobre la Independencia no permiten responder preguntas que son verdaderamente cruciales, tampoco permite hacerla, salvo excepciones notables, la lectura de los documentos impresos*. La recopilación y publicación de estos documentos obedecen

* Cuando este texto estuvo terminado nos informamos que la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia Nacional ha reunido en once volúmenes documentos nuevos sobre la Independencia, como resultado de la primera parte de su trabajo. Lamentablemente no nos ha sido posible consultarlos.

generalmente a una inspiración similar a la de los autores de los textos.

Por estas razones, el presente trabajo no pretende sino elaborar un esquema tentativo, orientado básicamente a tratar de comprender la naturaleza de la Independencia peruana y a señalar su ubicación en el posterior desarrollo histórico de la sociedad peruana. Algunas cuestiones complementarias, pero directamente relacionadas con la Independencia, quedarán sólo a nivel de su formulación. Es obvio que tanto el esquema como las preguntas requieren, para su verificación y para su respuesta, intensivas investigaciones en los Archivos de Lima y de provincias, sin las cuales el problema histórico de la Independencia, al igual que muchos otros de la historia peruana, quedarán todavía sin solución.

Un esquema no significa una distorsión de la realidad. En la elaboración de éste se ha utilizado una buena parte de los resultados de la investigación histórica realizada hasta ahora sobre el tema de la Independencia, al igual que las sugerencias de fuentes primarias impresas (diarios de viajes, informes de campañas militares, memorias de virreyes y presidentes, periódicos de la época, testimonios de los participantes directos, informes consulares). Razones de tiempo y nuestras propias tareas académicas nos impidieron ir más lejos. Este pequeño esfuerzo, sin embargo, obedece al deseo de hacer comprensible el desarrollo histórico de la sociedad peruana y a buscar el nexo existente entre el hecho histórico y su mutación en palabras.

LA HISTORIA DE UNA HISTORIA

Desde, Riva Agüero hasta los integrantes de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, casi todos los historiadores nacionales han abordado, de una manera u otra, el tema de la Independencia. Las características de esta historiografía son ampliamente conocidas y no necesitan ser recordadas una vez más. Gracias a ella conocemos bastante bien a los "precursores" de la Independencia, a los héroes de Junín y

Ayacucho, a las batallas de epopeya que libraron. En cambio, los hombres comunes y corrientes que integraron los ejércitos libertadores, sus formas de reclutamiento, la participación -o la ausencia- de la población peruana en estas luchas, las diferentes formas que revistió esta participación no han sido muy favorecidas por la atención de los historiadores. Se menciona también, aunque en verdad aproximadamente, las causas de la Independencia, los célebres factores “externos” e “internos” de los manuales escolares -si bien no es posible todavía distinguir la dinámica propia de cada una de ellos y, sobre todo, su relación recíproca. Estas causas, en verdad, se limitan a señalar las “influencias” del exterior, los actos de la malévola España y el pundonor y patriotismo precoz del poblador peruano. En suma, esta historiografía ha establecido un divorcio radical, por una parte, entre las palabras de unos pocos hombres y la acción de unas cuantas tropas y, por otra, el conjunto social y económico interno y externo que los encuadra. Una historia de este tipo, evidentemente, tiene un fin y una justificación, que aquí no interesan. Con una excepción.

Entre las varias explicaciones ofrecidas por la historiografía tradicional sobre la Independencia destaca, por su difusión y aceptación, la tesis que la, considera como un proceso nacional, como el resultado de una toma de conciencia colectiva, la cual, a su vez, sería la manifestación más evidente de la mestización de la población peruana. Para sus defensores, la mestización indica un proceso que llevó a la uniformidad e igualdad de los integrantes en la sociedad peruana. El Perú mestizo aparece así como el actor de la Historia y el agente de la Emancipación. Todo un Congreso, es útil recordarlo, fue realizado recientemente para demostrar la realidad y la vocación mestiza del Perú de ayer y de hoy.

No es muy difícil demostrar la debilidad de esta interpretación. Adolece, por lo menos, de dos defectos. No toma en cuenta, en primer lugar, la acción de las fuerzas internacionales, sin las que la independencia de Hispanoamérica, y más aún del Perú, no hubiera sido posible,

por lo menos en las fechas en que se produjeron. Internamente, postula, abusiva y erróneamente, una unidad inexistente e imposible. El Perú colonial no estuvo compuesto de "peruanos". La sociedad colonial peruana fue altamente estratificada y diferenciada y sus líneas de separación y de oposición fueron trazadas a partir de criterios económicos, raciales, culturales y legales. Cuando una historiografía puede deslizar errores tan gruesos no se puede sino reconocer su carácter ideológico: la manipulación del pasado en función de las exigencias del presente. El mensaje de esta ideología consiste en ocultar los intereses divergentes de los grupos y de los hombres, los conflictos y las luchas antagónicas que ellos generan para difundir la imagen de una sociedad homogénea y armónica.

El mensaje de esta historia, repetimos, es muy claro. Con mucha nitidez se puede distinguir aquí una solidaridad profunda entre quienes hicieron la Historia, al menos en la forma en que en el Perú se entiende por "hacer" la Historia, y quienes asumieron la tarea de registrarla y escribirla, que correspondió, además, a toda una etapa del desarrollo histórico del Perú, en la cual la imagen de la sociedad peruana y de su historia fue impuesta y difundida por la clase social dominante. Esta ideología ha perdido ahora su función, porque ya no guarda ninguna relación con la realidad presente. Los cambios que desde la década del 50 vienen afectando a la sociedad peruana han producido una fisura en la estructura del poder tradicional, al mismo tiempo que han provocado el surgimiento en el plano de la Historia de grupos medios hasta hoy desplazados. El sentido incierto de estos cambios, la urgente búsqueda de una nueva identidad y legitimidad históricas, la necesidad de estos nuevos sectores de conocer su propia Historia, una Historia que la historiografía tradicional no fue capaz de proporcionar los conducen a un replanteamiento general de la Historia. Dentro de este contexto, el hecho histórico de la Independencia se encuentra en la encrucijada misma de la interpretación tradicional y de las interrogaciones del presente. En efecto, ¿cuál fue el

contenido concreto de la Independencia de una metrópoli, que lejos de hacer de la sociedad peruana una sociedad realmente libre, no hizo sino desplazarla a las esferas de dominio de las nuevas potencias hegemónicas del universo, en una situación igualmente dependiente? ¿Cuál fue el mecanismo de este desplazamiento?

EL PERÚ DE LA EMANCIPACIÓN y EL MUNDO INTERNACIONAL

La Independencia de Hispanoamérica y del Perú fueron consecuencias derivadas de cambios profundos que alteraron el equilibrio de fuerzas establecidas entre las potencias europeas y que condujeron a la hegemonía absoluta e indiscutida de Gran Bretaña. Sin la comprensión de la naturaleza de aquella mutación y del impacto que tuvo sobre la economía y la sociedad hispanoamericanas no es posible entender el mecanismo de cambio de estas últimas. Aquí reside el error más grave de interpretación de la historiografía tradicional peruana, que excesivamente preocupada en buscar una causalidad esencialmente interna, acorde con su posición ideológica, rechaza todo nexo orgánico entre el mundo internacional y la situación peruana. Este impacto externo, en el caso de la Independencia, no se reduce de ninguna manera, como piensa la historiografía tradicional, a las "influencias" de la Independencia Americana y de la Revolución Francesa, o a la difusión en América de las ideas del siglo de las luces. Estas no tuvieron la importancia que se les asignó, puesto que sólo afectaron a minorías muy reducidas, y porque, en general, la situación hispanoamericana fue impermeable a este tipo de impacto.

Es mucho más importante examinar los cambios que afectaron a la sociedad española desde el establecimiento de la dinastía borbónica, cambios que se intensificaron con el ascenso de Carlos III al poder de la metrópoli, hasta llegar a una crisis general con Fernando VII. Estos cambios que modificaron la misma estructura interna de la metrópoli, así como la relación con sus colonias ultramarinas, fueron resultado de la acción de las

fuerzas internas de la sociedad española y del trastorno producido por los múltiples conflictos bélicos en que España se vio envuelta dentro de Europa. Los años de la Emancipación, 1810-1824, corresponden cronológicamente a años de crisis y de revoluciones en España. La Independencia de Hispanoamérica y del Perú se gestó pues en ambos lados del Atlántico. Véamos cómo.

El ascenso al poder de Carlos III en 1759 llevó consigo el establecimiento de una serie de reformas tendientes a corregir las relaciones económicas entre España y sus colonias. La medida que es necesario destacar aquí se refiere a la supresión de las barreras impuestas al comercio internacional. En efecto, la Real Cédula del 2 de febrero de 1778 estableció el libre comercio entre Perú, Chile y Buenos Aires con España. En la práctica esta medida significaba la “apertura de los siguientes puertos españoles al comercio con América: Sevilla, Cádiz, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Alcañices de Tortosa, Barcelona, Santander, Gijón y La Coruña; y los de Palma y Santa Cruz de Tenerife en las islas Mallorca y Canarias. En América, los puertos favorecidos con esta medida fueron: San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Batabanó, La Habana, islas de la Margarita y Trinidad, Golfo de Santo Tomás de Castilla y Omoa en Guatemala, Cartagena, Santa Marta, Río de la Hacha, Portobelo, Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso, Concepción, Arica, Callao y Guayaquil. En una palabra, esta medida significaba la liquidación del monopolio comercial de Cádiz en España y de Lima en América.

Estos cambios, cuya trascendencia será analizada más adelante, habían ya sido preparados desde décadas antes. En efecto, las investigaciones del historiador chileno Sergio Villalobos demuestran que el establecimiento del Navío de Registro en 1720, es decir el permiso concedido a algunas naves para comerciar directamente entre los puertos del Atlántico sin sujetarse al movimiento de las flotas y cuando una situación de escasez se producía, no solamente hizo innecesario el sistema de las flotas

(suprimidas desde 1739), sino que produjo las primeras brechas en el comercio monopolístico, (Villalobos, 1968).

Cuatro décadas más tarde, en 1765, Carlos III profundizó esta medida al instaurar el comercio directo entre los puertos españoles de Cádiz, Sevilla, Alicante, Cartagena, Málaga; Barcelona, Santander, La Coruña y Gijón con las islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y La Trinidad. Pero estas medidas reformistas alteraron también el tráfico comercial en el interior del espacio colonial, al suprimirse las barreras impuestas al tráfico intercolonial. Así, hacia 1774, el Perú pudo comerciar libremente con Nueva España, Guatemala y Nueva Granada; en 1776 pudo hacerlo con Buenos Aires y Chile. Dentro de este proceso, la libertad de comercio de 1778 no hizo sino sancionar una situación ya existente en la práctica.

La consecuencias que estas medidas produjeron en Hispanoamérica fueron considerables: incremento del tráfico comercial, desarrollo de las exportaciones de España y de América, con el consiguiente aumento de los ingresos fiscales. Se señala, por ejemplo, que en la década de 1778 a 1788, el valor del comercio con Hispanoamérica se multiplicó por siete. La liquidación del monopolio y la concurrencia que se instauró impulsaron la venta al derrumbarse los precios monopolísticos y hacerse más competitivos. Las comunicaciones directas entre los puertos de ambos lados del Atlántico, además, contribuyeron al descenso de los costos de venta, al bajar los fletes de transporte. Pero este desarrollo no fue igualmente homogéneo en el interior de todo el espacio americano. La guerra que estalló en 1779 entre España e Inglaterra hizo que los más favorecidos con esta libertad de comercio fueran principalmente los comerciantes hispanoamericanos. Tuvieron entonces acceso directo no sólo al mercado metropolitano sino, y esto es lo importante, al conjunto del mercado americano. Se montó así el principal mecanismo de beneficio de la burguesía comercial americana. Más aún. La supresión de estas barreras comerciales acentuó el desarrollo desigual ya existente entre las diversas regiones de América. Favoreció mucho más a

regiones como Buenos Aires y Caracas, que tradicionalmente escapaban al control monopólico de la metrópoli, porque los nuevos circuitos comerciales ayudaron a impulsar aún más su producción interna. El desarrollo material de aquellas regiones había alcanzado ya un nivel muy considerable, situación que las distinguía y separaba de las otras regiones hispanoamericanas. Por otra parte, esta misma libertad de comercio, en las áreas donde no existió un gran desarrollo de sus fuerzas productivas, provocó la ruina de la producción interna. Su debilidad las imposibilitó para competir exitosamente con las mercancías extranjeras, no pudiendo así evitar su derrumbe a corto plazo. Esta caída de la producción vulneró la condición material de los grupos ligados a la agricultura, a la minería y al mismo comercio. Este fue el caso del virreinato del Perú. Aquí, los grandes comerciantes agrupados en el Tribunal del Consulado vieron con temor el arribo masivo de las mercancías europeas, que comenzaron a acumularse en las aduanas ante la imposibilidad de su venta. La baja consiguiente de los precios significaba necesariamente la reducción de sus tasas de beneficio. El profesor Villalobos señala que en un solo año, 1786, entraron al Callao 16 navíos con mercancías por valor de 22 millones de pesos, en circunstancias en que el consumo del Perú se calculaba solamente en cinco millones; en el quinquenio siguiente el valor total de las mercancías importadas subió a 46 millones, mientras que la capacidad del mercado peruano seguía declinando. (Villalobos, 1968: p. 100). La estrechez del mercado peruano no podía soportar la oferta masiva de mercancías. Pero la ruina no fue solamente de los comerciantes.

Diversos testimonios señalan que la economía peruana ingresó en una violenta depresión por lo menos desde el último tercio del siglo XVIII. Estas fueron décadas de catástrofes para la burguesía criolla. Dos manifestaciones de estas crisis están representadas por la creación del virreinato del Río de la Plata, que significó la amputación del mercado interno y la pérdida de las minas

de Potosí, y por la rebelión de Tupac Amaru. No se conocen todavía las causas de esta crisis ni el mecanismo de su difusión. Pero afectó tanto a la agricultura como a la minería. Las pequeñas industrias, por otra parte, sufrieron el duro Impacto de la concurrencia de las mercancías europeas, que ingresaban por los puertos ahora abiertos al libre comercio y, sobre todo por el nuevo circuito Buenos Aires-Alto Perú. El trasfondo económico de la Independencia es pues el de una crisis total. Pero una crisis que no buscaba para su solución la ruptura del pacto colonial sino su consolidación;

Una laguna lamentable en el conocimiento de la historia económica colonial está constituida por la falta de estudios sobre la composición del capital a fines de la época colonial. Esta carencia nos impide conocer cuál fue el destino del beneficio comercial y si existió o no una articulación recíproca con el capital agrario y el minero. El hecho es, sin embargo, que los comerciantes, solos, o con sus aliados los terratenientes o los mineros, por las razones arriba indicadas se encontraron ante la imposibilidad de contener el derrumbe de sus beneficios, producido por la competencia de las mercancías extranjeras y por la crisis de la producción interna. Si en Buenos Aires y en Caracas la aspiración a la Independencia de la burguesía criolla nació del deseo de superar su inferioridad política y alcanzar en este campo la hegemonía plena para hacerla conciliable con su poder económico, ello no ocurrió ni podía ocurrir en el Perú. Toda la fuerza anterior de la clase hegemónica peruana, por el contrario, se nutrió de su vinculación con la metrópoli. Internamente no existieron ni las bases materiales ni los fundamentos ideológicos que impulsaran a la liberación. Tal vez, más bien, la esperanza de un reforzamiento de la situación colonial y lamentos por el esplendor perdido.

Pero para comprender la Independencia de Hispano-américa y del Perú es necesario considerar, también, la crisis política española. Es indispensable, por consiguiente, esbozar la articulación de ambos acontecimientos.

LA CRISIS DE LA METRÓPOLI Y SUS REPERCUSIONES EN AMÉRICA

Las múltiples guerras en que la metrópoli española se vio envuelta desde mediados del siglo XVIII debilitaron irremediablemente su vinculación con las colonias ultramarinas. Ellas comprometieron, además, todo el esfuerzo realizado por los Borbones, y sobre todo por Carlos III, para perfeccionar la explotación colonial. He aquí, brevemente expuestas, las consecuencias para Hispanoamérica de los conflictos bélicos europeos.

En 1793 la guerra de España contra Francia significó que la primera perdiera una parte de Santo Domingo. Fue el anuncio de un próximo fin. Tres años más tarde, 1796, la alianza que España estableció con la Francia napoleónica la situó inmediatamente en el campo adverso de Gran Bretaña. Las guerras de España contra esta potencia la alejaron de América por cerca de una década. Trafalgar, en 1805, no sólo consolida la absoluta supremacía marítima de Inglaterra, sino que provoca la destrucción de la armada española, haciendo mucho más difícil que España regresara a América. Estos hechos con ser tan graves no fueron sino un preludio.

La invasión napoleónica de España, la deposición de Fernando VII y la instalación de José Bonaparte provocaron una grave crisis política en la península, llevándola a la destrucción casi total de sus recursos. Estos acontecimientos prepararon prácticamente la Independencia de Hispanoamérica y del Perú. En esos seis años en que la metrópoli misma luchaba por su Independencia se produjeron una serie de acontecimientos de profunda repercusión en este lado del Atlántico. Señalemos los principales.

En respuesta a la invasión napoleónica se constituyeron en España, en 1808, varias Juntas Provinciales que se declararon a sí mismas depositarias del poder español. La Junta de Sevilla se constituyó como jefa suprema de España e Indias. En diciembre del mismo año se estableció en Sevilla una Junta Central, formando con la Junta Central, formando con la Junta Provisional de esa ciudad un solo cuerpo institucional.

Dos años más tarde, 1810, ante el movimiento del ejército francés, la Junta escapó a Cadiz, disolviéndose poco después y nombrando una Regencia de cinco miembros con el encargo de convocar a las Cortes. Estas se reunieron en setiembre de 1810, procediendo a su vez al nombramiento de una Regencia de tres miembros. En 1812, finalmente, se promulgó la Constitución liberal.

Estos acontecimientos, sumariamente descritos, tuvieron hondas repercusiones en Hispanoamérica. A imitación de lo que ocurría en la metrópoli, en Bogotá, Caracas, Cartagena, Santiago de Chile y Buenos Aires se constituyeron entre abril y julio de 1810 sendas Juntas, cuyos miembros, a la par que juraban su adhesión y lealtad a Fernando VII, utilizaron estas instituciones para exponer las reivindicaciones propias de los grupos criollos de esas ciudades. Muy pronto surgió un conflicto con las autoridades de la administración colonial instaladas anteriormente. Bonaparte, al reconocer a estas autoridades, permitió que los grupos criollos de dichas ciudades camuflasen la lucha en favor de sus intereses y la hicieran aparecer en las colonias, como una lucha en contra de los colaboradores del invasor. Bajo una apariencia de lealtad, lo que en realidad estas pugnas expresaban eran los anhelos largamente reprimidos por la misma metrópoli a la que se decía defender.

La movilización de los grupos criollos se vio alentada aún más por una abierta invocación formulada por la Junta Central antes de disolverse en el sentido de que los criollos debían tomar en sus manos sus propios destinos. La Constitución de 1812, al establecer la libertad de prensa y la elección popular de los Cabildos contribuyó a reforzar este proceso. Así, poco a poco, fue creándose en los grupos criollos de estas regiones la conciencia de su solidez y su fuerza, ante el *vacuum* político generado por la crisis de la metrópoli.

En el Perú la situación fue diametralmente opuesta. No sólo las Juntas no se llegaron a formar, sino que desde aquí se enviaron tropas para reprimir los ensayos realizados

por los criollos de La Paz y de Quito para constituir tales Juntas.

Durante toda esta primera etapa, los intentos de los criollos de las regiones marginales del Imperio Español en su lucha por la Emancipación no llegaron demasiado lejos. La represión de estos movimientos, ante la crisis que atravesaba España, fue llevada a cabo por la fracción española en América la más adicta a la vinculación colonial. No fue pues una guerra de España contra América, sino de América contra ella misma.

El año 1814 marca la expulsión de los franceses de España y el retorno de Fernando VII. Con él, el restablecimiento del absolutismo y la abolición de la Constitución liberal de 1812. Pero ya era demasiado tarde para intentar la recuperación de América. La propia debilidad de España no lo permitió. En América, además, la intervención de nuevos factores trazó una brecha profunda y definitiva entre España y sus colonias. En 1820, el ejército comandado por Riego, en lugar de reconquistar América, objetivo asignado por la metrópoli, vuelve sus armas contra el absolutismo e instaura la revolución liberal. Esta vez, paradójica aunque comprensiblemente, es la fracción más conservadora de la élite hispanoamericana la que va a plegarse a las filas de los patriotas ante el temor de que la vinculación con la España liberal terminara por imponer un cambio significativo en la situación colonial de esas regiones.

En esta segunda fase de la lucha, de Hispanoamérica por su Independencia, la victoria finalmente fue obtenida por el desdoblamiento de una guerra social en una guerra colonial y militar y por la intervención discreta, pero eficiente, de comerciantes, prestamistas e industriales ingleses, quienes actuaron así en abierta contradicción con la política de neutralidad declarada por el gobierno británico.

La victoria final fue el resultado del talento militar de San Martín y de Bolívar y de la propia debilidad del ejército español en América. Entre 1811 y 1819 España envió a América 42,000 soldados, de los cuales quedaron

en 1820 solamente 23,000. En dicho año había en América, además de las tropas voluntarias, un ejército realista de 87,000 hombres: 41,000 en Nueva España, 19,000 en las Antillas y 27,000 en Sudamérica. De los 87,000 hombres sólo cerca de un tercio eran europeos. De los 9,000 realistas que pelearon en Ayacucho no más de 500 fueron españoles oriundos de la metrópoli, (Kirkpatrick, 1969. pp. 306-307).

Sin embargo, en la conquista de la Independencia de Hispanoamérica y en el posterior reconocimiento de los nuevos estados fue mucho más importante la actitud de Gran Bretaña. Más que de su gobierno, en un comienzo, debe hablarse de la acción de sus comerciantes e industriales. Posteriormente, el reconocimiento diplomático de Hispanoamérica como naciones independientes respondió al deseo del gobierno británico de mantener el nuevo equilibrio de fuerzas en Europa, equilibrio que aseguraba su propia supremacía, evitando que Hispanoamérica pasase al poder de cualquier otra potencia, Gran Bretaña, desligada ya de la Santa Alianza, consideraba sobre todo el enorme peligro que significaría la hegemonía francesa tanto en España como en América, peligro al cual ya había hecho frente en 1702-1713 y en 1808-1814.

Desde los comienzos del siglo XVIII el interés de Gran Bretaña por Hispanoamérica fue esencialmente comercial. Hispanoamérica representaba, en efecto, un mercado necesario e indispensable para sostener el desarrollo de las industrias textiles británicas, cuya producción había alcanzado volúmenes sorprendentes como consecuencia de la revolución industrial.

La presencia de Inglaterra en el mercado hispanoamericano se realizó básicamente a través del contrabando, dado el control casi absoluto que ejerció España hasta mediados del siglo XVIII. Con el Tratado de Utrecht, 1713, al obtener Gran Bretaña el navío de permiso anual para introducir mercancías hasta un volumen de quinientas toneladas, además del tráfico de negros, su presencia en estos mercados se fortaleció. Durante los años en que el tráfico entre España y sus colonias estuvo

interrumpido debido a los conflictos ya mencionados, el abastecimiento de los mercados ultramarinos fue asegurado por Inglaterra, a partir de las posiciones claves que controlaba esta potencia, fundamentalmente en las Antillas.

El deseo permanente de Gran Bretaña por sustraerle a España el mercado hispanoamericano se atenuó un poco durante los años en que actuó como aliada de España en su lucha contra Napoleón. Pero Inglaterra no abandonó su fundamental ambigüedad. Por un lado, el gobierno británico aseguraba tanto a la Junta Central como a la Regencia sus deseos de buscar la reconciliación entre estos gobiernos y los insurgentes de las colonias, mientras que, por otro lado, los ingleses proporcionaban una ayuda activa a los ejércitos independentistas. Debe recordarse, en efecto, que los ingleses predominaron entre el cuerpo de oficiales europeos que se adhirieron al movimiento emancipador y que los barcos británicos comerciaron intensamente con los puertos americanos controlados por los rebeldes.

Con la reposición de Fernando VII al trono de la metrópoli española, al concluir la guerra contra Francia, la actitud de Gran Bretaña fue más decidida. Diversos préstamos fueron otorgados en Londres a favor de los insurgentes, mientras que grupos del ejército libertador eran entrenados también en la capital británica. Además, y esto es lo decisivo, los años en que Inglaterra actuó como aliada de España, sirvieron para que aquella percibiera mejor la enorme importancia que tenía el mercado hispanoamericano para las industrias inglesas. Entre 1808 y 1811, en efecto, aproximadamente un tercio del total de las exportaciones británicas se destinó a Hispanoamérica, (Chaunu, 1964: p 210). Inglaterra, en la encrucijada de optar entre la necesidad de controlar este mercado, ahora mucho más necesario en función de la reconversión de su industria de guerra, y el cumplimiento de sus compromisos internacionales contraídos con sus Aliados, optó decididamente por lo primero. En 1817, por ejemplo, Inglaterra mostró su reticencia, equivalente

al rechazo, al pedido formulado por Fernando VII, con la adhesión de Rusia, para que los poderes aliados lo apoyasen contra los ejércitos de liberación.

Inglaterra, por todas estas razones, no podía más permitirse abandonar Hispanoamérica. La debilidad de esta región, por una parte, y la enorme superioridad económica de Inglaterra, por otra, determinaron que la conquista de su mercado fuese posible sin la intervención política directa del gobierno británico, sino con la sola superioridad de sus fuerzas económicas. Se inauguraba así una nueva era en la historia de la dominación de este continente.

Resumamos ahora brevemente lo expuesto a través de las páginas anteriores. La Independencia de Hispanoamérica y del Perú aparecen pues no como el resultado de una rebelión deliberada contra España, sino como un intento de reponer o reemplazar a la monarquía derrotada. En un primer momento la monarquía, es decir el sólo vínculo entre España y sus colonias, desapareció; más tarde, España misma parece desaparecer, dejando a las colonias el sentimiento de su total soledad y en la obligación de tener que elegir sus propios gobiernos. Al hacer esto, como bien señala Kirkpatrick (1969: p. 283), las colonias, entraron en conflicto con la administración española y las autoridades coloniales; el resultado de este conflicto fue la separación.

A lo largo de toda esta exposición se ha señalado en diversas ocasiones la situación especial del yirreinato peruano, manifestada, entre otras características, por su profunda debilidad económica a fines de la época colonial, y por haber constituido la sede del último y más sólido bastión de defensa del orden colonial. Estos hechos estuvieron recíprocamente articulados por una lógica profunda. El conservadurismo fue el reverso de su inferioridad.

Pero estas afirmaciones requieren una fundamentación más precisa. Es por esto que procedemos ahora a un análisis mucho más detallado del porqué de la especificidad del caso peruano.

LA SOCIEDAD COLONIAL EN EL MOMENTO DE LA INDEPENDENCIA

LA ECONOMÍA

La estructura de la economía colonial hispanoamericana en el siglo XVIII ha sido bosquejada por Tulio Halperín Donghi en uno de los artículos del presente volumen; en lugar de repetir sus argumentos es necesario más bien subrayar la especial situación del Perú dentro del proceso de desarrollo económico de las colonias hispanoamericanas durante el siglo XVIII. En general, estas colonias participaron de la onda de prosperidad que experimentó la economía mundial en el siglo XVIII. Las causas de esta expansión, en el caso americano, no son aún lo suficientemente conocidas, lográndose sólo identificar algunos factores internos que prepararon y sostuvieron este desarrollo. Veamos algunos de ellos.

La recuperación demográfica de la población indígena, particularmente en las regiones mesoamericana y andina, así como el crecimiento general de la población en las otras regiones, incrementó sensiblemente el volumen potencial de la fuerza de trabajo, cuya escasez fue uno de los factores principales que frenó la expansión económica desde la hecatombe demográfica de fines del siglo XVI. Igualmente debe mencionarse el renacimiento de la actividad minera, ligada a un mayor acceso a esta fuerza de trabajo indígena. Contribuyó además a esta expansión la eliminación del engorroso sistema de las flotas, con sus galeones lentos y pesados, con sus rígidos itinerarios, con sus onerosos costos de transporte para mantener el sistema defensivo de las embarcaciones y su reemplazo por navíos más pequeños o más rápidos. Estos podían salir de los puertos tan pronto como el navío se completara, reduciendo sensiblemente los costos de transporte. Todos estos cambios incrementaron la actividad comercial, la que se desarrolló aún más al amparo de los decretos sucesivos que establecieron la libertad de comercio en el interior del sistema colonial. Estos cambios proporcionaron un formidable estímulo a las áreas

tradicionalmente aisladas de las colonias, porque al reducirse los costos de transporte pudieron exportarse desde estas regiones aquellos productos agrícolas cuya venta a precios competitivos no había sido posible anteriormente por el monopolio imperante.

En el virreinato peruano la situación fue distinta. Aquí, la economía, en lugar de participar de la prosperidad económica del siglo XVIII, entró en un largo período de estancamiento. La génesis y el desarrollo de esta crisis general no han sido todavía estudiados. Sobre este fondo tan frágil, la liquidación del sistema monopólico y la instauración del libre comercio agravaron la situación de la economía peruana. Pero esta debilidad no era nueva. Hasta cierto punto es posible sostener que la economía peruana, pese a su expansión inicial, fue estructuralmente frágil, es decir lo fue permanentemente. En efecto, la expansión inicial de la economía peruana estuvo casi exclusivamente basada en dos sectores:

1. las minas: inicialmente los prodigiosos yacimientos de Potosí, las minas de mercurio de Huancavelica y otros depósitos menos importantes de oro y de plata en el Bajo Perú.
2. el monopolio comercial ejercido desde Lima por el Tribunal del Consulado, único distribuidor en el interior del espacio americano de las mercancías procedentes de Europa.

En Nueva España, desde comienzos del siglo XVIII, el valor de la exportación de los productos agrícolas fue casi similar al de la exportación de metales preciosos, evidenciándose así una expansión mucho más homogénea que en el caso peruano, donde la exportación comprendió básicamente los metales preciosos. Aquí los productos agrícolas no llegaron nunca a exportarse en una escala considerable; es decir que no existió una verdadera diversificación de su economía. Las causas de la falta de diversificación de la economía peruana quedan todavía por investigar. En estas condiciones, la producción agrícola estuvo básicamente destinada a dos tipos de mercado interno: 1) los centros urbanos: Lima y, en menor escala,

los otros centros poblados de españoles y criollos; 2) los centros mineros: el abastecimiento del mercado minero significó el establecimiento de un radio comercial mucho más vasto que el de los otros centros urbanos. La historia agraria del Perú es todavía desconocida, razón por la cual no es posible precisar las grandes fases de expansión y de contracción de la producción de la tierra. Pero es posible sostener que, bajo las condiciones de producción y comercialización agrícola en el Perú colonial, el estancamiento de la economía minera peruana en el siglo XVII implicó la contracción del mercado principal para la agricultura. Esta contracción del mercado interno fue con toda probabilidad una de las causas principales del estancamiento de la agricultura virreinal, proceso que se hace mucho más evidente hacia mediados del siglo XVIII.

Por otra parte, en el Perú, a diferencia de Nueva España donde la población nativa empezaba a crecer desde la segunda mitad del siglo XVII, la recuperación demográfica no se hace sensible sino a mediados del siglo XVIII, es decir cuando la crisis económica era ya bastante avanzada. Durante el siglo XVII la contracción del mercado agrícola estuvo acompañada por una lenta pero acentuada disminución de la población indígena.

El comercio fue otro de los pilares sobre los cuales reposó la economía del virreinato peruano. Una rápida mirada sobre el espacio peruano permite constatar, en efecto, que la actividad básica de la población no indígena y no esclava fue el comercio. Esta actividad englobó desde el virrey hasta los oficiales provinciales menores como el corregidor de indios, o el cura de la parroquia o doctrinero, desde los miembros del exclusivo y poderoso Consulado de Lima a los rescatistas que interceptaban a los indios, en su camino hacia los mercados de las ciudades. Desde los comienzos del siglo XVIII, sin embargo, el monopolio ejercido por los mercaderes peruanos sobre el mercado sudamericano comenzó a resquebrajarse por la acción de los contrabandistas, dentro y fuera de la colonia. El sistema de flotas y galeones,

que aseguraba el monopolio del Consulado peruano dentro de las colonias, así como el de los mercaderes de Sevilla en su comercio con la metrópoli, comenzó a derrumbarse a fines del siglo XVII, para ser definitivamente cancelado en 1739.

El mercado hispanoamericano fue entonces abastecido en grado progresivamente creciente por el comercio de contrabando realizado tanto por mar como por tierra. Las necesidades de los colonos fueron cubiertas por ingleses y holandeses y, después de 1703, también por franceses de Saint-Malo. La posición de los comerciantes peruanos se vio minada, además, por el desafío lanzado por los comerciantes bonaerenses, cuyo comercio de contrabando por tierra hasta Potosí creció rápidamente en volumen, provocando la fuga del dinero a Buenos Aires y desde allí a Europa. El puerto portugués de Colonia do Sacramento fue un punto clave en el desarrollo de este contrabando. Este drenaje de dinero sirvió para compensar el déficit del intercambio entre la débil producción nativa y la importación de mercancías europeas, principalmente británicas.

El monopolio del comercio sudamericano ejercido por los comerciantes peruanos reposaba enteramente sobre la posición privilegiada que gozaba el Perú. Esta posición, desde los esplendores del siglo XVI, se fue debilitando progresivamente, hasta convertirse en una posición puramente formal desprovista de su significación económica anterior. Los fletes de las mercancías con destino a Potosí, vía Lima, fueron mucho más altos que los fletes hasta este mismo lugar, Potosí, por la vía de Buenos Aires. Los fletes marítimos fueron también más elevados por la distancia geográfica existente entre el Perú y España y por la necesidad de reembarcar las mercancías a través del istmo de Panamá. Del mismo modo, los fletes terrestres, es decir los implicados en el internamiento de las mercancías desde Lima, fueron más altos porque el terreno accidentado impuso la necesidad de transportarlos a lomo de mula, mientras que la pampa argentina facilitó la utilización de grandes carretas.

Los comerciantes peruanos pudieron conservar el mercado colonial sólo en la medida en que España mantuvo el monopolio. Pero la debilidad creciente de la metrópoli y la pérdida de su control sobre el mar, la fueron incapacitando para sostener la posición monopólica de los comerciantes peruanos. Estos, además, comenzaron a sufrir en grado creciente el impacto del comercio de contrabando. La creación del virreinato del Río de la Plata, en 1776, al separar Potosí del virreinato peruano, representó un golpe mucho más duro para los comerciantes peruanos. En adelante no sólo el comercio entre Buenos Aires y Potosí estuvo legalizado sino que también fue activamente impulsado.

Al abrigo de esta nueva situación, los comerciantes argentinos pudieron apoderarse rápidamente del mercado alto peruano, sustrayendo, por este motivo, el flujo de dinero hacia Lima. Cuando España comenzó a implantar la libertad de comercio dentro del Imperio, los una vez extensos mercados de los comerciantes peruanos se habían reducido solamente al Bajo Perú, región de sólo un poco más de un millón de habitantes, de los que una gran mayoría apenas si participaba de una economía de mercado. Lejos de controlar el continente entero, los comerciantes peruanos se encontraron luchando para evitar que su ya reducido mercado terminase por escapársele enteramente de sus manos. Pero los desastres no terminaron ahí. Así, a fines del siglo XVIII, al casi invertirse el tráfico de Lima a Buenos Aires, las mercancías europeas que entonces se introdujeron desde este puerto determinaron la ruina de las industrias textiles del interior.

LA SOCIEDAD

Las mutaciones económicas someramente descritas no afectaron de una misma manera al conjunto de la sociedad virreinal. Por eso toda evaluación del proceso de la Independencia debe tomar en cuenta los diferentes grupos que constituyeron la sociedad peruana, la composición de los mismos, sus condiciones y sus intereses. Desafortunadamente, es todavía difícil obtener un cuadro coherente

de la sociedad colonial peruana. Su tradicional división en una serie de grupos jerárquicos -españoles, criollos, mestizos, negros e indios- es insuficiente e incluso errónea. Son imprescindibles nuevas investigaciones que esclarezcan este problema; por ahora sólo es posible mencionar algunas de las dificultades mayores que presenta la clasificación tradicional y sugerir, tentativamente, un nuevo esquema.

Es necesario comenzar por preguntarse cuál fue la composición de la élite criolla que dominó a la sociedad colonial, conjuntamente con los funcionarios españoles. Es necesario, además, establecer una distinción entre la élite criolla de Lima y la de las provincias del interior del virreinato peruano. En efecto, los grupos más ricos y más poderosos de los criollos residían en Lima. Hacia fines del siglo XVIII, la riqueza estaba concentrada en Lima, por el desplazamiento hacia esta ciudad de los propietarios de minas, haciendas agrícolas, obrajes y de otras fuentes mayores de ingresos. Era en Lima donde estos propietarios tenían la posibilidad de obtener favores y posiciones oficiales, mientras dejaban sus propiedades al cuidado de sus administradores. Esta élite criolla limeña incluía no sólo a comerciantes y terratenientes, sino también a los titulares de los cargos administrativos.

Los miembros de las familias criollas estuvieron excluidos solamente de los más altos puestos de la administración y del gobierno virreinal. Lima fue, después de todo, uno de los centros más importantes del Imperio Español en América donde a los criollos les era posible un mayor acceso a los puestos lucrativos de la burocracia colonial, una de las pocas fuentes que proporcionaba, a la vez, altos ingresos y gran prestigio social. La posibilidad de los criollos de acceder a ciertos puestos, más o menos intermedios, de la administración y del gobierno virreinal, estableció un sólido vínculo entre ellos, o por lo menos de algunos de sus miembros, y la burocracia española. Esta solidaridad de intereses fue reforzada en muchos casos por lazos de clientela, matrimonio, amistad, además del hecho de compartir un cargo

y una responsabilidad comunes. Además, la posición privilegiada de Lima y la presencia en ella de la corte virreinal sustentaron un orgullo considerable. Lima estuvo sujeta a España, pero este hecho estuvo atenuado por el control que Lima ejerció sobre Sudamérica hasta la creación del virreinato de Nueva Granada en 1739.

Además de la élite criolla de Lima existió un considerable sector provincial criollo, principalmente concentrado en Cuzco y Arequipa. Grupos menos numerosos de esta élite provincial criolla se encontraban en centros administrativos como Tarma y Trujillo, en algunos centros mineros y ciudades costañas menores. El comportamiento de los grupos criollos provinciales durante la Emancipación revela algunas diferencias significativas respecto a los criollos de Lima. Estas diferencias parecen indicar la existencia de -tempranas resentimientos de las provincias por la dominación de, Lima. Estos y otros factores, que serán discutidos más adelante, sugieren la necesidad de establecer una distinción entre los grupos criollos de Lima y los de provincias para analizar correctamente los acontecimientos del período de la Emancipación. Estas diferencias, por otra parte, pueden traducir también antagonismos económicos y sociales concretos entre estos grupos criollos. La verificación de esta posibilidad requeriría un examen de la distribución regional de la riqueza dentro del virreinato y de los cambios en esta distribución a través del tiempo.

Los registros notariales en Huánuco y en Paucartambo revelan una vida económica muy activa a través de todo el siglo XVI, dinamismo que dio paso a un gradual estancamiento. Es así como las transacciones a gran escala desaparecen de los libros notariales, señalándose solamente los intercambios de pequeña escala. En algunos casos estos grandes personajes de la fortuna provincial tendieron a desplazarse hacia Lima, en el caso de Huánuco, y hacia el Cuzco, en el caso de Paucartambo; el recuento de su posterior actividad económica -todavía en mercancías provinciales- puede ser seguido en los registros notariales de estas grandes ciudades.

En las vísperas de la Independencia, Cuzco y Arequipa, concentraron cerca del 40% de la población criolla del virreinato, (Fisher, 1970: p. 7). Estos dos centros provinciales tuvieron una élite criolla propia, cuyo status, orgullo y probablemente riqueza, estuvieron muy cerca de los de la élite limeña. Esta élite provincial, además, sintió bastante la dominación burocrática ejercida desde Lima. Estamos aquí frente a un grupo que parece reflejar con bastante nitidez la imagen tradicional del criollo - un grupo cuya posición en el poder político no correspondía a su privilegiada posición social y económica. Pero el resentimiento criollo parece estar más bien dirigido contra Lima y no contra España.

Los criollos de provincia -o los peninsulares residentes en ellas- cuyos ingresos provinieron de las mismas fuentes que la de los criollos más poderosos, es decir la agricultura, el comercio y la minería - operaron en una escala mucho más limitada. En algunos casos llegaron a laborar directamente sus minas al no tener acceso a la mita de los indios; dirigieron personalmente sus pequeños comercios en el intercambio entre las provincias; y, por último, vigilaron personalmente los trabajos agrícolas de sus haciendas. A este nivel, en consecuencia, es mucho más difícil establecer una clara distinción entre los miembros de este grupo criollo provincial y los que eran clasificados como mestizos; en muchos casos, en efecto, los criollos de las provincias estuvieron ligados por lazos de parentesco tanto con los mestizos como, también, con la élite indígena. Es de este grupo criollo que parece haber salido la mayor parte de aquellos que integraban las fuerzas libertadoras, ya sea dentro de los grupos de guerrillas o dentro de las filas de los ejércitos sanmartinianos o bolivarianos.

Entre los grupos más bajos de la escala social, al igual que entre la élite criolla, debe también establecerse una distinción, pero esta vez en función de las áreas urbanas y de las áreas rurales. Los grupos urbanos situados debajo de la élite criolla presentan una clara división y oposición, la cual, una vez más, no concuerda con

la tradicional división racial de la sociedad. Se puede distinguir, en una gradiente escalonada, un grupo relativamente próspero de pequeños comerciantes, artesanos y pequeños burócratas. Estos grupos comprendieron no solamente a criollos y mestizos pobres, sino también a los indios de las ciudades e incluso a los mulatos y negros libres. En la base misma de esta escala se encontraba situado un grupo más o menos heterogéneo de la población urbana: mendigos, vagabundos, jornaleros -a los cuales se permitía permanecer dentro de los muros de la ciudad sólo de día- y los ladrones y bandidos. La presencia de estos últimos grupos fue más o menos permanente en Lima y sus alrededores durante todo el período colonial, aunque el número de sus integrantes seguramente variaba de acuerdo a las condiciones económicas. Sus acciones fueron toleradas en la medida en que restringieron sus exacciones a personas no ligadas directamente con la burocracia colonial o con la élite criolla. La población esclava de las ciudades estuvo fundamentalmente dedicada a los servicios domésticos y a la pequeña artesanía, actividades donde sus amos encontraron fuentes adicionales de ingresos.

La composición de la población rural fue significativamente diferente en la costa y en la sierra. En la costa, la fuerza de trabajo de las haciendas estuvo constituida principalmente por negros, esclavos, permanentemente vinculados a los dominios agrícolas. En el interior de la sierra esta fuerza de trabajo estuvo casi exclusivamente constituida por indios. En el caso de las haciendas, a fines del siglo XVIII, sólo una fracción de la fuerza de trabajo indígena estuvo permanentemente adscrita a las haciendas como peones o yanacunas. El trabajo agrícola complementario fue efectuado por indios de las comunidades vecinas, quienes fueron reclutados por la fuerza legalizada -la mita- o por la necesidad que tuvieron de trabajar en las haciendas, a fin de hacer frente a las cargas impuestas sobre ellos por la sociedad dominante (tributos, pagos religiosos, repartimiento de mercancías).

Existieron, finalmente, grupos rurales medios tanto en la costa como en el interior de la sierra: pequeños comerciantes de aldeas, arrieros de mula y mercaderes, caciques menores o miembros de la baja nobleza india. Todos ellos no disfrutaron de la suficiente riqueza como para elevarse al nivel de los grupos más privilegiados, pero detentaron la fuerza suficiente como para dominar a los indios de las comunidades debido a su posición privilegiada. Esos grupos medios eran heterogéneos y pequeños, pero sus miembros presentaron algunas características que los diferenciaban y separaban de los que constituían la fuerza de trabajo en la costa y en el interior. Su independencia relativa, su alto grado de movilidad geográfica y, hasta cierto punto, su relativa libertad de las normas de las sociedades criollas e indígenas les permitieron, dentro de ciertos límites, manipular en su provecho las mismas reglas de ambas sociedades. En una situación de crisis, la marginalidad de estos grupos, su débil integración tanto a la sociedad indígena como a la sociedad criolla, les dieron una mayor potencialidad de movilidad social y económica.

EL ESTADO Y LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA

¿Cuál fue la estructura política que se desintegró como consecuencia de la Emancipación? No es necesario aquí discutir en detalle la organización política del virreinato, pero es necesario mencionar algunos de los rasgos más significativos de la estructura del gobierno y de la administración a finales del siglo XVIII.

Debe señalarse, en primer lugar, los cambios introducidos como consecuencia de la reorganización administrativa impuesta por la Corona. En el caso del Perú, por una parte, estas reformas representaron una respuesta a la crisis económica y política del Imperio y, por otra, al desafío interno lanzado por la rebelión de Tupac Amaru. El sistema de intendencias, establecido en el Perú en 1784, constituyó una fuente de considerable tensión dentro del virreinato. Una de las mayores tareas

encargadas a los intendentes fue lograr la eficiencia administrativa dentro de sus distritos, a través de la supervisión del registro de indios, de la recaudación del tributo, de la administración urbana y de la justicia civil y criminal. Las actividades de los intendentes afectaron virtualmente todos los sectores de la sociedad colonial. Los corregidores de indios fueron suprimidos, aunque algunos de ellos trataron de recuperar su posición perdida a través de sus nuevos cargos de subdelegados. Sin embargo, en adelante, sus actividades como el célebre reparto de mercancías, que dejó de ser legal, debían llevarse a cabo con la mayor discreción.

Los cabildos urbanos, muchos de ellos convertidos en corporaciones cerradas y en situación casi moribunda, fueron impulsados y revitalizados por la actividad del intendente. Las audiencias, así como los obispados y las cortes eclesiásticas, debieron reducir el provechoso control que ejercían sobre la administración de la justicia. Las tensiones entre estas instituciones y los intendentes devinieron en fuente de querellas abiertas a todo nivel. Los mismos virreyes se sintieron afectados e hicieron todo lo posible por impedir la actividad de los intendentes, a la vez que trataban de persuadir a la Corona para que restableciera el viejo sistema. Los miembros del grupo criollo de la sociedad vieron limitados sus ingresos como consecuencia de estas medidas y los miembros de los cabildos o integrantes de la burocracia menor empezaron a sentir la vigilancia y el control de los intendentes; sin embargo, algunos criollos de alto nivel social lograron participar en la dirección del nuevo sistema administrativo al ser nombrados intendentes. Los cambios impuestos por el sistema de intendencias alteraron también todo el sistema tributario. Algunos de los nuevos impuestos, como el intento de extender el pago del tributo a las llamadas "castas": mestizos, mulatos, etc., o la imposición de tributos y mitas a miembros del grupo indígena, hasta entonces exentos, produjeron también tensiones entre el gobierno y los grupos de niveles sociales inferiores, particularmente en los centros urbanos.

La creación de nuevos virreinos como los de Nueva Granada en 1736 y del Río de la Plata en 1776 introdujeron otros cambios en el sistema político y administrativo. Este último virreinato, al abarcar todo el Alto Perú, significó una amputación del territorio controlado desde Lima. Además, la creación de la Audiencia del Cuzco en 1784 hizo que este centro, que ya escapaba relativamente al control de Lima, incrementara su autonomía y ganase una considerable autoridad tanto social como judicial sobre las regiones andinas comprendidas en su jurisdicción.

Otra característica del sistema político del virreinato de particular importancia es que el mantenimiento de las leyes y reglas del sistema colonial estuvo a cargo de los propios nativos de las colonias hasta el final del período colonial. La frondosa burocracia colonial, que según hemos visto representaba una fuente de prestigio y de ingreso, fue ocupada por los criollos de las colonias, particularmente en sus niveles bajos. Lima, en este sentido, representó un centro de particular atractivo para los buscadores de cargos públicos. Esta posición de privilegio contribuyó fuertemente a reforzar la solidaridad con la metrópoli. No es sorprendente que incluso los críticos más duros de la política española en las colonias, como Baquíjano y Carrillo, no se adhirieran a los rebeldes y que permanecieran leales a la metrópoli.

Aún más, la milicia militar, tan reducida como era, estuvo compuesta, principalmente, por gente nacida en las colonias. Hasta la década de 1780, con la excepción de la guardia de honor del virrey, no hubo tropas españolas en el virreinato. La “militarización” de las colonias por España, después de la guerra en 1763, consistió más bien en el entrenamiento de las fuerzas de la milicia militar criolla que en el envío y mantenimiento de tropas españolas a América. Al comienzo de las guerras de la Independencia, el virrey Abascal tuvo un ejército español de apenas 1500 hombres. Las fuerzas leales a la Corona estuvieron compuestas de oficiales reclutados entre la élite criolla y de soldados que pertenecían a las capas populares de la sociedad colonial. Estos últimos

fueron reclutados por la fuerza, el engaño, o por la promesa de un *topo* de tierra a cambio de la prestación militar de sus servicios; estos mismos mecanismos los utilizaron más tarde las fuerzas independentistas para engrosar sus filas.

Desde 1821 estas tropas fueron enfrentadas a los ejércitos libertadores conducidos, primero, por San Martín y más tarde, por Bolívar. Estos ejércitos, como es bien sabido, estuvieron integrados fundamentalmente por argentinos y chilenos y más tarde por colombianos. En 1823 las fuerzas patriotas estaban formadas por 3,000 colombianos 1,000 argentinos y 1,000 peruanos (Miller, 1828: vol. II, p. 68). La limitada participación de las masas peruanas estuvo representada mayormente por indios, reclutados, como se ha dicho, por la fuerza y el engaño, y por negros esclavos de las haciendas costeñas, a quienes se les prometió la libertad una vez conquistada la victoria. El hecho fundamental es este gran silencio de las masas populares del Perú: su no participación en el proceso de la Independencia -silencio que no se quiebra por la matanza recíproca entre los indios que integraban las tropas realistas y las tropas patriotas. Es el indicio de la naturaleza puramente política, sin mayor significación social, de las guerras de la Independencia, y del abismo que existía entre los criollos y las masas de la sociedad colonial. Las masas populares, y con razón, no acudieron al llamado para la liberación, hecho por -y para- las capas altas de la sociedad colonial.

Cabe preguntarse, finalmente, por el velo ideológico que coronó o envolvió esta sociedad colonial cuyos rasgos fundamentales hemos presentado en las páginas anteriores. Este es el terreno privilegiado de la historio-grafía tradicional peruana, siempre a la caza de ideas e individuos, aunque sin buscar sus asideros materiales. En efecto, gran parte de la discusión en tomo a los "precursores" de la Independencia gira sobre el pensamiento de algunos hombres, tratando de mostrar la existencia de críticas a la metrópoli española o argumentos anticipatorios de la Independencia. Desde Vizcardo y Guzmán

hasta Riva Agüero la lista de estos "precursores" es bastante extensa y conocida.

El pensamiento racionalista y liberal que, abusiva y rápidamente, se asocia con el de los "precursores", cuando se afirma que éstos nutrieron sus argumentos en favor de la Emancipación en las corrientes de la Ilustración y del Liberalismo, no pudo tener en el Perú y América el alcance revolucionario que se logró, por ejemplo, en Europa. No sólo porque fue el producto de una reducida minoría sino porque, y es lo fundamental, aquí no encontró base social donde desarrollarse. El conjunto de la estructura colonial presentó un obstáculo a su difusión. ¿Por qué? Primero, porque la población potencialmente permeable a su difusión era extremadamente minúscula. Un tres por ciento, con cálculos muy optimistas. El segundo argumento es más decisivo. La composición de los grupos que integraban la sociedad colonial, la organización de sus intereses, eran poco compatibles con la estructura ideológica del liberalismo. La libertad económica no pudo ser exigida por una burguesía que creció y se benefició con la articulación colonial. El asalto al poder político tampoco pudo ser realizado por una burguesía profundamente débil, que vislumbraba con temor cualquier modificación de la situación colonial. Es por esto que los atisbos de racionalismo y nacionalismo sólo permanecieron al nivel de formulación en hombres aislados, sin llegar a generalizarse. Aún más. Este liberalismo se pronunció contra las revoluciones americanas que postularan la destrucción del Imperio (Macera, 1955: p. 108).

EL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA

Los acontecimientos del período de la Emancipación, que ahora serán examinados en términos de las estructuras esbozadas anteriormente, conforman un proceso bastante complejo. En efecto, en el interior de las luchas por la emancipación política, llevadas a cabo por fuerzas militares venidas de fuera, ayudadas por grupos de guerrilleros nativos, se desarrolló una lucha de los grupos

medios y provinciales contra la élite criolla y la dominación de Lima. La llegada de San Martín, primero, y de Bolívar, después, pusieron término a esta lucha interna. Estos líderes, después de varios años de conflicto con sus propios gobiernos nacionales, llegaron al Perú convencidos de la necesidad de establecer un control aristocrático y autoritario a fin de lograr un gobierno estable. Para lograrlo, San Martín y Bolívar trataron de entregar el control político a la élite de Lima, pero su profunda debilidad y los largos años de guerra hicieron fracasar sus esfuerzos y surgió un poder competitivo en la persona de las principales figuras militares.

La rebelión de Tupac Amaru II, tradicionalmente mencionada como uno de los antecedentes de la Emancipación peruana, aunque por razones opuestas debe ser incluida en un análisis de los acontecimientos de la Independencia. Esta rebelión, a pesar de lo que corrientemente se afirma, no tuvo vinculación directa con la Independencia. Para comenzar, se produjo cuatro décadas antes y fracasó, originando una brutal venganza del estado español contra todos los que jugaron un papel importante en ella. De manera que cuando se busca conocer sus vinculaciones con la Independencia, antes que preguntarse si Túpac Amaru fue reformista o revolucionario, si buscaba o no un mejoramiento del sistema administrativo español o si encabezaba o no un movimiento separatista, problemas importantes en sí, conviene más interrogarse sobre el impacto de su movimiento en los diversos grupos de la sociedad peruana colonial.

En este sentido, una de las consecuencias de la rebelión de Túpac Amaru II fue que, en su mayoría, los líderes indios fueron eliminados o atemorizados; con la posible excepción de quienes encabezaron la rebelión del Cuzco de 1814, son pocos los que participan en las guerras de la Independencia. En el caso de los criollos, el recuerdo de la rebelión de Tupac Amaru y el miedo de su repetición fueron factores determinantes de su rechazo para apoyarse en las masas populares. La rebelión de Tupac Amaru II, que cierra un ciclo de rebeliones indígenas comenzadas a mediados del siglo XVII, coaligó

a criollos y españoles ante la amenaza de una rebelión social de parte de los sectores más oprimidos de la sociedad colonial. Tanto criollos como peninsulares tuvieron la convicción fundada de que la participación indígena en los movimientos políticos conduciría, necesariamente, al ataque a los fundamentos de la propiedad y a los privilegios de los miembros de la élite. Toda coalición de los criollos, incluso a un nivel provincial, con los grupos más bajos de la sociedad colonial fue tentativa y efímera (Macera, 1955: pp. 45-51). La reducida acción de los movimientos con participación indígena revela más que la vacilante respuesta de los grupos más bajos de la sociedad, el temor a una revuelta social y la repulsión de los miembros de la sociedad criolla.

Treinta años después de la rebelión de Tupac Amaru, los acontecimientos europeos desencadenaron el comienzo de los movimientos de la Independencia de Hispanoamérica. Como ya mencionáramos, la invasión de España por Napoleón y la abdicación de Fernando VII precipitaron las primeras acciones en el virreinato peruano. Pero ya una década antes de estos acontecimientos se sintió en este virreinato el peso de las guerras europeas, a través de la interrupción del comercio con Europa y del incremento de las exigencias financieras de la Corona española. En una economía que dependía casi enteramente del comercio y de la exportación de metales, el impacto de las guerras europeas fue particularmente grande. Ellas lesionaron a la élite criolla, principalmente a los sectores directamente vinculados al comercio.

El virrey Avilés, en 1808, había señalado que "la menor conmoción de Europa tuvo el efecto de paralizar el comercio y al mismo tiempo incrementar los gastos", (Fisher, 1970: pp. 120). Bajo el doble impacto de la interrupción del tráfico comercial y de la exigencia de mayores "donaciones" para aliviar las tensiones financieras de la Corona española, la solidez de los vínculos de los criollos con la metrópoli comenzó a debilitarse aún más. Estaba ya lesionada por el fracaso de éstos en convencer a la Corona de restablecer el viejo monopolio,

fundamento de su control del comercio sudamericano contra los comerciantes de Buenos Aires. Pero el comercio enteramente libre, anhelo de los comerciantes bonaerenses, tampoco era una salvación para los comerciantes peruanos, por la clara desventaja que tenían frente a los de Buenos Aires.

La ambivalencia de la actitud de los mercaderes criollos respecto a la metrópoli se desprende claramente de sus acciones. En el transcurso de las luchas por la Emancipación los criollos solicitaron a la Corona el envío de tropas, pero al mismo tiempo los virreyes se lamentaron continuamente de la negativa del Consulado a la ayuda pedida por la administración colonial a fin de constituir las tropas necesarias para luchar contra los rebeldes de Buenos Aires, el Alto Perú y Chile. Los criollos pensaban más bien que el virrey debía negociar con los rebeldes, sobre la base del reconocimiento de la nueva situación creada (Fisher, 1970: p. 153). Esto significaba, en la práctica, renunciar a los territorios conquistados por los rebeldes, a condición de que no extendieran sus acciones hasta el virreinato peruano.

En 1809 llegaron al Perú las noticias de la formación en España de la Junta Central, como respuesta a la invasión francesa. Mientras que en el Alto Perú y en Quito no se reconoció su autoridad y se formaron Juntas autónomas para sostener nominalmente a Fernando VII, todo el Perú proclamó su adhesión a la Junta Central. Los decretos del Consejo de Regencia, que en España sucedió a la Junta, llegaron al Perú poco tiempo después. En la primera parte de este trabajo se ha mencionado que sus decisiones más importantes fueron la libertad de prensa, el reemplazo de los cabildos tradicionales por organismos elegidos y la elección de representantes de Hispanoamérica ante las Cortes de España.

El virrey Abascal, aunque opuesto a estas reformas por su convencimiento de que llevarían necesariamente al debilitamiento de la autoridad de España, cuidó sin embargo del cumplimiento de estas decisiones. Así ordenó que las ciudades del virreinato nombrasen sus representantes

ante las Cortes. Las elecciones fueron indirectas: los distritos de las ciudades debieron designar a sus electores, los cuales, a su vez, nombraban a sus diputados. Este proceso fue enteramente urbano. A su sombra, al igual que a la de la reciente libertad de prensa, emergieron una vez más los antagonismos y las ambiciones de los criollos. Estas ambiciones fueron alentadas aún más por la sorprendente invocación de la Regencia quien, dirigiéndose a los criollos de Hispanoamérica, manifestó: "Vuestro destino no depende más de los virreyes, gobernadores y ministros; él está ahora en vuestras propias manos", (citado, por Kirkpatrick, 1969: p. 284).

Las elecciones se realizaron en Lima, Cuzco, Guayaquil, Trujillo, Tarma, Arequipa, Piura, Huamanga y Huánuco y pese a las tensiones y al temor del virrey hubo pocos incidentes en su desarrollo. Sin embargo, surgió un problema relacionado con la población indígena. El número de diputados, en efecto, debió ser proporcional a la población. Los representantes peruanos ante las Cortes querían incluir a la población indígena en el cálculo de población total, porque esto permitiría el nombramiento de un mayor número de delegados. Pero al mismo tiempo se tomaron precauciones para que los indios no pudiesen elegir ni ser elegidos. El miedo y el desprecio hacia los indios, sentimientos que llegaron a su máxima expresión a raíz de la rebelión de Túpac Amaru, aparecen crudamente expuestos en las palabras de un representante criollo ante las Cortes, quien se pronunció en contra de la participación y representación de los indios por "las graves dificultades que generaría una igualdad de este tipo, particularmente en el Perú", (Fisher, 1970: p. 215).

El impacto de los cambios que se producían en la metrópoli no fue inmediato, pero contribuyó fuertemente al desarrollo de las rebeliones que ocurrieron más tarde en las ciudades provinciales del virreinato. Todas estas revueltas fueron oportunamente registradas por la historiografía tradicional, pero en su relación es bastante difícil distinguir entre la participación minoritaria y la participación masiva de las clases populares. Es por esto que

solamente serán discutidas aquí las rebeliones de Huánuco (1811) y del Cuzco (1814), en un intento de evaluar la participación popular en aquellos movimientos y de detectar las razones de su movilización. Se desea, al mismo tiempo, sugerir algunas líneas de análisis para profundizar posteriormente estas investigaciones.

El levantamiento de Huánuco fue iniciado por unos cuantos criollos de la ciudad, cuyos orígenes sociales e historias personales son todavía bastante desconocidos; sus objetivos, al comienzo del levantamiento, son igualmente ignorados. Los inicios de la rebelión, sin embargo, pueden vincularse directamente con la conciencia cada vez mayor de la debilidad de la metrópoli y con la convicción de que el vacío político que se producía en las colonias a causa de la crisis española sería permanente y no temporal.

Los líderes criollos de la rebelión de Huánuco obtuvieron las fuerzas que les eran necesarias al lograr la adhesión de los indios de las áreas circundantes. Esta adhesión fue obtenida por la exhortación de los criollos a los indios, para que se rebelaran contra la explotación de que eran objeto. Es así como el movimiento pudo expandirse rápidamente. Los documentos hasta hoy disponibles sobre esta rebelión indican que las motivaciones de la participación indígena fueron fundamentalmente sociales, inherentes a su propia condición. Las masas indias no pudieron, no podían hacerlo, establecer una neta diferenciación entre criollos y peninsulares, entre un gobierno autónomo de los criollos y un gobierno colonial dependiente de la metrópoli. Los indios invadieron la ciudad de Huánuco y ahuyentaron a sus habitantes, quienes buscaron y consiguieron el apoyo del intendente y del virrey. El movimiento se disolvió rápidamente ante el ejército enviado desde Lima.

En el caso de la rebelión del Cuzco de 1814 estas líneas de división entre criollos e indios se revelan con mayor claridad. La rebelión comenzó oficialmente como un movimiento criollo, en enfrentamiento al control ejercido por Lima sobre la administración local. La

intransigencia del virrey y la necesidad de los criollos de encontrar apoyo popular, motivaron el llamado que éstos formularon a los indios. La rapidez de la reacción india atemorizó a los criollos, provocando que se separaran rápidamente del movimiento que ellos mismos habían originado. La dislocación interna condicionó el colapso del movimiento antes que las tropas del virrey ingresaran a las provincias del Sur.

El movimiento del Cuzco comenzó con la tumultuosa elección de los miembros del Cabildo Constitucional. El resultado fue el nombramiento de un pequeño grupo, abiertamente opuesto a la Audiencia y a las autoridades virreinales. Luego se sucedieron una serie de incidentes que incrementaron aún más la tensión existente. La guardia del virrey fue reforzada ante la amenaza de un complot tendiente a derrocar a las autoridades virreinales. Tres muertes se produjeron cuando la guardia disparó contra un grupo de manifestantes. El Cabildo responsabilizó a la administración colonial de estas muertes; la respuesta fue la condena de los sospechosos de haber instigado la manifestación. Pero ni la seguridad ni la estabilidad pudieron ser restablecidas. Dos personas acusadas de conspiración fueron liberadas mientras que otras, nominalmente condenadas, entraban y salían libremente de la prisión. La rebelión contó, además, con la complicidad de los oficiales de la milicia, los cuales, una vez estallada la rebelión, aceptaron ser enviados una noche a arrestar a todos los españoles y funcionarios del gobierno real.

Si bien los líderes de la rebelión no fueron miembros de la élite cuzqueña, sino mestizos y blancos pobres, poco después la élite, incluyendo al obispo y a las autoridades eclesiásticas, se unió al movimiento y participó en la instalación de un nuevo gobierno. Este gobierno incluyó al antiguo gobernador interino y cacique de Chíncha, Mateo Pumacahua, a quien se le persuadió que aceptara la autoridad de los oficiales elegidos por la ciudad en reemplazo de los funcionarios españoles depuestos. El virrey, mientras tanto, demandó el restablecimiento de las antiguas autoridades. El pedido del virrey

fue reforzado por la acción de las tropas mandadas desde Lima, llevando a Pumacahua a invocar el apoyo de los indios.

Los indios acudieron prontamente al llamado y el movimiento pudo de esta manera vigorizarse y desarrollarse. Sin embargo, en la medida en que la participación indígena se incrementaba, los criollos empezaron a atemorizarse, y su temor aumentó con las forzosas donaciones que estuvieron obligados a hacer para sostener a las tropas en armas. A medida que los criollos limitaban su apoyo personal y financiero, el movimiento comenzó a debilitarse, posibilitando así su derrota en el campo de batalla por los ejércitos reales. La ambición de los criollos y el antagonismo contra Lima fueron insuficientes para alejar el espectro de una rebelión social provocada por la movilización de tropas indias.

La restauración de Fernando VII significó el fin de la Constitución, las Cortes y los Cabildos elegidos por las colonias. Las órdenes enviadas tendían al restablecimiento de la situación de 1808. En el Perú este propósito fue alcanzado. Pero pronto el virreinato tuvo que hacer frente a otro cambio que afectó España: el levantamiento del general Riego y la revolución liberal de 1820. Este acontecimiento, en áreas como Nueva España, provocó que los miembros conservadores de la sociedad criolla cambiaran su antigua lealtad hacia la Corona por un inesperado y decidido deseo de independizarse de ella. Es el nacimiento de la profesión independentista de Itúrbide.

Los textos y documentos hasta ahora publicados no permiten medir el significado que tuvo este acontecimiento en el Perú. Sin embargo, sería útil preguntarse, si la adhesión a la causa de la Independencia de hombres como Riva Agüero, un declarado partidario de mantener intactas las estructuras de la sociedad colonial en el Perú independiente, no estuvo inspirada por una similar reacción de temor ante el triunfo del liberalismo en España.

La llegada de San Martín en 1821, el paso del ejército libertador en su camino hacia Lima, fueron saludados con calor en las ciudades costeñas. Pero los propietarios de las haciendas del litoral huyeron con anterioridad al avance hacia Lima de dicho ejército, mientras que muchos de sus esclavos abandonaron las haciendas y se incorporaron o fueron reclutados a la fuerza a las filas del ejército. A los indios de las ciudades costeñas se les dijo que los patriotas habían venido para liberarlos del tributo y otros sacrificios. El general Miller, un testigo excepcional, observó que esta promesa provocó en los indios "un extraordinario sentimiento de patriotismo" (Miller, 1828: vol. I, p. 325). Lima, por otra parte, se mantuvo sólida contra San Martín. Las acciones de sus tropas y el bloqueo impuesto por Cochrane lesionaron los intereses no sólo de los ricos comerciantes sino también de todos aquéllos, como los portuarios, que de distintas maneras estaban vinculados a la actividad comercial. La población de la ciudad confiaba todavía en la protección del virrey, y cuando éste decidió abandonar Lima ante el avance de las tropas patriotas, un pánico total se apoderó de ella.

En la Sierra Central se manifestó un considerable movimiento en favor de la Independencia, sobre todo a través de la organización de las fuerzas guerrilleras en apoyo del ejército de San Martín. El conocimiento de la composición social de estos grupos es fundamental para comprender la naturaleza y el alcance de las fuerzas sociales comprometidas en las luchas por la Emancipación. Lamentablemente, las fuentes disponibles proyectan muy poca luz sobre este problema. Los pocos informes de que se dispone sugieren, sin embargo, que los grupos guerrilleros -con excepción de los organizados directamente por los ejércitos libertadores- estuvieron compuestos por miembros de los grupos medios provincianos y de los sectores marginales urbanos, principalmente del bandidismo local, (Miller, 1828: Vol. I, p. 364; Vol. II, pp. 122-3; Hall, 1920: pp. 112-113; Rivera Serna 1958: pp. 138-145).

Existe también alguna evidencia de la participación de grupos indios. Por lo menos uno de los líderes de la

banda de guerrillas de la Sierra Central, Ignacio Quispe Ninavilca, fue indio. Era el último descendiente de los caciques de Huarochirí, cuyos ancestros remontan hasta los curacas que dominaron la provincia bajo los Incas. Esta afiliación colocaba a Ninavilca, al igual que a Pumacahua, en una posición estratégica para lograr el apoyo de las masas indias del área. Para ellos, obviamente, era más fácil confiar en uno de los suyos, que en un blanco desconocido aun si este curaca participaba de la explotación de los mismos indios.

En Lima, la presencia del ejército libertador fue aceptada poco más tarde; en cambio hay poca evidencia del apoyo de su población criolla a lo largo de todo el período de la Independencia. Los criollos ricos de Lima no estuvieron dispuestos a donar fondos al ejército libertador, de la misma manera en que anteriormente no estuvieron dispuestos a socorrer económicamente al virrey. La participación criolla en las fuerzas patriotas fue igualmente reducida.

La historia de los movimientos y batallas de los ejércitos patriotas y realistas que condujeron a la Independencia política del Perú es bastante conocida y es innecesario repetirla aquí. Sin embargo, el comportamiento de los líderes criollos durante los años 1821-1824 no ha sido examinado suficientemente.

Este análisis podría esclarecer el dilema de la élite criolla en el período de la Emancipación. Muchos de los líderes peruanos no parecen haber sido capaces de adaptarse a la nueva situación. Riva Agüero, presidente del Perú, fue exilado por sus negociaciones con el virrey; Torre Tagle, también presidente, cambió de bando varias veces y murió como realista durante el sitio del Callao. Sus vacilaciones reflejan las dificultades reales de su situación. Los criollos, en su mayor parte, sostuvieron al virrey hasta que se hizo cada vez más evidente que las tropas españolas no podrían defenderlos. Por otra parte, se sintieron poco seguros en su nueva situación, sobre todo al conocer los decretos de San Martín que manumitían a todos los hijos de los esclavos nacidos en el Perú

desde el ingreso de las tropas patriotas, y que suprimían el tributo indio, la mita y todo tipo de trabajo forzado. El miedo y el descontento eran evidentes, incluso si estos decretos no llegaron nunca a ser aplicados, o lo fueron sólo temporalmente. Tampoco les inspiraba confianza la apropiación de los bienes de los españoles exilados, con quienes los criollos habían mantenido relaciones de parentesco o de clientela.

Por otra parte, el reemplazo de la dictadura encubierta de San Martín por la dictadura declarada de Bolívar, reforzada por la presencia impuesta de las tropas colombianas, provocó muchos levantamientos que fueron seguidos por otros sectores de la sociedad. Riva Agüero, y varios líderes de las guerrillas, se rebelaron contra Bolívar y se retiraron a Cajamarca. La alianza de Riva Agüero, el aristócrata deseoso de mantener el orden colonial, con los líderes de las guerrillas, con los criollos y mestizos provinciales y con los caciques indios, es bastante sorprendente, y merece un estudio mucho más cuidadoso del que se ha realizado hasta ahora. Igualmente, el cuadro geográfico de las acciones que preceden a la Independencia, entre 1821 y 1825, plantea otros problemas nuevos. ¿Por qué se retiran Riva Agüero y los líderes de las guerrillas a Cajamarca? ¿Qué papel jugaba esta región antes de convertirse en refugio de estos hombres? Además: ¿por qué hubo guerrillas solamente en la Sierra Central? ¿Cuáles fueron las características sociales y económicas de esta región, que hicieron de ella el centro de los que parecen ser los únicos levantamientos espontáneos entre 1821 y 1825, pese a que esta espontaneidad se revela más a nivel de los pequeños caciques y gamoriales que a nivel de las masas populares?

Por último, ¿cuál fue el papel del Sur en la última etapa de la lucha por la Independencia?

Aparte del hecho que la aristocracia arequipeña proporcionó algunos de los realistas más convencidos y dedicados, Arequipa parece que participó en el movimiento de la Independencia sólo en el último momento, cuando un grupo de poderosos de la ciudad, sin ninguna participación popular, juró la Independencia, pasando así la región

a la etapa republicana sin mucha pena. Mientras tanto, ¿qué ocurría en el Cuzco entre 1821 y 1825? Como ya mencionamos esta región fue el centro del levantamiento contra Lima y contra España en 1814. En los textos de la Independencia la región del Sur peruano apenas si aparece. Este fenómeno, si no se debe a una simple omisión de los historiadores, puede plantear un problema importante: ¿por qué el inmovilismo del Sur peruano -si en efecto fue así- se transformó en un activismo decidido, sobre todo durante los años de la Confederación Peruano-Boliviana, en que el Sur peruano buscó ardorosamente la separación de Lima? Al abandonar la historia de unos pocos héroes, en gran parte concentrados en Lima, y emprender el estudio de las estructuras de la sociedad regional será posible comprender la trayectoria un tanto anómala de los grupos y regiones que integraron el espacio que fue peruano después de la Independencia.

SIGNIFICADO HISTÓRICO DE LA INDEPENDENCIA

Resumamos ahora las conclusiones obtenidas dando respuesta brevemente a la pregunta inicialmente formulada: el significado histórico de la Independencia. En América Latina y en el Perú los movimientos libertadores lograron la ruptura política de los lazos con la metrópoli, pero este desprendimiento externo no estuvo acompañado por una transformación de las estructuras internas de la sociedad forjadas durante el período colonial. El carácter colonial de la economía y de la sociedad hispanoamericanas se mantuvo hasta más allá del ocaso del siglo XIX. Esta estructura colonial sirvió de base a una dominación de nuevo tipo, ejercida esta vez por Inglaterra, la potencia hegemónica del momento. Los nuevos tiempos hicieron posible que el neo-colonialismo resultara de un juego de procesos y mecanismos esencialmente económicos, sin que fuera necesaria una vinculación política formal con la metrópoli.

En el Perú, como en América Latina, las rebeliones inconclusas se explican a nivel interno por la composición

y naturaleza de los grupos que las iniciaron. A diferencia de las clásicas revoluciones burguesas de la Europa de los siglos XVIII y XIX, en esta parte del mundo no existió una clase que orientara y condujera la lucha con una clara conciencia del sentido del proceso. En el caso del Perú esta situación es mucho más patética.

Para comenzar, la élite peruana no luchó por la Independencia. Se conformó y se acomodó ante *le fait accompli*. Quienes trajeron la Independencia, por otra parte, fueron militares convencidos de la necesidad de derrotar a los ejércitos realistas en el Perú como condición indispensable para consolidar la liberación de las otras regiones de Hispanoamérica. En estas últimas, estos militares habían luchado con la seguridad de que bastaba conquistar el poder político para eliminar los frenos a la expansión económica de la burguesía criolla. Para casi todos los ideólogos criollos de Hispanoamérica, la expansión económica estuvo identificada con la expansión comercial. En muy raras ocasiones es perceptible la oposición de la metrópoli por el hecho de que esta vinculación forzaba a las colonias a su especialización como simples productoras de materias primas; la viva conciencia de la desventaja originada por tal especialización se forma mucho más tarde. Es por esto que la cuestión del mercado nacional y la naturaleza de la fuerza de trabajo aparecen muy pocas veces; en el Perú nunca se plantearon en forma explícita. Para la burguesía criolla peruana, la prosperidad económica dependía no de la conquista de la plena libertad comercial, sino del retorno a las condiciones comerciales exclusivistas y monopólicas de la época colonial. Existió, pues, una clara divergencia de intereses entre las burguesías de las regiones periféricas del Imperio y la burguesía peruana. Para esta última la vinculación con la metrópoli no fue un obstáculo sino una necesidad. Ella creció y se robusteció a la sombra de España.

Estas características de la burguesía criolla peruana explican en buena parte el hecho ya señalado de que su ideología fuera inestructurada y embrionaria. La Independencia, precisamente, llegó, al Perú en una etapa en que

su élite no había clarificado ni desarrollado la conciencia de sí misma como un grupo distinto y opuesto a España, elemento esencial para la constitución de una "patria" o de una "nación". Las clases altas de la sociedad peruana fueron célebres por su hispanismo, y este complejo de la hispanidad aparece vigente por lo menos hasta la década de 1880, pese a la invocación de la grandeza del pasado Inca (nostalgia que por otra parte no tenía nada que ver con la presencia contemporánea de los indios).

Incluso la mayoría de los mismos colaboradores del Mercurio Peruano, tradicionalmente citados entre los "precursores" de la Independencia, fueron españoles y no criollos; a diferencia de quienes consideran el interés de los criollos por el territorio en que vivían como el inicio de un proceso que llevó inexorablemente a su ruptura con la metrópoli, ellos no veían ninguna contradicción entre su fascinación por su tierra adoptada y su lealtad a la corona española.

De la burguesía criolla peruana, grupo ya en decadencia y cuya época de prosperidad y riqueza estuvo ligada no a los cambios de las últimas décadas de la colonia, sino al sistema colonial tradicional de los siglos XVI y XVII, no era posible esperar que ofreciera una nueva formulación política, económica o social. Pero la inmovilidad de estas clases, su oposición abierta o latente, pudo haberse compensado si los ejércitos de San Martín o de Bolívar hubiesen invocado la adhesión de indios, mestizos y negros -en una palabra, de las clases oprimidas por el régimen colonial. De hecho, el ejército de San Martín hizo algunas tímidas llamadas a los grupos oprimidos, ofreciendo la manumisión de los negros esclavos de las haciendas costeñas, a cambio de su enrolamiento en las tropas, y declarando la abolición del tributo y del servicio personal de los indios. Existen evidencias de una respuesta positiva de parte de los negros, pero en cambio los indios no se identificaron con la causa de los ejércitos libertadores. La reticencia india se debió a razones sociales y culturales y, probablemente, también al hecho de que el ejército sanmartiniano no penetró en la sierra, con excepción de algunas pocas incursiones. Bolívar, criollo

de la región venezolana, cuya proximidad a Haití sirvió para que los blancos incrementasen sus pesadillas ante la posible repetición en Venezuela de un levantamiento negro, tampoco buscaba formar un ejército popular.

Existen, en efecto, pocos indicios de una movilización popular a gran escala en 1821 o más tarde. El ejército de Bolívar, por ejemplo, se vio obligado a recurrir a medidas propias del enganche para obtener de los pueblos los hombres que le eran necesarios. Estos fueron conducidos a los centros de operaciones bajo fuerte custodia para evitar su desertión. Pero, pese a esta vigilancia, los desertores fueron tan numerosos como los reclutas; los oficiales locales, en efecto, informaban continuamente que los indios desertaban de sus hogares y huían a las montañas *. No hay señales de movilizaciones regionales semejantes a la de 1812 o a la de 1814. ¿Se debía esto a que la situación y las características de las masas populares en 1821 eran distintas de las de años anteriores, o más bien a que la élite local tenía una capacidad mucho mayor para controlar de cerca la situación? Las respuestas a estas preguntas pueden aclarar no solamente las características de la sociedad provinciana, sino también los cambios que experimentó a lo largo del período turbulento e inseguro de la Emancipación. En todo caso, en estas condiciones el Perú de la Independencia no fue sino la inmensa escena de enfrentamiento de los ejércitos patriotas y realistas, donde su élite y sus clases populares no hicieron sino asistir impasibles a la decisión de sus destinos; la primera, con miedo, las últimas, en silencio.

Pero el hecho de que la Independencia no haya significado la transformación sustantiva de la estructura colonial, no quiere decir que el proceso peruano no sufriera algunas alteraciones durante esta etapa. Este es un problema delicado y sobre el cual conviene reflexionar

* "Sobre conscripción de reclutas - 1821", documento N° 012, Universidad de Cajamarca, Facultad de Educación, Museo de Arqueología, a cuidado del Dr. Rodolfo Ravines.

un momento. Los cambios ocurridos, si se permite la formulación, en lugar de modificar o reorientar el proceso anterior a las guerras de la Independencia, no hicieron sino acelerarlo e intensificarlo. Es decir, acentuaron la debilidad de la élite criolla, incrementaron sus dificultades económicas, aceleraron la desintegración regional y consolidaron el control económico de Inglaterra, control que fue mas extenso y más decisivo que el ejercido anteriormente por la metrópoli española.

La burguesía criolla, ya en crisis en el siglo XVIII, se debilitó aún más por la acción de las largas guerras de la Emancipación. La burguesía comercial se vio maltratada por los sucesivos bloqueos de los puertos y por la invasión de las mercancías europeas; la facción de la burguesía que estuvo vinculada a otros sectores productivos, como la minería o la agricultura, sufrió un impacto aún más fuerte, en la medida en que fueron virtualmente arruinados por la guerra. Parte del capital comercial emigró durante las guerras y el resto salió con la expulsión de los españoles. Además, el nuevo Estado que surge con la Independencia fue un Estado completamente débil, desprovisto de una estructura bancaria y financiera. Esta debilidad se agravó en la primera década después de la Independencia con los múltiples "pronunciamientos" de los caudillos militares que para sostenerse debieron recurrir a la expoliación de la población rural y urbana.

Es esta profunda crisis la que en gran medida explica la facilidad y la profundidad de la penetración británica en el Perú. Los valores de la exportación inglesa al Perú, en libras esterlinas, permiten medir los ritmos de esta expansión: 1818: 3,149 £.; 1819: 30,000; 1820: 39,322; 1821: 86,329; 1822: 111,509; 1823: 288,292; 1824: 401,695; 1825: 602,709, y así sucesivamente, (Bonilla, 1970: Vol, I, p. 56). Hacia 1824, cuando se silenciaron las armas en Junín y Ayacucho, en Lima había 20 casas comerciales británicas fuertemente establecidas y 16 en Arequipa, (Public Record Office, Londres, 1826 ms). El control del mercado peruano fue suficiente para atenuar y compensar los fiascos y pérdidas considerables representados por la inversión temprana de los capitales ingleses, particularmente

en el sector minero, mientras que los préstamos británicos al indefenso Estado peruano colocaban los primeros eslabones de su posterior encadenamiento financiero. Es así como la economía peruana pasó de la dominación española a la dominación británica, sin transición alguna, casi automática e inmediatamente.

Por otra parte, la aparición de los caudillos militares y su constitución como grupo de poder y de dominio a través de casi todo el siglo XIX, es otro de los cambios que aparece como consecuencia de las guerras de la Independencia. Pero el ejército, si bien representó para sus componentes un vehículo de rápida ascensión social y económica, no hizo prácticamente nada para estimular o provocar el cambio del orden social heredado de la colonia. Por el contrario, lo perpetuó.

Los militares reclutaron muchos elementos del bandolerismo local, del pequeño comercio, de los grupos medios provinciales, ya mencionados anteriormente y cuyos anteriores intentos de levantamiento fueron frenados por la sociedad colonial. En la organización militar encontraron una vía rápida de ascenso social, ya que constituía una suerte de bandidismo medio institucionalizado. Para su sostenimiento impusieron fuertes cupos a los sectores acomodados de la sociedad provincial, a cambio de la protección de sus vidas, sus casas y de parte de su fortuna. Afectaron así el proceso de distribución económica, reorientando parte de la riqueza producida a otros sectores de la sociedad: hacia ellos mismos y hacia los comerciantes, principalmente ingleses o representantes de casas inglesas y francesas que proveyeron de mercancías importadas al mercado interno peruano, en este caso de armas y pertrechos de guerra.

Pero la presencia de este nuevo grupo que era el ejército republicano no alteró la naturaleza de la producción, que siguió siendo colonial. Además, no obstante que las relaciones entre la élite provinciana y los soldados emergentes fueron muchas veces antagónicas, teñidas por ambos lados de un fuerte desprecio, existió una vinculación estructural entre ambos. La existencia de este

bandidismo casi institucionalizado representado por el ejército republicano, dependía de la capacidad de la élite provinciana para satisfacer sus demandas, en la medida en que sus miembros no eran productores directos. Si bien, por su misma idiosincracia el ejército no podía alterar la naturaleza de la producción, en cambio, acentuó la contracción de la economía regional cuando su expoliación en riqueza y hombres fue lo suficientemente grande como para interrumpir el proceso económico.

Esta nueva situación intensificó e hizo más perceptibles los cambios ya latentes en el siglo XVIII. Entre estos debe mencionarse la profunda desarticulación del espacio peruano, la acentuación de la regionalización, la expansión en gran escala de los grandes dominios agrícolas, la destrucción de la producción interna, la extensión del caciquismo regional, la constitución de clientelas regionales a base de la incorporación de gran parte de la población nativa, con la consiguiente crisis de la fuerza de trabajo, y la conquista del mercado interno por los textiles británicos. Fueron estos, por otra parte, los factores mayores que generaron la perdurabilidad de la crisis interna de la economía peruana y que sustentaron la absoluta hegemonía de la economía británica.

El pensamiento político y social de la nueva república reflejaba la persistencia, cuando no la extensión, tanto de las actitudes como de las estructuras coloniales. Los conceptos sociales de los miembros de la nueva república fueron los mismos que los de la colonia, heredados directamente de ella. Estos conceptos, a su vez, se inspiraron en la concepción medieval de estamentos jerárquicamente organizados. De esta manera el pensamiento político de la nueva república mezcló dos conceptos: la república política, basada en la igualdad universal, y la desigualdad social como convicción. En toda situación de conflicto y de crisis ha habido un choque entre estos conceptos, con la derrota y el abandono de la idea más débil: la de democracia o igualdad política. Esta subsistió sólo a nivel de las palabras, camuflando una realidad distinta y opuesta. "Pretender que todos los hombres sean perfectamente iguales es una quimera de la ficción,

la moral y la política", dice un periódico de la época, para continuar afirmando que "en toda sociedad ha de haber gradaciones: si así no fuese, muy en breve, desatados los lazos de la subordinación, caeríamos en una homicida anarquía", (El Verdadero Peruano, *en* Macera, 1971: p.38).

Las condiciones coloniales dificultaron el desarrollo mismo del concepto de "patria" peruana. ¿En qué consiste, en efecto, esta nueva patria republicana? ¿Cómo se definen quienes comparten la condición de compatriotas? En Europa antes de 1789 -y en Hispanoamérica antes de la Emancipación- la noción de patria estuvo íntimamente ligada a la persona -simbólica- del monarca, que individualmente podía ser odiado o atacado, sin afectar la idea misma de la monarquía. Este concepto integraba la sociedad en un todo organizado, con una jerarquía de dominación y subordinación, teniendo al monarca en la cúspide de tal sociedad. Por consiguiente, a través de esta relación común, los súbditos de un monarca pertenecían a una misma patria, los que no lo eran resultaban extraños a esta patria. Pero cuando el monarca desaparece, ¿sobre qué se funda el concepto de nación? En los países europeos del siglo XIX hubo varios criterios: el de vivir dentro de ciertas fronteras territoriales, el compartir el mismo idioma o una misma cultura. Pero en el Perú republicano, donde no se delimitó el territorio nacional sino varios años después de la Emancipación política, donde se hablaba por lo menos tres idiomas, ¿con qué criterios se contó? De hecho, es bastante difícil precisados y aunque se hablaba muy a menudo de la "patria" y del "deber patriótico", no siempre es fácil distinguir a quienes iban dirigidas estas palabras. El criterio implícito de patria, sin embargo, parece haber estado ligado a la cultura y a la lengua españolas, que en el caso del Perú automáticamente excluía a los indios, es decir a la mayoría de los residentes de un territorio que la Independencia convirtió en República del Perú. Por eso, los indios, definidos durante la época colonial como una "república" aparte, con sus propias leyes, relaciones, y características, ligados a los criollos solamente por el hecho de compartir con ellos la condición de súbditos de la corona española,

pasaron a ser ignorados en la nueva república, levantada sobre el modelo de la sociedad criolla.

Todo lo expuesto hasta ahora permite pues concluir que la Independencia del Perú, a diferencia de lo que corrientemente se sostiene, no hizo sino acentuar la desorganización interna -política, social y económica- y reforzar su articulación asimétrica con las potencias dominantes.

REFERENCIAS CITADAS

- BONILLA, Heraclio
1970 ms *Aspects de l'histoire économique et sociale du Pérou au XIXe siècle*. Tesis para optar el grado de Doctor en la Universidad de París. 2 vols. París.
- CHAUNU, Pierre
1964 *L'Amérique et les Amériques*. París.
- FISHER, J. R.
1970 *Government and Society in Colonial Peru: The intendant system, 1784-1814*. London.
- HALL, Basil
1920 *El general San Martín: en el Perú*. Buenos Aires.
- KIRKPATRICK, F. A.
1969 The establishment of Independence in Spanish America. En: *The Cambridge Modern History*. 2ª edición Vol. X, pp. 300-327. Cambridge.
- MACERA DALL'ORSO, Pablo
1955 *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*. Lima.
1971 "El periodismo de la Independencia". *El Peruano*. Diario oficial. Edición extraordinaria conmemorativa del Sesquicentenario de la Independencia Nacional. N° 9095, pp. 37-38. Lima, julio 28.
- MILLER, John
1928-(1929) *Memorias del Gral. Miller al servicio de la República del Perú*, escritas por Mr. John Miller. 2 vols. (trad. del Gral. Torrejos). Londres.
- [PUBLIC RECORD OFFICE, Londres]
1826 ms *Charles Milner Ricketts to George Canning*. Lima, 27 de diciembre de 1826. F. O. 61/8.
- RIVERA SERNA, Raúl
1958 *Los guerrilleros del centro en la emancipación peruana*. Lima.
- VILLALOBOS, Sergio
1968 *El comercio y la crisis colonial*. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago.

La crisis de Independencia *

Tulio Halpein Donghi

Ese edificio colonial que, a juicio de los observadores poco benévolo, había durado demasiado, entró en rápida disolución a principios del siglo XIX; en 1825 Portugal había perdido todas sus tierras americanas, y España sólo conservaba a Cuba y Puerto Rico. ¿Por qué este desenlace tan rápido? Retrospectivamente se le ha buscado (y desde luego encontrado) causas muy remotas, algunas de ellas latentes desde el comienzo de la conquista; al lado de ellas se han subrayado otras cuyos efectos se habrían hecho sentir acumulativamente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Por lo menos para América española, para la cual el problema se presenta con mayor agudeza, se ha subrayado una y otra vez las consecuencias de la sólo parcialmente exitosa reformulación del pacto colonial: precisamente porque éste abría nuevas posibilidades a la economía indiana, hacía sentir más duramente en las colonias el peso de una metrópoli que entendía reservarse muy altos lucros por un papel que se resolvía en la intermediación con la nueva Europa industrial. La lucha por la independencia sería en este aspecto la lucha por un nuevo pacto colonial, que -asegurando el contacto directo entre los productos hispanoamericanos y la que es cada vez más la nueva metrópoli económica- conceda a esos productores accesos menos limitados al mercado

* *Historia Contemporánea de América Latina*. Alianza editorial. Madrid, 1969. (Cap. II, pp. 74-133).

ultramarino y una parte menos reducida del precio allí pagado por sus frutos.

Al lado de la reforma económica estaba la reforma político-administrativa. Se ha visto ya cómo ésta no había resuelto los problemas fundamentales del gobierno de la América española y portuguesa: el reclutamiento de funcionarios dispuestos a defender, con una honradez que las dificultades de su tarea hacía heroica, los intereses de la corona frente a demasiado poderosas ligas de intereses locales. Pero no hay duda de que esa reforma aseguró a las colonias una administración más eficaz que la de antes existente. Esta era -según una fórmula incisiva de J. H. Parry- una de las causas profundas de su impopularidad, pues los colonos prefieren tener que enfrentar una administración ineficaz, y por eso mismo menos poderosa. Pero no era la única: al lado de ella estaba la tan invocada de la preferencia de la corona por los funcionarios metropolitanos. Sin duda las alegaciones sobre la parcialidad regia estaban mejor fundadas en hechos de lo que quieren hacer suponer, por ejemplo, las estadísticas de un Julio Alemarte, y la parcialidad misma no se debía solamente a la mayor sensibilidad de la administración a las solicitudes que le llegaban de cerca, sino al temor de dar poder administrativo a figuras aliadas de antemano con las fuerzas localmente poderosas que seguían luchando, tenaz y silenciosamente, contra la pretensión de la corona a gobernar de veras sus Indias. Con lo que la protesta contra el peninsular, que debía su carrera a su origen metropolitano, a veces escondía mal la repulsa del testigo molesto llegado de fuera del cerco de complicidades localmente dominante (y que en el mejor de los casos era preciso introducir en él mediante el soborno).

Tanto la enemistad contra los peninsulares favorecidos en la carrera administrativa (y en la militar y eclesiástica) como la oposición contra el creciente centralismo, eran sólo un aspecto de las reacciones despertadas en las colonias por la creciente gravitación de una metrópoli renaciente. La misma resistencia - expresada en idéntica hostilidad hacia los peninsulares- se

manifestaba frente a los cambios en la estructura comercial: ese enjambre de mercaderes metropolitanos que en la segunda mitad del siglo XVIII avanzaba sobre los puertos y los nudos comerciales de las Indias cosechando una parte importante de los frutos de la activación económica, era aborrecido aun por quienes no habían sido afectados directamente por su triunfo.

Convendría no exagerar las tensiones provocadas por este intento de reordenación de las Indias; convendría, sobre todo, advertir más claramente que si ellas autorizaban algunas alarmas sobre el futuro del lazo colonial, de ningún modo hacían esperar un desenlace tan rápido: por el contrario, los conflictos que ellas parecían anticipar, sólo hubiesen podido madurar en un futuro remoto: ellas anuncian, más bien que una cercana catástrofe, los delicados y lentos reajustes de una etapa de transición necesariamente larga.

¿En la renovación ideológica que (junto con la cultura hispánica en su conjunto) atravesaba la iberoamericana a lo largo del siglo XVIII ha de hallarse causa menos discutible del fin del orden colonial? Pero esa renovación -colocada bajo signo ilustrado- no tenía necesariamente contenido políticamente revolucionario. Por el contrario, se dio durante una muy larga primera etapa en el marco de una escrupulosa fidelidad a la corona. Ella se fundaba en que, pese a todas sus vacilaciones, era la corona la más poderosa de las fuerzas renovadoras que actuaban en Hispanoamérica. La crítica de la economía o de la sociedad colonial, la de ciertos aspectos de su marco institucional o jurídico no implicaban entonces una discusión del orden monárquico o de la unidad imperial. La implicaban todavía menos por cuanto la ilustración iberoamericana -del mismo modo que la metropolitana- estaba lejos de postular una: ruptura total con el pasado: en ella sobrevivía mucho de la tradición monárquica del siglo anterior, y en más de uno de sus representantes la fe en el papel renovador de la corona parece la racionalización de una fe más antigua en el rey como cabeza de ese grupo místico que es el reino

Sin duda, ya desde fines del siglo XVIII, esta fe antigua y nueva tenía -en Iberoamérica como en sus metrópolis- sus descreídos. En este hecho indudable se ha hallado más de una vez la explicación para los movimientos sediciosos que abundan en la segunda mitad del siglo XVIII, y en los que se ve los antecedentes inmediatos de la revolución independiente. Pero ni parece evidente esta última vinculación, ni mucho menos la que se postula entre esas sediciones y la renovación de las ideologías políticas. Es fácil hacer -desde Nueva Granada hasta el Alto Perú- un censo impresionante de esos movimientos; vistos de cerca, ellos presentan una fisonomía escasamente homogénea y a la vez no totalmente nueva. Sin duda, podemos encontrar un elemento desencadenante común en las tensiones creadas por la reforma administrativa, que en manos de burócratas demasiado ávidos significó sobre todo un aumento de la presión impositiva; pero las respuestas son localmente muy variables. El episodio más vistoso es la guerra de castas que azotó en las dos últimas décadas del siglo XVIII al Perú; esta guerra, en que los alzados supieron combinar la nostalgia del pasado prehispánico con la lealtad al rey español, por hipótesis ignorante de las iniquidades que en su nombre se cometían en América, exacerbó las tensiones entre las castas peruanas: indios contra blancos y mestizos en el Bajo Perú; indios y mestizos contra blancos en el Alto Perú. En este sentido, más que ofrecer un antecedente para las luchas de la independencia, estos alzamientos parecen proporcionar una de las claves para entender la obstinación con que esta área iba a apegarse a la causa del rey: una parte de su población nativa iba a ver en el mantenimiento del orden colonial la mejor, defensa de su propia hegemonía, y en ésta la única garantía contra el exterminio a manos de las más numerosas castas indígenas y mezcladas.

Otros episodios menos vistosos se desarrollan con apoyos, si más limitados en el espacio, más unánimes: es el caso del alzamiento comunero del Socorro, en Nueva Granada. Pero su importancia inmediata fue mucho menor, y su fisonomía los acercaba a los movimientos de protesta

local que habían abundado desde la conquista; más bien que la presencia de elementos nuevos que anuncian la crisis, lo que ellos ponen de manifiesto es la persistencia de debilidades estructurales cuyas consecuencias iban a advertirse cada vez mejor en la etapa de disolución que se avecinaba.

Menos discutible es la relación entre la revolución de independencia y los signos de descontento manifestados en muy estrechos círculos dentro de algunas ciudades de Latinoamérica desde aproximadamente 1790. Esos signos fueron, sin duda, magnificados primero por sus represores y luego por sus historiadores: es indudable, sin embargo, que desde México a Bogotá, donde en 1794 Antonio Nariño comenzaba su carrera de revolucionario, traduciendo la Declaración de los Derechos del Hombre, a Santiago de Chile, donde en 1790 era descubierta una «conspiración de los franceses», a Buenos Aires, donde casi contemporáneamente otros franceses parecen haber logrado despertar en algunos esclavos esperanzas de próxima liberación gracias a una revolución republicana, a Brasil, donde en Minas Geraes la inconfidencia secesionista y republicana es descubierta y reprimida en 1789, en los más variados rincones de Latinoamérica hay signos muy claros de una nueva inquietud. El resultado de esos episodios eran, los mártires y los desterrados aventureros: Tiradentes, el jefe de la inconfidencia de Minas Geraes era el más célebre de los primeros; el más famoso de los segundos, Francisco de Miranda, el amigo de Jefferson, amante de la gran Catalina, general de la Gironda, en su momento agente de Pitt, antes de fracasar como jefe revolucionario en su nativa Venezuela, hizo conocer al mundo la existencia de un problema iberoamericano, incitando a las potencias a recoger las ventajas que la disolución del imperio español proporcionaría a quienes quisieran apresurada. Tras de esas trayectorias trágicas o brillantes se alinean muchas otras: desterrados en Africa, prisioneros en la metrópoli; emigrados que vegetan penosamente gracias a pensiones inglesas o francesas... Y al lado de ellos son más numerosos, los que se mantienen en reserva: cuando Bolívar repite en un

paisaje de ruinas romanas el juramento de Aníbal no es aún sino un rico muchacho criollo de Caracas que viaja por Europa acompañado de su preceptor; cuando en su Córdoba del Tucumán el deán Funes, futuro patriota argentino, recibe de amigos españoles, junto con entusiastas relaciones acerca de la Francia revolucionaria, la música del himno de los marseleses, es aún un eclesiástico que busca hacer carrera a la sombra del obispo, el intendente y el virrey. No es irrazonable ver en esta inquietud, que de pronto lo invade todo, el fruto del avance de las nuevas ideas políticas; que éste fue muy real lo advertiremos después de la revolución: burócratas modestos, desde los rincones más perdidos, mostrarán de inmediato una seguridad en el manejo del nuevo vocabulario político que revela que su intimidad con él data de antiguo. Pero este avance mismo es consecuencia de un proceso más amplio: lo nuevo después de 1776 y sobre todo de 1789 no son las ideas, es la existencia misma de una América republicana, de una Francia revolucionaria. Y el curso de los hechos a partir de entonces hace que esa novedad interese cada vez más de cerca a Latinoamérica: Portugal, encerrado en una difícil neutralidad; España, que pasa, a partir de 1795, a aliada de la Francia revolucionaria y napoleónica, muestran cada vez mejor su debilidad en medio de las luchas gigantescas que el ciclo revolucionario ha inaugurado. En estas condiciones aun los más fieles servidores de la corona no pueden dejar de imaginar la posibilidad de que también esa corona, como otras, desaparezca... En América española en particular, la crisis de independencia es el desenlace de una degradación del poder español que, comenzada hacia 1795, se hace cada vez más rápida.

El primer aspecto de esa crisis: ese poder se hace ahora más lejano. La guerra con una Gran Bretaña que domina el Atlántico separa progresivamente a España de sus Indias. Hace más difícil mandar allí soldados y gobernantes; hace imposible mantener el monopolio comercial. En continuidad sólo aparente y en oposición real con las reformas mercantiles de Carlos III, un conjunto de medidas de emergencia autorizan la progresiva apertura

del comercio colonial con otras regiones (colonias, extranjeras, países neutrales); a la vez conceden a los colonos libertad para participar en la ahora más riesgosa navegación sobre las rutas internas del Imperio. Esta nueva política, cautamente emprendida por la corona, es recibida con entusiasmo en las colonias; desde La Habana a Buenos Aires, todo el frente Atlántico del Imperio español aprecia sus ventajas y entiende conservarlas en el futuro. Al mismo tiempo, alejada la presión de la metrópoli política y de la económica, esas colonias se sienten enfrentadas con posibilidades inesperadas: un economista ilustrado de Buenos Aires se revela convencido de que su ciudad está en el centro del mundo comercial y que tiene recursos suficientes para utilizar por sí sola las ventajas que su privilegiada situación le confiere. Y, en efecto, el comercio de Buenos Aires se mueve en un horizonte súbitamente ampliado, en que existen Hamburgo y Baltimore, Estambul y las islas azucareras del Indico, del que, en cambio, han desaparecido a la vez España e Inglaterra; en ese mundo las fuerzas de la ciudad austral parecen menos diminutas. De allí una conciencia más viva de la divergencia de destinos entre España y sus Indias, una confianza (que los hechos van a desmentir luego cruelmente) en las fuerzas económicas de esas Indias, que se creen capaces de valerse solas en un sistema comercial profundamente perturbado por las guerras europeas.

Esta transformación es paulatina: sólo Trafalgar, en 1805, da el golpe de gracia a las comunicaciones atlánticas de España. Y, por otra parte, si el desorden del sistema comercial prerrevolucionario da posibilidades nuevas a mercaderes-especuladores de los puertos coloniales, no beneficia de la misma manera a la economía colonial en su conjunto. En esa Buenos Aires que cree ser el centro del mundo comercial, se apilan los cueros sin vender; en Montevideo forman tómulos más altos que las modestas casas; en la campaña del litoral rioplatense los ganados, sacrificados a ritmo vertiginoso hasta 1795, vuelven luego de esa fecha a poblar la pampa con ritmo igualmente rápido: las matanzas se interrumpen por falta

de exportación regular. Aun en Cuba, dónde un conjunto de factores muy complejos impulsa en esta etapa la expansión azucarera y cafetera, las vicisitudes del revolucionario comercio mundial imponen alternativas brutales de precios; a los años buenos de 1790 a 1796 sigue la racha negra de 1796 a 1799; en la década siguiente también los primeros cinco años de altos precios y exportación expedita son seguidos de otros muy duros. Esas alternativas provocan mayor impaciencia que las limitaciones, acaso más graves pero más uniformes, de etapas anteriores: como los comerciantes especuladores, también los productores a los que las vicisitudes de la política metropolitana privan de sus mercados tienden a ver cada vez más el lazo colonial como una pura desventaja; la libertad que derivaría de una política comercial elaborada por las colonias mismas pasa a ser una aspiración cada vez más viva.

Acaso más que esa aspiración pesa en la marcha a la independencia el espectáculo mismo de una metrópoli que no puede ya gobernar la economía de sus colonias, porque su inferioridad en el mar la aísla progresivamente de ellas. En lo administrativo, el angostamiento de los vínculos entre la metrópoli y colonias comenzará a darse más tardíamente que en lo comercial, pero en cambio tendrá un ritmo más rápido. En uno y otro campo los quince años que van de 1795 a 1810 borran los resultados de esa lenta reconquista de su imperio colonial que había sido una de las hazañas de la España borbónica. En medio de las tormentas posrevolucionarias, esa hazaña revela, sin duda, su fragilidad, pero al mismo tiempo ha logrado cambiar demasiado a las Indias para que el puro retorno al pasado sea posible. Por otra parte, la Europa de las guerras napoleónicas -ese bloque continental ávido de productos tropicales, y sobre todo esa Inglaterra necesitada de mercados que reemplacen los que se le cierran en el continente- no están tampoco dispuestas a asistir a una marginalización de las Indias, que sólo les deja abierta, como en el siglo XVII, la puerta del contrabando. Si en el semiaislamiento de ese quinquenio pudo parecer a algunos hispanoamericanos que la ruptura del

lazo colonial iba a permitir prolongar los esbozos de autonomía mercantil en curso hasta alcanzar una independencia económica auténtica, este desenlace era en los hechos extremadamente improbable.

Pero para otros (en particular para los productores que conocen en esos años afiebrados alternativas de prosperidad y ruinoso aislamiento) la independencia política no debe ser a la vez económica: debe establecer con las nuevas metrópolis económicas un lazo que sería ilusión creer será de igualdad... He aquí algunas de las alternativas que la disolución del lazo colonial plantea ya antes de producirse. Esas alternativas no tendrán siquiera tiempo de mostrarse con claridad: en 1806, en el marco de la guerra europea, el dominio español en Indias recibe su primer golpe grave; en 1810, ante lo que parece ser la ruina inevitable de la metrópoli, la revolución estalla desde México a Buenos Aires.

En 1806 la capital del virreinato del Río de la Plata es conquistada por sorpresa por una fuerza británica; la guarnición local (pese a que desde la guerra que llevó a la conquista de la Colonia del Sacramento, Buenos Aires es -en el papel- uno de los centros militares importantes de la América española) fracasa en una breve tentativa de defensa. Los conquistadores capturan un rico botín de metálico, que será paseado en triunfo en Londres; comienza por asombrarse de encontrar tantas adhesiones, desde los funcionarios que juran fidelidad al nuevo señor, hasta los frailes que servicialmente predicán sobre el texto paulino acerca del origen divino de todo poder. Las conspiraciones, sin embargo, se suceden y, finalmente, un oficial naval francés al servicio del rey de España conquista Buenos Aires con tropas que ha organizado en Montevideo. Al año siguiente, una expedición británica más numerosa conquista Montevideo, pero fracasa frente a Buenos Aires, donde se han formado milicias de peninsulares y americanos. El virrey, que en 1806 y 1807 ha huído frente al invasor, es declarado incapaz por la Audiencia; interinamente lo reemplaza Liniers, el jefe francés de la Reconquista. La legalidad no se ha roto; el régimen colonial está, sin embargo, deshecho en Buenos

Aires: son las milicias las que hacen la ley, y la Audiencia ha tenido que inclinarse ante su voluntad.

Ese anticipo del futuro es seguido bien pronto de una crisis más general, que comienza en la Península. Su punto de partida es muy conocido: se trata de un conjunto de hechos suficientemente dramáticos para haber apasionado a los cultores de la *histoire événementielle*, generalmente condenados a horizontes más grises. Es el estallido de un drama de corte, cuyo ritmo gobierna desde lejos Bonaparte, el paródico protector de los Borbones de España, que lo utiliza para provocar el cambio de dinastía. Pero las consecuencias que esta secuencia tiene en España son incomprensibles fuera de un marco histórico más vasto: la guerra de independencia española es parte de un conflicto mundial sin el cual no hubiera sido posible (no sólo importa aquí que la expulsión de los franceses haya sido lograda gracias a la presencia de un ejército expedicionario británico; ya antes de ello, lo que animó la resistencia española fue la que fuera de España encontraba el poder napoleónico; por añadidura, esa resistencia se apoyó en una movilización popular que así fuesen antirrevolucionarias sus consignas- se integra muy bien en el nuevo estilo de guerrear aportado por la revolución).

La guerra de Independencia significa que nuevamente la metrópoli -ahora aliada de Inglaterra- puede entrar en contacto con sus Indias. Significa también que, de un modo o de otro, esa poderosa aliada se abre el acceso al mercado indiano; parece crear entonces la posibilidad de un futuro parecido a lo que fue el pasado brasileño. . . Pero a la vez lo hace muy difícil: la guerra significa, por añadidura, que la metrópoli (la España antinapoleónica, cada vez más reducida, golpeada por las victorias francesas, y que pasa de la legalidad interina del Consejo de Regencia a una revolución que no quiere decir su nombre, pero se expresa inequívocamente en las Cortes liberales de Cádiz) tiene recursos cada vez menores para influir en sus Indias. En ellas estallan las tensiones acumuladas en las etapas anteriores -la del reformismo ilustrado, la del aislamiento de guerra-, las *élites* urbanas españolas

y criollas desconfían unas de otras, ambas proclaman ser las únicas leales en esa hora de prueba; para los peninsulares, los americanos sólo esperan la ruina militar de la España antinapoleónica para conquistar la independencia; para los americanos, los peninsulares se anticipan a esa mina preparándose para asegurar las Indias a una futura España integrada en el sistema francés. Ambas acusaciones parecen algo artificiosas, y acaso no eran totalmente sinceras. Son en todo caso los peninsulares quienes dan los primeros golpes a la organización administrativa colonial.

En México reaccionan frente a la inclinación del virrey Iturrigaray a apoyarse en el cabildo de la capital, predominantemente criollo, para organizar con su colaboración una junta de gobierno que, como la metropolitana de Sevilla, gobernase en nombre del rey cautivo, Fernando VII. El 15 de setiembre de 1808, un golpe de mano de peninsulares captura al virrey y lo reemplaza, la Audiencia, predominantemente peninsular, se apresura a reconocer el cambio. En el Río de la Plata, el cambio de alianzas de 1808 coloca a Liniers bajo una luz sospechosa; por lo menos los peninsulares prefieren creerlo así. Una tentativa del cabildo de Buenos Aires -predominantemente europeo- por destituirlo, fracasa, debido a la supremacía local de las milicias criollas. Pero en Montevideo, ciudad de guarnición, los oficiales peninsulares dominan y establecen una junta que desconoce al virrey y pretende gobernar todo el virreinato; si bien la empresa no encuentra eco, la junta disidente domina la entera jurisdicción montevideana.

Estos episodios siguen un esquema que luego ha de repetirse: son ahora fuerzas de raíz local las que se contraponen; los grandes cuerpos administrativos ingresan en el conflicto político para conferir el prestigio de una legitimidad por otra parte bastante dudosa a las soluciones que esas fuerzas han impuesto. Los movimientos criollos reiterarán sustancialmente el mismo esquema de los antes dirigidos por peninsulares: en Chile, en 1808, al morir el gobernador Muñoz de Guzmán, apoyan al jefe de la guarnición, coronel García Carrasca, contra el

presidente de la Audiencia y logran hacerlo gobernador interino; Juan Martínez de Rosas, jefe intelectual de los criollos chilenos, será por un tiempo su secretario. García Carrasco termina por librarse de sus incómodos asesores, que entre tanto han transformado la estructura del cabildo de Santiago para afirmar a través de él su ascendiente, asegurando el predominio numérico de los criollos. Pero si Martínez de Rosas es confinado en el Sur, el golpe recibido por la organización colonial en Chile es irreparable: el gobernador, la Audiencia, el cabildo siguen enfrentándose enconadamente mientras el marco institucional de la monarquía española cae en ruinas... En Buenos Aires, al salvar a Liniers de las asechanzas del cabildo dominado por los peninsulares, los oficiales de las milicias criollas afirman una vez más su poder a comienzos de 1809; el gran rival de Liniers, el comerciante peninsular Martín de Alzaga, que desde el cabildo ha organizado la defensa de la ciudad en 1807, es confinado en el Sur...

Estos movimientos criollos se habían mantenido en los límites -cada vez más imprecisos- de la legalidad. En 1809, otros iban a avanzar hasta la rebelión abierta. En el Alto Perú, viejas rivalidades oponían al presidente y los oidores de la Audiencia de Charcas, con jurisdicción sobre la región entera. El conflicto adquirió matices políticos al hacerse sentir -allí como en el resto del virreinato- los efectos de la acción de la infanta Carlota Joaquina, hermana del rey cautivo de España, refugiada desde 1808 con su esposo, el regente de Portugal, en Río de Janeiro. La infanta había comenzado a desarrollar -con no demasiada habilidad y aún menos honradezuna política personal, destinada a convencer a los notables del alborotado Río de la Plata, y aún en otros virreinos, de las ventajas de reconocerla como soberana interina: para ello se presentaba alternativamente como abanderada del liberalismo y del antiguo régimen, de la hegemonía criolla y de la peninsular. Había encontrado ya en 1809 infinidad de catecúmenos, acaso tan sinceros como ella: algunos de los futuros jefes de la revolución de independencia no se fatigaban de denunciar ante

la infanta a ese peligroso secesionista, ese republicano jacobino que era don Martín de Alzaga; la princesa, por su parte, terminó por actuar como *agent provocateur*, denunciando a las autoridades disidentes de Montevideo a los más comprometedores de sus adherentes criollos... En Charcas, la infanta reclutó en sus filas al presidente Pizarro; bastó ello para que los oidores, ante el peligro de ser anticipados por su rival, prohicieran una junta local, destinada a gobernar en nombre del rey cautivo. A esta revolución de criollos blancos sigue la revolución mestiza de La Paz. Ambas son sofocadas por tropas enviadas por los virreyes de Lima y Buenos Aires, y reprimidas con una severidad que antes solía reservarse para rebeldes de más humilde origen.

En la presidencia de Quito, el presidente-intendente fue igualmente depuesto, en agosto de 1809, por una conspiración de aristócratas criollos; un senado, presidido por el marqués de Selva Alegre, pasó a gobernar sobre la entera jurisdicción. Su poder duró poco: un año después, algunos jefes del movimiento, vencidos por tropas enviadas por el virrey de Nueva Granada, eran ejecutados; también ellos habían pretendido gobernar en nombre del rey cautivo, pero no por eso dejaban de ser tenidos por rebeldes.

Esos episodios preparaban la revolución. Mostraban, en primer término, el agotamiento de la organización colonial: en más de una región ésta había entrado en crisis abierta; en otras, las autoridades anteriores a la crisis revelaban, a través de sus vacilaciones, hasta que punto habían sido debilitadas por ella: así, en Nueva Granada, en 1809, el virrey aceptó ser flanqueado por una junta consultiva. En el naufragio del orden colonial, los puntos reales de disidencia eran las relaciones futuras entre la metrópoli y las Indias y el lugar de los peninsulares en éstas; aun quienes deseaban mantener el predominio de la España europea y el de sus hijos estaban tan dispuestos como sus adversarios a colocarse fuera de un marco político-administrativo cuya ruina era cada vez menos ocultable. En estas condiciones las fuerzas cohesivas, que en la península eran tan fuertes, aun en medio de la

crisis (porque se apoyaban en una comunidad nacional efectivamente existente), contaban en Hispanoamérica bastante poco; ni la veneración por el rey cautivo -exhibida por todos, y a menudo animada de una sospechosa sinceridad- ni la fe en un nuevo orden español, surgido de las cortes constituyentes, podían aglutinar a ese subcontinente entregado a tensiones cada vez más insostenibles.

Pero en esos dos puntos de disidencia -relaciones con la metrópoli, lugar de los metropolitanos en las colonias- todo llevaba a cargar el acento sobre el segundo. En efecto, la metrópoli misma estaba siendo conquistada por los franceses; si era notorio que el dominio naval británico impediría que esa conquista se extendiera a las Indias, no parecía, en 1809 ó 1810, que la incorporación de España al dominio napoleónico fuese un proceso reversible. Por otra parte, esta España resistente, reducida a Andalucía y luego al recinto de Cádiz, parecía dispuesta a revisar el sistema de gobierno de sus Indias, y a transformarlas en provincias ultramarinas de un reino renovado por la introducción de instituciones representativas. Esto en cuanto al futuro político de las Indias; en cuanto a la economía, la alianza británica, de la que dependía para su supervivencia la España antinapoleónica, aseguraba que el viejo monopolio estaba muerto: en el Río de la Plata fue el último virrey quien, al autorizar el comercio libre con Inglaterra, puso las bases de lo que sería la economía de la Argentina independiente.

En cambio, el problema del lugar de los peninsulares en Hispanoamérica se hacía cada vez más agudo: las revoluciones comenzaron por ser tentativas de los sectores criollos de las oligarquías urbanas por reemplazarlos en el poder político. La administración colonial, con la cautela adecuada a las circunstancias, puso, sin embargo, todo su peso en favor de los peninsulares: basta comparar la severidad nueva con que fueron reprimidos los movimientos de Quito y el Alto Perú con la reconciliación entre el virrey Cisneros, que en Buenos Aires sucedió a Liniers, y la junta disidente de Montevideo; sólo el mantenimiento del dominio militar de Buenos Aires por los cuerpos criollos impidió que los antes rebeldes dominaran

por entero la vida del virreinato. En los virreyes, los intendentes, las audiencias, se veía sobre todo a los agentes de la supremacía de los españoles de España sobre las altas clases locales: eso simplificó enormemente el sentido de los primeros episodios revolucionarios en la América del Sur española. En cambio, en México y las Antillas otras tensiones gravitan más que las de españoles y élites criollas blancas: en las islas la liquidación de los plantadores blancos de Haití proporcionaba una lección particularmente impresionante sobre los peligros de una escisión dentro de la población blanca. En México fue la protesta india, y luego mestiza, la que dominó la primera etapa de la revolución, y la condujo al fracaso, al enfrentarla con la Oposición conjunta de peninsulares y criollos blancos. Si bien también en la América del Sur española esas fronteras de la sociedad colonial que separaban las castas no dejaron de hacerse sentir variando localmente el ritmo del avance revolucionario, su influjo no bastó para detenerlo. Se permitirá, entonces, que se examine, antes que la emancipación mexicana (ese tardío armisticio entre la revolución y la contrarrevolución locales), el avance de la revolución hispano-sudamericana.

En 1810 se dio otra etapa en el que parecía ser irrefrenable derrumbe de la España antinapoleónica: la pérdida de Andalucía reducía el territorio leal a Cádiz y a alguna isla de su bahía; en medio de la derrota, la Junta Suprema sevillana, depositaria de la soberanía, era disuelta sangrientamente por la violencia popular, en busca de responsables del desastre: el cuerpo que surgía en Cádiz para remplazarla se había designado a sí mismo; era titular extremadamente discutible de una soberanía, ella misma algo problemática.

Este episodio proporcionaba a la América española la oportunidad de definirse nuevamente frente a la crisis del poder metropolitano: en 1808, una sola oleada de lealtad dinástica y patriotismo español había atravesado las Indias; en todas partes había sido jurado Fernando VII y quienes en su nombre gobernaban. Dos años de experiencia con un trono vacante, que lo seguiría estando por un futuro

indefinido, los ensayos -de signo peninsular o criollo-, por definir de un modo nuevo las relaciones con la revolucionaria metrópoli, parecían anticipar ahora una respuesta más matizada. Así parecieron creerlo las autoridades coloniales que habían gobernado en nombre de Sevilla, y ahora aspiraban seguir haciéndolo en nombre de Cádiz; por eso intentaron en casi todas partes dotar la difusión de nuevas tan alarmantes.

Precauciones inútiles: la caída de Sevilla es seguida en casi todas partes por la revolución colonial; una revolución que ha aprendido ya a presentarse como pacífica y apoyada en la legitimidad. ¿Hasta qué punto era sincera esta imagen que la revolución presentaba de sí misma? Exigir una respuesta clara significa acaso no ubicarse en la perspectiva de 1810. Sin duda había razones para que un ideario independentista maduro prefiriese ocultarse a exhibirse: junto al vigor de la tradición de lealismo monárquico entre las masas populares (pero este rasgo tiende acaso a exagerarse, puesto que bastaron algunos años de revolución para hacerlo desaparecer) pesaba la coyuntura internacional que obligaba a contar con la benevolencia inglesa (y la nueva aliada de España, si podía mantener una ecuaníme simpatía frente a los distintos centros locales que gobernaban en nombre del rey cautivo, no podía, en cambio, extenderlas a movimientos abiertamente secesionistas). Pero, en medio de la crisis del sistema político español, el pensamiento de los revolucionarios podía ser sinceramente más fluctuante de lo que la tesis del fingimiento quiere suponer. Sobre todo, ésta tiende a olvidar algo muy importante: los revolucionarios no se sienten rebeldes, sino herederos de un poder caído, probablemente para siempre: no hay razón alguna para que marquen disidencias frente a ese patrimonio político-administrativo que ahora consideran suyo y al que entienden hacer servir para sus fines.

Estas consideraciones parecen necesarias para apreciar el problema del tradicionalismo y la novedad ideológica en el movimiento emancipador: más que las ideas políticas de la antigua España (ellas mismas, por otra parte, reconstruídas no sin deformaciones por la erudición

ilustrada) son instituciones jurídicas las que evocan en su apoyo unos insurgentes que no quieren serlo. En todas partes, en efecto, el nuevo régimen, si no se cansa de abominar del viejo sistema, aspira a ser heredero legítimo de éste: en los defensores del antiguo régimen le interesa mostrar también rebeldes contra la autoridad legítima.

Y en casi todas partes las nuevas autoridades pueden exhibir signos -sin duda algo discutibles- de esa legitimidad que tanto les interesa. Las revoluciones, que se dan sin violencia, tienen por centro al cabildo; esta institución municipal (que ha resistido mal a los avances de las magistraturas delegadas por la Corona en sus Indias, y -renuévase por cooptación o por compra y herencia de cargos- representa tan escasamente a las poblaciones urbanas) tiene por lo menos la ventaja de no ser delegada de la autoridad central en derrumbe; por otra parte, la institución del Cabildo Abierto -reunión de notables convocada por las autoridades municipales en las emergencias más graves- asegura en todos los casos (aún en Buenos Aires, donde el cabildo es predominantemente peninsular) la supremacía de las élites criollas. Son los cabildos abiertos los que establecen las juntas de gobierno que reemplazan a los gobernantes designados desde la metrópoli: el 19 de abril en Caracas, el 25 de mayo en Buenos Aires, el 20 de julio en Bogotá, el 18 de septiembre en Santiago de Chile. Esos gobernantes se inclinan en casi todas partes ante los acontecimientos: la Junta de Buenos Aires no se cansará de exhibir la renuncia -dudosamente espontánea- del último virrey, que previamente ha aprobado las reuniones de las que el cambio de régimen ha surgido; también en Caracas el capitán general ha entregado sin resistencia una renuncia que es considerada signo de la legitimidad del poder que lo sustituye. En Nueva Granada y en Chile las juntas comienzan por ser presididas por los funcionarios a los que reemplazan: el virrey, en Bogotá; el anciano conde de la Conquista, gobernador interino antes instalado por la Audiencia (ella misma hostil al nuevo orden), en Santiago. Ese prudente cuidado de la legitimidad lleva la huella de

lo que fueron esos primeros jefes del movimiento emancipador: abogados, funcionarios, maduros comerciantes trocados en jefes de milicias...

Por ahora la revolución es, en efecto, un drama que se representa en un escenario muy limitado: las élites criollas de las capitales toman su venganza por las demasiadas postergaciones que han sufrido; herederos de sus adversarios, los funcionarios metropolitanos, si bien saben que una de las razones de su triunfo es que su condición de americanos les confiere una representatividad que todavía no les ha sido discutida -la de la entera población indiana-, si están dispuestas a abrir a otros sectores una cierta participación en el poder, institucionalizada en reformas liberales, no apoyan (no conciben si quiera) cambios demasiados profundos en las bases reales del poder político. No parecen advertir hasta qué punto su propia acción ha comenzado a destruir el orden colonial, del que piensan heredar; no saben que sus acciones futuras completarán esta obra destructiva. Pero ya no pueden detenerse; estos hombres prudentes han emprendido una aventura en que las alternativas, como dice verazmente la retórica de la época, son la victoria o la muerte: los ejecutados en 1809 muestran, en efecto, cuál es el destino que los espera en caso de fracasar.

Y, por mucha que sea su habilidad para envolverse con el manto de la legalidad, saben de antemano que ésta podrá ponerlos en mejor situación para combatir a sus adversarios internos, pero no doblará la resistencia de éstos. En todas partes, funcionarios, clérigos, militares peninsulares utilizan su poder en contra de un movimiento que saben tramado en su daño; la defensa de su lugar en las Indias la identifican (sin equivocarse) con la del dominio español. Hay así una guerra civil que surge en los sectores dirigentes; cada uno de los bandos procurará como pueda extenderla, buscar, fuera del círculo estrecho en que la lucha se ha desencadenado, adhesiones que le otorguen la supremacía.

Las primeras formas de expansión de la lucha siguen también cauces nada innovadores: las nuevas autoridades requieren la adhesión de sus subordinados. En Nueva Granada, en Chile, no encuentran, por el momento, oposiciones importantes. En el Río de la Plata y en Venezuela sí las hallan: por otra parte, la revolución no ha tocado al virreinato del Perú, donde un virrey particularmente hábil, Abascal, organiza la causa contrarrevolucionaria. De la revolución surge de inmediato la guerra: hasta 1814, España no puede enviar tropas contra sus colonias sublevadas, y aun entonces ellas sólo actúan eficazmente en Venezuela y Nueva Granada.

En el Río de la Plata la Junta revolucionaria envía dos expediciones militares a reclutar adhesiones: una de ellas, dirigida por Belgrano, el abogado de Salamanca y economista ilustrado, del que las circunstancias han hecho un jefe militar, fracasa en el Paraguay. Otra, tras de conquistar Córdoba, donde un foco de resistencia cuenta entre sus jefes al obispo y a Liniers (que es ejecutado), recoge las adhesiones del resto de Tucumán y ocupa casi sin resistencia el Alto Perú. Allí -primer signo de la voluntad de ampliar socialmente la base revolucionaria-, la expedición emancipa a los indios del tributo y declara, su total igualdad, en una ceremonia que tiene por teatro las ruinas preincaicas de Tiahuanaco. El éxito de esta tentativa es escaso: los criollos altoperuanos se sienten, gracias a ella, más identificados con la causa del rey, y la movilización política de los indios no parece, por el momento, fácil de lograr. En julio de 1811, en Huaqui, las fuerzas enviadas por el virrey del Perú vencen a las de Buenos Aires; el Alto Perú -y con él la plata de Potosí, que ha sido la base de la economía y las finanzas virreinales- quedan perdidos para la causa revolucionaria. La frontera de la revolución se fijará (luego del avance de los realistas sobre el Tucumán detenido por Belgrano en las batallas de Tucumán y Salta, y del avance del vencedor hacia el Alto Perú, contrarrestado en Vilcapugio y Ayohuma, luego de una también fracasada segunda ofensiva revolucionaria) en la que separaba las audiencias de Buenos Aires y Charcas; en Salta será Martín Güemes,

aristocrático jefe de la plebe rural, desconfiada de la lealtad revolucionaria de la aristocracia a la vez comercial y terrateniente, quien defiende con recursos sobre todo locales esa frontera. En el Alto Perú, con la emancipación de los indios; en Salta, con el movimiento plebeyo de Güemes, los revolucionarios de Buenos Aires han mostrado que son capaces de buscar apoyos en sectores que la sociedad colonial (en la que esos mismos revolucionarios tenían lugar elevado) colocaba muy bajo. Acaso esta audacia era más fácil porque el Alto Perú y Salta estaban muy lejos, y esa política no debía tener consecuencias en cuanto a la hegemonía local de los sectores que en Buenos Aires habían comenzado la revolución. Por el contrario, en teatros más cercanos la clase dirigente revolucionaria de Buenos Aires iba a mostrarse mucho más circunspecta.

Así iba a poder advertirse en la política seguida frente a la Banda Oriental. La revolución de 1810 iba a ser punto de partida de una nueva disidencia de Montevideo, en la que más que las reticencias del puerto rival de Buenos Aires contaba la presión de la estación naval española y sus oficiales peninsulares. Frente a ella, el gobierno revolucionario se decidió, a duras penas, a una acción militar: en 1811 la interrumpió mediante un armisticio que daba a las fuerzas portuguesas (primero llamadas a la Banda Oriental por los disidentes de Montevideo) papel de garantes; junto con Portugal, era Gran Bretaña la que aparecía como árbitro de la situación en esa frontera entre la América española y portuguesa. Al mismo tiempo iba a darse en la Banda Oriental, Primero alentado y luego hostilizado por el gobierno revolucionario, un alzamiento rural encabezado por José Artigas: el movimiento rompía más radicalmente con las divisiones sociales heredadas, debilitadas, por otra parte, por la emigración temporaria de la población uruguaya a tierras de Entre Ríos, ese «éxodo del pueblo oriental» que fue la respuesta de Artigas a la ocupación de la campaña uruguaya por fuerzas portuguesas, aceptada por Buenos Aires. Retomada la lucha contra Montevideo realista, una insegura alianza se estableció entre el artiguismo oriental y el gobierno de Buenos Aires.

Sin embargo, en el mismo año de 1814, en que una fuerza expedicionaria de ese gobierno, comandada por el general Alvear, conquistaba finalmente Montevideo, el artiguismo, de nuevo en ruptura desde un año antes, se extendía por lo que había sido jurisdicción de la Intendencia de Buenos Aires; las nuevas provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes se constituían políticamente bajo la égida de Artigas, proclamado protector de los pueblos libres. En 1815, el influjo de Artigas se afirma efímeramente sobre Córdoba, excediendo así los límites del litoral ganadero, que había sido tributario comercial de Buenos Aires durante el régimen colonial. El movimiento artiguista encontró la decidida resistencia del gobierno revolucionario de Buenos Aires, que veía en él no sólo un peligro para la cohesión del movimiento revolucionario, sino también una expresión de protesta social que requería ser inmediatamente sofocada. Esta interpretación, válida hasta cierto punto para la Banda Oriental, lo era bastante menos para la tierras antes aependientes de Buenos Aires, donde eran todos los sectores sociales, capitaneados por los más grandes propietarios y comerciantes, quienes apoyaban la disidencia artiguista. En todo caso, los argumentos, sin duda sinceramente esgrimidos desde Buenos Aires contra el artiguismo, mostraban hasta que punto el equipo dirigente revolucionario se mostraba apegado al equilibrio social que sus acciones debían necesariamente comprometer.

Esas coincidencias de objetivos no impidieron que ese equipo dirigente mostrara, desde el comienzo, muy graves fisuras. La junta constituida para reemplazar al virrey estuvo bien pronto dividida entre los influjos opuestos de su presidente, el coronel Saavedra, maduro comerciante alto peruano que era desde 1807 jefe del más numeroso cuerpo de milicias criollas y de Buenos Aires, y en 1809 había salvado a Liniers de las asechanzas de los peninsulares alzados, y de su secretario, el abogado Mariano Moreno, que en aquella oportunidad había figurado entre los adversarios del virrey y ahora revelaba un acerado temple revolucionario. Moreno estaba detrás de las medidas depuradoras que los hechos revelaban ineludibles; expulsión del virrey y la

Audiencia, cambio del personal del Cabildo, ejecución de los jefes de la oposición cordobesa, entre ellos Liniers. Su influjo fue creciendo a lo largo de 1810; a fines de ese año, ante una tentativa -por otra parte muy poco digna de ser tomada en serio- de propaganda en favor de la coronación de Saavedra, logró de la Junta medidas que eran una humillación para éste. Su victoria era poco sólida la política severa que era la suya, si se imponía debido a las exigencias de la hora, tendía a hacerlo impopular en la medida en que se adivinaba detrás de ella, más bien que un conjunto de recursos excepcionales, la tentativa de imponer en el Río de la Plata una réplica de la Francia republicana. Por otra parte, a fines de 1810, la Junta, expresión de una revolución municipal como había sido la de Buenos Aires, debió ampliarse para incluir representantes de los cabildos de las demás ciudades del virreinato. Ahora entraba en ella, con el deán cordobés Funes, un rival para Moreno, que -ante la evidencia de que su facción estaba derrotada- renunció y aceptó un cargo diplomático en Londres. Nunca iba a ejercerlo; murió en la travesía... Su partido, decapitado, fue objeto, en 1811, de una persecución en regla, con juicios, destierros y proscripciones. El triunfo de los moderados se reveló también efímero; a fines de 1811 debían establecer un gobierno más concentrado -el Triunvirato- para enfrentar la difícil situación revolucionaria y aplicar también ellos la política dura: a los saavedristas se debió la erección de horcas en Buenos Aires para la ejecución de Alzaga y otros conspiradores adversarios del movimiento.

Esta severidad nueva no salvó a la facción saavedrista de ser expulsada por una revolución militar en octubre de 1812; ella marcó el fin del predominio de las milicias urbanas, creadas en 1807; ahora eran los oficiales del ejército regular, ampliado por la revolución de 1810, quienes dictaban la ley. Ellos y algunos sobrevivientes de las etapas políticas anteriores formaron en la Logia Lautaro; que iba a dirigir de modo apenas secreto la política de Buenos Aires hasta 1819. Entre los miembros de la logia contaban dos oficiales llegados de España en 1812; el mercurial e inquieto Alvear y el más circunspecto -por el momento

menos escuchado- San Martín. Alvear era el hombre de la hora: enviado a Montevideo para recoger los laureles de una victoria ya segura, había logrado colocar a un pariente, sacado de la oscuridad de un cargo notarial en el obispado, como Director Supremo en reemplazo del triunvirato. Luego de la conquista de Montevideo, tomó personalmente el gobierno; en él iba a durar poco: ante la acentuación de la resistencia interior tendió a apoyarse en el ejército como instrumento de represión; al mismo tiempo -frente a lo que le parecía el fracaso de la experiencia revolucionaria- buscaba, sea en el protectorado inglés, sea en una reconciliación con la España en que había sido restaurado el rey legítimo, una salida sin victoria, pero sin derrota. Finalmente, fue la parte del ejército enviada a combatir el artiguismo litoral quien prefirió derrocar a Alvear; con su caída concluía un ciclo de la revolución rioplatense, y parecía concluir la revolución misma; aún muy cercana a su momento más alto, el alcanzado en 1813, cuando una Asamblea soberana reunida en Buenos Aires, aunque había rescindido de declarar la independencia, había dado pasos importantes en la modernización legislativa (supresión de mayorazgos y títulos nobiliarios; supresión del tribunal inquisitorial; libertad para los hijos de los esclavos nacidos en el futuro) y afirmado- mediante la oficialización del escudo, la bandera y el himno- los símbolos de la nueva soberanía que no se decidía a proclamar.

Dividida contra sí misma, expulsada nuevamente del Alto Perú, la revolución de Buenos Aires parecía ahora agonizar. La de Chile moría en 1814. También aquí las facciones habían deshecho la solidaridad del movimiento revolucionario. La Junta creada en septiembre de 1810 era, por su composición, de tendencias moderadas; la influencia de Martínez de Rosas la fue, sin embargo, orientando en sentido radical. También aquí eran las circunstancias las que imponían el triunfo de esta tendencia: ante la amenaza que representaba el Perú, Chile -que no se quería aún revolucionario- debía, sin embargo, crear un ejército, y éste iba a gravitar cada vez más en el desarrollo político. En abril de 1811, una conspiración realista fue reprimida con ejecuciones, disolución de la Audiencia

-también aquí hostil al nuevo orden- y expulsión de altos funcionarios. Al mes siguiente, la revolución se institucionalizaba en el Congreso Nacional: al principio controlado por los radicales, el congreso se inclinó luego hacia los moderados gracias al apoyo discreto de los realistas que se incorporan luego a él como diputados por Santiago. El triunfo de las tendencias radicales fue, sin embargo, asegurado por un golpe militar dirigido por don José Miguel Carrera, joven oficial recientemente regresado de España. El radicalismo que entraba a dominar estaba representado por algunas grandes familias santiaguinas, ricas en tierras, y una clientela de funcionarios del antiguo régimen, que habían ido radicalizando posiciones, cuyo punto de partida se encontraba en el reformismo ilustrado; entre ellos sobresalía ya Bernardo O'Higgins, hijo natural de un virrey del Perú, gran propietario y funcionario progresista en el sur de Chile, incorporado desde 1798 a los secuaces de Miranda. Liberado de las resistencias moderadas, el congreso se lanzó a la creación de un estado de estructura moderna; reforma burocrática y judicial, supresión de hecho de la Inquisición, abolición de la esclavitud...

Ese radicalismo, firmemente dominado por la aristocracia santiaguina y un grupo de esclarecidos administradores, parecía dejar demasiado poco espacio al jefe al que debía su triunfo; en noviembre, una nueva revolución militar establecía la dictadura de Carrera. Perteneciente él mismo a la aristocracia terrateniente, Carrera buscaba apoyar su hegemonía en fuerzas necesariamente menos restringidas; el ejército, la plebe urbana... La Propaganda revolucionaria adquirió intensidad mayor; la primera imprenta de Chile (importada por un comerciante norteamericano amigo de la Revolución) iba a ser usada, sobre todo, para difundir el nuevo evangelio político. Pero a principios de 1813, tropas desembarcadas del Perú en el sur de Chile (donde el nuevo régimen nunca había sido reconocido) comenzaban la lucha contra la revolución. Esta cerraba filas para defenderse, pero fracasaba en el sitio de Chillán, transformada en fortaleza realista; caía Talca, el movimiento chileno redescubría

su orientación moderada y pactaba en Lircay la reconciliación con el invasor. José Miguel Carrera logró huir de su prisión realista; en Santiago, mediante un nuevo golpe militar, expulsó al dictador moderado de la Lastra y se preparó para la última resistencia; el primero de octubre de 1814, O'Higgins era vencido en Rancagua por los realistas, mientras Carrera permanecía en la retaguardia. El general realista Osorio entraba en Santiago; los más significados revolucionarios huían a Mendoza, más allá de la cordillera, donde podían proseguir con más calma sus luchas internas; frente a Carrera y sus hermanos, jefes de las tendencias radicales, O'Higgins aparecía a la cabeza de un nuevo sector moderado, ganado ya sin reticencias a la causa revolucionaria, pero dispuesto a controlar firmemente su rumbo. Por el momento no parecía, sin embargo, que esas luchas pudiesen volver a gravitar en el futuro de Chile.

En el norte de Sudamérica las alternativas de la primera etapa revolucionaria eran aún más dramáticas. En Venezuela la revolución del Jueves Santo de 1810, que colocaba al frente de la capitánía a una junta de veintitres miembros, encontraba finalmente una cabeza en Miranda. Recibido sin entusiasmo por los oligarcas, que debían su riqueza a la expansión del cacao en el litoral venezolano, y controlaban el movimiento revolucionario, Miranda intentó dotarlo de un aparato militar eficaz y a la vez radicalizarlo: en julio de 1811 lograba que -no sin íntima perplejidad- la revolución venezolana proclamara a la independencia de España. Esa revolución controlaba el litoral del cacao; el oeste y el interior seguían leales a la causa del rey, y en Coro, base naval al oeste de Caracas, el capitán Monteverde mantenía una resistencia armada, por el momento escasamente alarmante.

El terremoto de Caracas -en el que los realistas vieron un castigo celeste- pareció romper ese equilibrio demasiado apacible: Monteverde avanzó hacia el Este, sin encontrar una resistencia suficientemente enérgica de Miranda, que parece haber estado animado desde el comienzo por cierto pesimismo en cuanto al futuro de la

revolución venezolana. El 30 de junio la guarnición revolucionaria de Puerto Cabello se pronunciaba por la causa realista: Bolívar, que había actuado hasta el momento entre los secuaces radicales de Miranda, y era oficial en su ejército, fracasó en una tentativa de sofocar el alzamiento. Mientras tanto, el desorden crecía en las plantaciones de los jefes revolucionarios: la revolución comenzaba a alborotar a los negros y pareció llegado el momento de darla por terminada. Un armisticio la concluía: en un episodio oscuro (en el que tuvo participación Bolívar) Miranda fue entregado a los realistas, para terminar en cautiverio su complicada vida; Bolívar, que no entendía por su parte dar por terminada la lucha, se refugiaba en Nueva Granada.

Mientras los mantuanos, los aristócratas de Caracas, capitaneados por quienes habían comprado con parte de sus riquezas títulos nobiliarios, daban por terminada su fútil revolución, otros continuaban la lucha: los pescadores y marineros negros y mulatos de la isla Margarita y de la costa de Cumaná. Los jefes eran ahora Piar, mulato jamaiquino, Bermúdez, Arizmendi. La guerra en el Este tomó pronto carácter salvaje: los alzados mataban con especial predilección a los colonos canarios, demasiado numerosos y emprendedores; éstos se constituían en columnas del orden realista, cazando revolucionarios y coleccionando los despojos de sus mortales hazañas. La tropa realista se adaptó demasiado bien a ese nuevo tipo de guerra, y los que habían desencadenado el proceso podían ahora comprobar que no era fácil detenerlo. Mientras Mariño, el jefe del alzamiento de Cumaná, avanzaba desde el Este, Bolívar -tras de una breve experiencia en la caótica revolución neogranadina- reaparecía en los Andes venezolanos: también él avanzaba con tropas abigarradas hacia Caracas, también él adoptaba el nuevo estilo de guerrear que la segunda revolución venezolana había introducido, y lo institucionalizaba el 15 de junio de 1813, decretando la guerra a muerte, el exterminio de todos los peninsulares y canarios que pudiesen caer bajo la venganza revolucionaria. En agosto entraba en Caracas, mientras Monteverde se refugiaba en Puerto Cabello.

La resistencia, realista iba a encontrar un nuevo jefe en Boves; con él otra región venezolana entraba en la lucha: los llanos, la estepa ganadera entre la rica montaña costeña del cacao y el Orinoco, límite de las tierras dominadas. Aquí, en tomo de una ganadería menos próspera que la rioplatense, había surgido una humanidad mestiza de pastores jinetes, dirigidos por capataces en nombre de propietarios, a menudo remotos. Boves -ex marino asturiano de turbio pasado-los iba a conducir, en nombre del rey, contra la rica Caracas. Los apdinos de Bolívar, los costeros de Mariño fueron finamente derrotados por los llaneros de Boves; Bolívar se refugiaba nuevamente en Nueva Granada, para pasar a Jamaica; desde allí iba a dirigir un fracasado intento contra Caracas, por volver a su refugio bajo bandera británica.

Venezuela se transformaba ahora en fortaleza realista: 1815- primer fruto del retorno de Fernando VII al trono de España-, diez mil hombres, mandados por el teniente general Morillo, llegaban de la metrópoli y preparaban, desde Caracas, el golpe de gracia contra la revolución de Nueva Granada. Esta había tenido una trayectoria menos trágica pero sin duda más agitada que la venezolana. El hecho de que en el Sur del virreinato Pasto y Popayán se mostrasen hostiles al nuevo régimen no alarmo a sus dirigentes; tampoco parece haberlos inquietado que esas comarcas disidentes fuesen la prolongación del bloque sólidamente contrarrevolucionario que formaban Quito y Perú. Más daño iba a recibir la revolución neogranadina de sus propios jefes y de las tendencias dispersivas que en ella iban a dominar. En la región que albergaba a la capital virreinal, Mariño, que hacía las veces de revolucionario extremo, lograba desplazar al más moderado Lozano y erigirse en presidente de la república de Cundinamarca; ésta se resignaba mal a confundirse en las Provincias Unidas de Nueva Granada, de las que, terminó por retirarse y con las que llegó a estar en lucha. Sólo en 1814, cuando los realistas del Perú habían avanzado de Popayán a Antioquía y capturado a Mariño, la Confederación neogranadina -utilizando los servicios de Bolívar- lograba, a su vez, conquistar Bogotá y,

finalmente, establecer un gobierno, incapaz, sin embargo, de hacerse obedecer en toda la zona revolucionaria de Nueva Granada. Bolívar, retornado a Nueva Granada luego de la caída de la segunda revolución venezolana, abandonó la lucha cuando se hizo evidente que, aun en su agonía, el movimiento neogranadino se resistía a unificarse. Morillo entraba primero en Cartagena y luego en Bogotá; del alzamiento del norte de Sudamérica parecía no quedar ya nada.

En 1815, entonces sólo quedaba en revolución la mitad meridional del virreinato del Río de la Plata; su situación parecía aún más comprometida porque ya la lucha había dejado de ser una guerra civil americana: la metrópoli devuelta a su legítimo soberano comenzaba a enviar hombres y recursos a quienes durante más de cuatro años habían sabido defender con tanto éxito y con sólo recursos locales su causa. Las cosas, como se sabe, iban a ocurrir muy de otra manera: la razón de este vuelco suele encontrarse en la política extremadamente -y, según se dice, necesariamente- severa que siguieron los vencedores. Sólo ella habría impedido que Hispanoamérica volviera a entregarse a los blandos encantos del antiguo régimen, mejor apreciados, luego de cuatro años de guerra civil, aun por algunos de los que habían sido revolucionarios. Pero esta explicación deja de lado un hecho de alguna importancia: por desagradable que hubiera sido la experiencia de la guerra civil, ella y sus consecuencias seguían existiendo; aun una política menos vengativa que la de los realistas vencedores hubiera hallado muy difícil imponer un orden estable frente a los -sin duda escasos- partidarios irreductibles de la revolución. Esta no había cambiado menos a las zonas realistas que a las revolucionarias: en unas y otras sus efectos habían sido semejantes. Los político-militares en primer término: sin duda, sólo en Venezuela y en algunas zonas marginales del Río de la Plata se había asistido a una movilización popular en vasta escala, capaz de desbordar el marco institucional preexistente. Las consecuencias de este proceso eran

demasiado evidentes y alarmantes para los dirigentes políticos de uno y otro bando; allí donde alcanzaba sus extremos, la disciplina social parecía en peligro de disolverse, y las persecuciones contra los realistas o contra los patriotas, contra los peninsulares o contra los criollos, en riesgo constante de transformarse en una guerra caótica de los pobres contra los ricos.

Pero aun salvando estos extremos, aun los más prudentes jefes realistas y patriotas se veían obligados a entrar por un camino cuyos futuros tramos los llenaban de una alarma no inmotivada. Tenían que formar ejércitos cada vez más numerosos, en los que las clases altas sólo proporcionaban los cuadros de oficiales; eso significaba armar a un número creciente de soldados reclutados entre la plebe y las castas. Tenían que tenerlos pasablemente satisfechos; ello implicaba una tolerancia nueva en cuanto al ascenso. Ha pasado ya el tiempo en que en el ejército real hacían carrera sobre todo los españoles de España; ahora pasan a primer plano jefes criollos, y algunos de los que serán generales mestizos de la Hispanoamérica independiente han alcanzado su grado en las filas realistas: así, Castilla, Santa Cruz, Gamarra en Perú y Bolivia... Tenían además que dotarlos de recursos; y aquí la política toca con la economía. Historiadores llenos de justificada admiración recordarán los sacrificios espontáneos de las élites patriotas (dejando en segundo plano a los impuestos de los recalcitrantes por gobiernos dispuestos a todo) o la habilidad que en el manejo de recursos cada vez más escasos permitió sobrevivir a tal o cual zona patriota o realista, encerrada en un cerco hostil. Todo ello se resume en una inmensa destrucción de riqueza: de riqueza metálica en primer término; la atesorada por oligarquías, urbanas, iglesias y conventos, la empleada en obras de fomento por los consulados de comercio encuentran ahora su destino en la guerra. De riqueza en frutos y ganados: sobre todo a estos últimos, la guerra los consume con desenfreno.

Y estos cambios económicos se suman a otros, en una economía que ha conquistado por fin -y no sólo en las zonas patriotas- las dudosas bendiciones de la libertad de

comercio. En Buenos Aires, en la efímera Venezuela de Miranda, en Santiago de Chile, menos marcadamente en la Nueva Granada, cerrada por la naturaleza en su meseta, el libre comercio significa una vertiginosa conquista de las estructuras mercantiles por emprendedores comerciantes ingleses, que vuelcan sobre Sudamérica el exceso de una producción privada de su mercado continental. Todo es ahora mucho más garato; comienza la lenta ruina de las artesanías de tantas regiones rurales; ésta no debiera hacer olvidar la más rápida -y en lo inmediato más importante- de quienes suelen invocada en tono inesperadamente sentimental: los grandes comerciantes enriquecidos en la carrera de Cádiz. Estos -políticamente sospechosos, económicamente perjudicados por el nuevo orden- encabezan la marcha hacia la ruina de otros sectores urbanos antes dominantes; apresurada por la depuración política, que en las zonas revolucionarias afecta a las magistraturas, y en las realistas a más de un gran propietario amigo de las luces.

En particular, la lucha contra el peninsular va a significar la procripción sin inmediato reemplazo de una parte importante de las clases altas coloniales; aun en la más apacible Buenos Aires, los españoles peninsulares tienen, desde 1813, legalmente prohibido el comercio menudo, lo que no impide que todavía por largos años figuren a la cabeza en las contribuciones forzosas para sostener la causa revolucionaria. Toda su vida aparece trabada por limitaciones: les está vedado andar a caballo, salir de su casa por las noches; no pueden ya ser albaceas ni tutores... Sin duda estas disposiciones se cumplen sólo a medias, pero la benevolencia con que se las aplica no es siempre gratuita. Esta tragedia silenciosa, que encuentra su culminación en la guerra a muerte, ha comenzado ya a transformar la imagen que la sociedad hispanoamericana se hace de sí misma; el peligro que para las clases altas en su conjunto tenían la humillación y el empobrecimiento de los peninsulares era muy lúcidamente advertido por algunos jefes revolucionarios; aun así, no les quedaba otro camino que presidir ese riesgoso proceso. Vencida la revolución, la represión utiliza

mecanismos parecidos; en Venezuela, luego de la conquista de Murillo, son bandas de mulatos vengadores del viejo orden las que quiebran la ilusión de una restauración en la concordia. Entre los realistas, como entre los revolucionarios, la plebe y las tienen su parte en la victoria y no tienen las mismas razones que las oligarquías locales, o los oficiales metropolitanos amigos del orden, para querer moderar sus consecuencias. Sin duda, la transformación de la revolución en un proceso que interesa a otros grupos al margen de la élite criolla y española ha avanzado de modo variable según las regiones, desde un máximo en Venezuela hasta un mínimo en Nueva Granada, donde las dimensiones revolucionarias son las de las oligarquías municipales, cuyo dominio no ha sido aún cuestionado; el Río de la Plata, menos tocado que Venezuela por el proceso, que el poder revolucionario parece aún capaz de controlar, ha sido, sin embargo, más afectado por él que Chile. Pero en todas partes se ha avanzado demasiado en este sentido para que sea posible clausurar todo el episodio como una deplorable rencilla interna a las *élites* del orden colonial; hay ya demasiados interesados en que esto no suceda. Sería, sin duda, antihistórico ver en estos enemigos de la conciliación adversarios lúcidos del orden social prerrevolucionario; eran tan sólo gentes escasamente interesadas en la supervivencia de ese orden, directamente interesadas, en cambio, en mantener abiertas las nuevas oportunidades que (al margen si no en contra de ese ordenamiento) la guerra civil había creado.

No es extraño entonces que la guerra civil continúe; el fruto de la severidad de los agentes de la restauración fue, más bien que la perpetuación de esa guerra, el aumento en el número de sus adversarios. Por añadidura la guerra misma va a tomar ahora un nuevo carácter: aunque luego de los envíos de tropas al Perú y Venezuela los auxilios de la metrópoli vuelven a hacerse escasos, de todos modos ésta aparece dirigiendo los esfuerzos de supresión total del movimiento revolucionario, y la transformación de la guerra civil en guerra colonial no deja de causar tensiones a los realistas: oficiales y soldados

metropolitanos y criollos estarían pronto divididos por muy fuertes rivalidades. Pero, por otra parte, la posibilidad de nuevos apoyos metropolitanos parecía asegurar sostén indefinidamente prolongado para la causa del rey. Frente a ella, la de la revolución no iba a estar ya representada por focos aislados entre sí, cuyos dirigentes descubrían con creciente sorpresa (a menudo con creciente alarma), lo que significaba lanzar una revolución, y mostraban una tendencia notable a quedarse en el camino. Las empresas militares de liberación que ahora comenzaban no iban a estar marcadas ni por el zigzaguo entre revolución y lealismo, que se creía hábil y se había revelado suicida, ni por la inclinación desesperada, también suicida, hacia la solución -como se decía entonces- catilinaria, hacia el alzamiento desordenado de la plebe demasiado tiempo sumisa que, a manera de alud, habría de derribar a los defensores del antiguo régimen. Ahora las soluciones políticas se subordinaban a las militares; a los episodios armados de una compleja revolución reemplazaba una guerra en regla.

¿Pero presisamente podía la revolución hispanoamericana, al borde de la extinción, realizar lo que no había sabido hacer en la plenitud de sus fuerzas, contra un enemigo acorralado? Aquí la historiografía tradicional en Hispanoamérica, que antes de explicar la victoria revolucionaria prefiere la tarea infinita de cantar la grandeza de semidivinos héroes fundadores, no se equivoca del todo: la figura de los organizadores de la victoria es, en efecto, una de las claves para entender esa victoria misma.

No la única sin duda. Entre la primera y la segunda etapa de la revolución hispanoamericana se dio la restauración en España y en Europa: de ellas derivaban para la revolución peligros, pero también posibilidades nuevas. El gobierno británico, que había mantenido lista entonces una cuidadosa ambigüedad, si no iba ahora a definirse en favor de la causa revolucionaria, iba a ser menos vigente en cuanto a la provisión de voluntarios (y, lo que era más importante, de armas) para los ejércitos que combatían contra los realistas. Por su parte, los Estados

Unidos terminaban con la paz de Gante (1814) su segunda guerra de independencia; si tampoco allí la causa de la revolución hispanoamericana encontró apoyos abiertos del poder público, a partir de ese momento la neutralidad oficial se iba a mostrar benévola para los patriotas: también allí resultaría cada vez más fácil comprar armas y reclutar corsarios. Esta apertura internacional casi clandestina no alcanzó nunca volumen considerable; que haya sido un elemento importante en el destino de la revolución hispanoamericana, muestra qué limitados medios materiales requería ésta para llevar adelante su causa.

La medida de estos medios estaba dada, en parte, por aquellos con que contaban los adversarios de la revaluación. Las victorias realistas de 1814-15 parecieran ser el anticipo de una intervención creciente de la fuerza militar metropolitana en América. No fue así, sin embargo; la restauración absolutista española enfrentaba demasiados problemas internos para poder consagrar un esfuerzo constante al sometimiento de las colonias aún sublevadas; tenía, además, que contar con la presencia de fuertes tendencias liberales en el ejército, al que tocaría la tarea reconquistadora. Por otra parte, la pobreza pública y privada, que era consecuencia de la guerra peninsular, hacía más difícil una empresa de reconquista necesariamente costosa. Por último, las dirigentes de la España restaurada no parecen haber advertido las dificultades mismas de la tarea: que su obstinación les había llevado a emprender: volver a España y sus tierras ultramarinas, al orden viejo, les parecía un objetivo no sólo justo sino fácilmente accesible.

A pesar de todas estas limitaciones, la España absolutista sólo presidió la etapa primera y menos grave del derrumbe de la causa española en América; antes de que pudiese medirse su capacidad de resistencia ante las últimas extremidades, la revaluación liberal - proclamada por el mismo ejército destinado a reconquistar Buenos Aires - creaba una situación nueva. Sin duda, la España liberal no aspiraba a liquidar alegremente los dominios ultramarinos (por el contrario, mostró esa tendencia a

renovar sólo los medios, manteniendo los objetivos de la España del antiguo régimen, que ya había irritado a tantos americanos en la política de las Cortes de Cádiz). Pero el mismo cambio de métodos se hacía particularmente riesgoso, cuando se habían producido ya las primeras etapas del retorno ofensivo de la revolución. Salvar lo salvable, reconociendo la independencia de las tierras que se habían revelado inconquistables, manteniendo, en cambio; el dominio de las que se habían mostrado más sumisas; o bien reformar audazmente la relación global entre España y las Indias, creando un conjunto de reinos ligados por una unión dinástica o aun por un más flexible pacto de familia; estos proyectos podían ser razonables desde una perspectiva metropolitana. Pero en la resistencia contra la revolución emancipadora, sus adversarios locales habían contribuido más que la metrópoli, y no iban a aceptar pasivamente constituirse en víctimas propiciatorias para la reconciliación entre ésta y los insurgentes. La España liberal fue vista desde el comienzo con desconfianza por los hispanoamericanos hostiles de la Revolución: éstos tratarían, en algunos casos, de imponer el mantenimiento de la política más intransigente, que había sido la de la restauración absolutista; en otros más numerosos, de preparar discretamente una reconciliación con el abandono opuesto, que en vista de la relación de fuerzas se daría necesariamente bajo el signo de una victoria revolucionaria; ambas reacciones iban a debilitar la capacidad de resistencia realista.

La restauración del absolutismo en 1823 llegaba demasiado tarde para influir en los nuevos equilibrios locales que preparaban el desenlace de la guerra de Independencia. Por otra parte, iba a implicar un nuevo debilitamiento de la gravitación de la metrópoli la lucha hispanoamericana. La restauración del absolutismo español por la Franela de Luis XVIII marcó un momento importante en la quiebra de la inquieta concordia que había caracterizado a los primeros años de la restauración europea; era el fruto de una victoria diplomática de Francia frente a Inglaterra, pero precisamente por serio no

podían derivarse de ella todas las consecuencias que hubiesen sido en principio pensables. Un nuevo avance de Francia y de las potencias continentales con las que en este episodio había hecho causa común- no iba a ser ya tolerado por Gran Bretaña. Gracias a la restauración del absolutismo en España, la neutralidad británica se inclinaba más decididamente a favorecer a la revolución hispanoamericana; el auxilio que desde Miranda hasta Bolívar los revolucionarios habían esperado del retorno a la hostilidad angloespañola, se anunciaba ahora, sin duda más tardíamente de lo esperado, pero aún a tiempo para contribuir a un rápido desenlace del conflicto. . . A la vez, los Estados Unidos, perdidos luego de la compra de la Florida española (1822) las últimas razones para guardar alguna consideración a la España fernandina, alineaban ruidosamente su política sobre la británica: la doctrina Monroe, formulada en diciembre de 1823, declaraba, entre otras cosas, la hostilidad norteamericana a una empresa de reconquista de Hispanoamérica por la Europa de la restauración.

En ese momento, la guerra de independencia había ya avanzado hasta muy cerca de su final exitoso: sólo el Alto Perú, la sierra bajoperuana y algunos rincones insulares del sur de Chile seguían adictos al rey. El avance de la revolución había sido la obra de San Martín y Bolívar; el primero, con la base que proporcionaban las provincias del Río de la Plata; el segundo, al comienzo sin base ninguna en el continente, había encabezado dos campañas militares de dimensiones continentales. José de San Martín, hijo de un funcionario español y de una criolla de Buenos Aires (perteneciente también ella a una familia de funcionarios regios), había comenzado una de esas carreras militares que en el Antiguo Régimen eran preferidas por tantos hijos de familias distinguidas y sin fortuna. Trasladado a la metrópoli desde casi niño, su formación profesional se vio enriquecida por la experiencia de la guerra de independencia española: de ella iba a sacar enseñanzas que contribuirían a su propio estilo militar. En 1812, por vía de Londres, San Martín

regresó a su tierra de origen, junto con otros militares españoles de origen americano. En Buenos Aires, reconocido como coronel y casado con la hija de una de las casas de más rica aristocracia patriota (lo que no impidió que la élite criolla lo tuviese siempre por ajeno a ella y, por tanto, escasamente digno de confianza), se dedicó a organizar un cuerpo, el de Granaderos a Caballo, que debía reunir a la adecuación al teatro americano una disciplina rigurosa y preparación suficiente para servir a una estrategia compleja (cualidades que faltaban, en general, tanto a los cuerpos insurgentes como a los improvisados por los realistas). En 1813, una primera victoria -poco más que una escaramuza- contra una incursión fluvial realista contra San Lorenzo, en la Costa del Paraná; en 1814, un efímero comando del ejército del Norte en derrota; enseguida, mientras la estrella política de Alvear ascendía en Buenos Aires, el gobierno de la Intendencia del Cuyo, al pie de los Andes. La caída de la Patria Vieja, de la primera revolución chilena, transformó a Mendoza en centro de refugio y consolidó la preferencia de San Martín por un nuevo plan de ataque a la fortaleza realista peruana, ahora a través de Chile y el mar, hasta Lima, que se había revelado inalcanzable por vía de tierra, separada como estaba de las provincias rioplatenses por todo el espesor del altiplano alto peruano y el laberinto de la sierra bajoperuana. Para llevar adelante este proyecto, San Martín iba contar bien pronto con el apoyo del sector chileno por el que se inclinó, el que reconocía su jefe en O'Higgins: el argentino y el chileno estaban ambos marcados por el sello de la escuela de honrada seriedad que habían sido, en sus mejores aspectos y en sus mejores momentos, la administración y el ejército de la España resurgente del setecientos. Por los Carrera y su política demasiado brillante, demasiado ambiciosa y personal, San Martín no sentía sino aversión; no trató de integrar a ese linaje de díscolos aristócratas amigos de la plebe entre sus apoyos chilenos; juzgó luego con severidad sus iniciativas, cada vez más abiertamente subversivas, destinadas a rematar trágicamente. San Martín contaría también con el auxilio del gobierno de Buenos

Aires. Este había resurgido de la crisis de 1815, cuyas dimensiones (a la vez locales e internacionales) la élite criolla de Buenos Aires supo apreciar con admirable lucidez. Un nuevo congreso se reunió en Tucumán en 1816; un nuevo director supremo –Pueyrredón, también el hombre de la Logia, cuyo influjo sobrevivía a la crisis- iba a mantener unidas a las más de las tierras rioplatenses durante tres años. Ello fue posible gracias a la alianza entre el sector gobernante de la capital y los dominantes en el Tucumán y Cuyo, no tocado por el federalismo artiguista; el centralismo del régimen de Pueyrredón cubría mal una paulatina cesión de poderes efectivos a grupos locales en las cada vez más numerosas provincias creadas por desmembración de las intendencias virreinales. Esos grupos eran marcadamente conservadores, y ahora el tono general de la revolución rioplatense lo era cada vez más (un rasgo externo pero significativo: los diputados que en 1813 habían usado el término de ciudadanos para dirigirse a sus colegas preferían ahora el más tradicional de señores). Ese conservadurismo era además una tentativa de adaptación a la nueva coyuntura internacional; se acompañaba de la constante agitación de proyectos monárquicos que contaban, por otra parte, con la adhesión de los jefes militares, y tenían por objeto último alcanzar una reconciliación con la Europa de la Restauración. En esa política no todo era oportunismo: tras de ella estaba también la desazón creciente de la élite porteña, cuyas bases económicas parecían cada vez más debilitadas por el avance mercantil británico, y que -luego de sufrir por primera vez, en 1814, las consecuencias locales de una crisis europea con el derrumbe del precio de los cueros- tendía a hacerse una imagen más sobria de las ventajas e inconvenientes del nuevo orden económico.

El régimen de Pueyrredón seguía teniendo un flanco débil: la irreconciliable disidencia artiguista en el litoral. Contra ella utilizó el más censurado de sus expedientes políticos: otorgar su beneplácito a un avance portugués sobre la Banda Oriental, que desde 1816 mantuvo a Artigas absorbido por la defensa, cada vez más difícil, de su

tierra. Sus lugartenientes siguieron, sin embargo, resistiendo con éxito los avances porteños, y en 1819 el régimen de Pueyrredón mostró signos muy claros de descomposición espontánea; ese mismo año, una constitución centralista, que preparaba con nombre republicano un marco institucional para la proyectada monarquía, fue rechazada en casi todas partes. El régimen quiso utilizar el ejército para sobrevivir; San Martín se negó a traer de Chile, ya liberado, su ejército de los Andes, y el del Norte se rebeló en camino hacia Buenos Aires. Fue ese el punto de partida de la disolución del estado central, consumado cuando los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos -secuaces cada vez más independientes de Artigas- se abrieron el camino de Buenos Aires.

Al régimen de Pueyrredón se le dirigieron los más severos reproches póstumos; en medio de ellos tendía a olvidarse que una de las causas de su caída era la seriedad con que había asumido la tarea de proporcionar los medios para la guerra que iba a librarse más allá de los Andes: una parte del aborrecimiento que había ya despertado en 1819 provenía de los prolongados sacrificios que había exigido a sus gobernados. Pero la ayuda de las provincias del Río de la Plata, en su conjunto, no fue en la empresa chilena de San Martín más importante que la que él logró extraer de la provincia de Cuyo, por él gobernada y orientada por entero en su economía hacia la preparación del ejército. A comienzos de 1817, éste podía comenzar el avance a través de la cordillera, hacia Chile. Eran tres mil hombres los que afrontaban la empresa; el 12 de febrero, la victoria de Chacabuco les abrió el camino de Santiago: allí O'Higgins era hecho director supremo de la república chilena; en marzo, la derrota de Cancha Rayada estuvo a punto de terminar con ella, pero la victoria de Maipú en abril, la salvaba (aunque la resistencia realista en el sur de Chile iba a durar todavía por años). La nueva república, que debía enfrentar la pesada herencia de disidencias legada por la Patria Vieja, iba a estar marcada por un autoritarismo frío y desapasionado, versión guerrera del arte de gobernar heredado de la

ilustración española; para rehacer la cohesión interior, O'Higgins debió presidir la turbia eliminación del héroe guerrillero de la liberación de Chile, Manuel Rodríguez, irreductible en su adhesión a los Carrera. Contra los disidentes, y aún más decididamente contra los realistas, la revolución iba a emplear una política análoga a la de la restauración a la que habían vencido: prisiones, confiscaciones, procesos inacabables...

La reconquista de Chile debía ser el primer paso en el avance hacia Lima. Este era aún más difícil que la etapa anterior. Era preciso, en primer término, crear una marina de guerra; formada a partir de una diminuta flotilla con presas por ella conquistadas, ésta encontró su jefe en un gran señor aventurero, Lord Cochrane, que la dirigió primero en expediciones de saqueo y destrucción sobre el litoral peruano; en agosto de 1820 partía para liberar el Perú, con algo más de cuatro mil soldados, insuficientes para vencer a los más de veinte mil que formaban allí las fuerzas del rey. San Martín iba a utilizar a su fuerza como un elemento de disolución del ya sacudido orden realista en el Perú; contaba con las molestias crecientes de una guerra demasiado cercana y con las derivadas del bloqueo, para sacudir la lealtad monárquica de los grandes señores criollos de la costa; luego de que los desesperados realistas habían abierto ese camino, estaba dispuesto también él a emplear el siempre disponible descontento indio de la sierra: también por esa vía la aristocracia peruana habría de ser ganada a la causa patriota, en la medida en que vería en su triunfo el atajo hacia la paz que necesitaría para poner término a la agitación indígena fomentada por ambos bandos. Las primeras etapas de esta cautelosa conquista fueron exitosas: el desembarco en Pisco fue acompañado de un levantamiento espontáneo de Guayaquil; fue seguido del de Trujillo y casi todo el Norte peruano, volcado a la revolución por su gobernante, el marqués de Torre Tagle, un rico criollo que había sido designado -gracias a la nueva política adoptada por los realistas- intendente de la región. En el Sur, la campaña de la sierra agitó la retaguardia de Lima; a principios de 1821 el general en jefe realista, La

Serna, derrocaba al virrey Pezuela y comenzaba conversaciones con San Martín, en el nuevo clima creado por el triunfo del constitucionalismo en España. Ambos jefes convinieron en la creación de un Perú independiente y monárquico; rechazado el proyecto de los ejércitos realistas, éstos se habían, sin embargo, debilitado con la inacción y el desgaste, y en julio los patriotas podían entrar en la capital peruana. A ello siguió la creación de un gobierno del Perú independiente, con San Martín como protector. El nuevo estado peruano iba a ser el más extremadamente conservador de todos los formados en el clima hostil al radicalismo político que dominaba luego de 1815. Ese conservadurismo no sólo reflejaba las ideas del protector del Perú; se extremaba todavía más para ganar el apoyo de la aristocracia limeña, necesario para consolidar el nuevo orden. Los hechos iban a demostrar cuán necesaria era esa cautela. Con los realistas dominando aún el Callao, Cochrane, disgustado en el momento de la repartición del botín, había partido en busca de lucrativas aventuras en el Pacífico tropical. La campaña que proseguía en la Sierra desgastadora para los libertadores como para los realistas; el proyecto originario de liberación del Perú contaba con la insuficiencia militar de los invasores, pero esperaba compensarla con apoyos locales. Si bien se había logrado al comienzo disminuir la capacidad de resistencia realista, esos apoyos habían sido y seguían siendo escasos, y la empresa peruana no tenía, aun en 1822, final visible, si no se contaba con nuevos auxilios externos.

Ellos sólo podían venir del Norte, donde Bolívar había ya realizado lo esencial de su empresa libertadora. Esta había recommenzado en condiciones aún más desventajosas que las encontradas por San Martín: en 1817 no tenía Bolívar apoyo ninguno en Hispanoamérica, y aun en su refugio haitiano encontraba simpatías cada vez más limitadas, luego de su fracasada tentativa de 1816. La guerra del Norte iba a ser, desde el comienzo, distinta de la del Sur, y Bolívar era particularmente adecuado para ella. Descendiente de una de las familias más antiguas de Caracas, ligado con la aristocracia criolla del cacao, Simón

Bolívar iba a mostrar toda esa precocidad de ingenio y temperamento, amenazada en otros casos de volcarse por falta de carriles adecuados en empresas algo irrisorias, que iba a caracterizar a tantos de los jóvenes criollos liberados de la disciplina colonial y no demasiado seguros de qué podían hacer con su libertad. En 1804, cuando tenía veintiún años, había ya hecho tumultuosa vida cortesana junto con los marqueses del cacao en Madrid, se había casado allí con una aristócrata caraqueña, había vuelto con ella a Venezuela para perderla a los pocos meses, víctima de fiebres tropicales en el traicionero paraíso serrano de Aragua. Antes de eso, había recibido sólida educación al lado de un personalísimo secuaz venezolano de Rousseau, Simón Rodríguez, y luego del más moderado y sólido Andrés Bello. Muerta su esposa, Teresa del Toro, volvió Bolívar a Europa, acompañado por su antiguo preceptor; a los veintiún años era ya un hombre íntimamente desesperado y, pese a su aparente movilidad de carácter, este rasgo estaba destinado a durar. De nuevo en Madrid, en París y en Italia, Bolívar iba a vivir las primera y más brillantes etapas del ascenso napoleónico; en la sociedad francesa, deseosa de olvidar el pasado demasiado cercano, en el Milán del Reino Itálico, en la Roma en que el Papa había hecho la paz con el heredero de la revolución, al lado de sus renovadas experiencias mundanas iban a adquirir una experiencia más profunda de las realidades postrevolucionarias: la crisis del Antiguo Régimen, que para los más de los americanos era un puro dato teórico, había sido vivida desde dentro por Bolívar. Igualmente la crisis de la revolución republicana; si nunca pudo perdonar a Bonaparte su confiscación de la Revolución para su gloria y provecho, Bolívar advirtió sin embargo, muy bien hasta qué punto la evolución autoritaria y militar de la Francia republicana estaba en las cosas mismas. Así fue madurando una imagen original de la futura revolución hispanoamericana, a la que se consagró mediante un juramento de sabor prerromántico en el Aventino. Si ni aun en sus horas más sombrías vaciló su fe en la república (en la que San Martín no había creído ni por un momento), esa república estaba destinada a

ser autoritaria; la autoridad allí dominante se distinguiría del puro arbitrio porque estaría guiada por la virtud. La vieja justificación del absolutismo español, que en la pluma de los autores del siglo XVII había sido, más que una fórmula, la expresión de una fe apasionada (la que ponía en la conciencia cristiana del monarca un límite seguro de su poder), resurgía ahora con signo nuevo: la conciencia revolucionariamente virtuosa de los gobernantes republicanos aseguraría la libertad de la nueva Hispanoamérica. Tal como iban a reprocharle adversarios contemporáneos o póstumos de Bolívar -desde Bogotá hasta Buenos Aires- su revolución no era entonces liberal, o -para ser más Justos, pues tampoco las otras revoluciones hispanoamericanas, en cuyo nombre era formulado el reproche, lo eran de veras-, no se mostraba suficientemente penetrada de su deber de serlo, bastante dispuesta a disimular que no lo era, bastante dolorida de la imposibilidad en que se encontraba de construir un medio de la guerra un orden liberal. En esto se ha encontrado luego la superioridad de la política boliviana, supuestamente más cercana a la realidad que le tocaba ordenar. Pero esto último es discutible: baste observar que el autoritario reino de la virtud proyectado por Bolívar -tras de contaminarse de elementos cada vez más abundantes de la tradición prerrevolucionaria- se reveló totalmente irrealizable.

Sería, por otra parte, erróneo ver en esta diferencia entre la revolución del Norte y las del Sur tan sólo una consecuencia de la personalidad del libertador norteamericano. El liberalismo al que se oponía el autoritarismo boliviano retornaba también él una tradición prerrevolucionaria: la fe en el orden legal, desobedecido pero venerado desde los comienzos de la colonia, la fe en un ideal de gobierno fuertemente impersonal, corporizado en una élite de funcionarios y magistrados, que había sido la del siglo XVIII. Ambas sobrevivían mejor en las oligarquías urbanas, y éstas, que en Buenos Aires, en Santiago, en Lima o en Bogotá iban, a pesar de todo, a hallar la manera de mantener gravitación política a lo largo de la revolución habían ya sido marginadas por la revolución venezolana;

la causa patriota sólo podría afirmarse allí cortando sus lazos de origen con los mantuanos de Caracas, apoyándose en una plebe cuya organización debía ser esencialmente militar por más que Bolívar iba a extender su República de Colombia hasta Guayaquil, y su hegemonía hasta Potosí, su primera y más segura base de poder estaba en su Venezuela, en sus jefes guerrilleros transformados en generales, a los que perdonó todas las infidelidades, con los que se negó obstinadamente -y muy sensatamente- a romper... Esa Venezuela era irreductible al ideal liberal; el de Bolívar, si no coincidía con la realidad de la revolución venezolana, por lo menos lo encontraba en conflicto con ella.

En 1817 ya era Bolívar un veterano de la revolución; ésta había consumido su entera fortuna privada (que había sido muy grande) y lo había dejado como el único jefe de dimensiones nacionales al lado de los regionales en que los alzamientos venezolanos habían abundado; en ruptura con su grupo de aristócratas capitalinos -que habían sido tan tímidos revolucionarios- ya había mostrado cómo podía encontrar apoyos entre los agricultores y pastores de los Andes; ahora volvería a encontrados entre las poblaciones costeras de color de Cumaná y Margarita (ellas mismas veteranas de la revolución); los encontraría -lo que iba a ser aún más decisivo- entre los llaneros que lo habían expulsado en 1814 del país.

Ya en la incursión de 1816 una audacia nueva se había manifestado en la promesa de liberación de los esclavos, que estaban en la base de la economía de plantación de la costa venezolana. Ahora la clave de la victoria iba a estar dada por la alianza con Páez, el nuevo jefe guerrillero que había surgido en los Llanos, esta vez con bandera patriota. Con sus hombres, los trescientos que Bolívar traía consigo y los que seguirían llegando -en especial la Legión Británica (predominantemente irlandesa), que llegó a contar algunos miles de voluntarios-, se formó la fuerza militar que llegaría al Alto Perú. La alianza con Páez significó una penetración más intensa en el interior venezolano, pero provocó la ruptura con los caudillos revolucionarios del Este costero, y ésta remató en la

ejecución de Piar por orden de Bolívar. Pese a que éste emprendió de nuevo la conquista de Caracas, el litoral había pasado para él a segundo plano, y cuando la resistencia de Murillo le cerró el acceso a la capital retornó al interior llanero y a la Guayana. Desde allí iba a cruzar los Andes con cerca de tres mil hombres: esta hazaña, juzgada imposible, sería seguida por la victoria de Boyacá, que dio a los libertadores el dominio de Bogotá y de todo el norte y centro de Nueva Granada (excepto Panamá). La república de Colombia, que debía abarcar todos los territorios que integraban al virreinato de Nueva Granada (y que en el caso de Venezuela y Quito habían tenido dependencia sólo nominal de Bogotá) comenzaba a tomar forma. El Congreso de Angostura le dio sus primeras instituciones provisionales (fines de 1819); en la diminuta capital de la Guayana, al borde del Orinoco en tierras de frontera que la colonia había ignorado y en las que la revolución había encontrado su baluarte, nacía la nación que en la mente de Bolívar debía abarcar el norte de América del Sur y dirigir el resto mediante un sistema de alianzas. Angostura parecía crear un estado federal: cada una de las regiones parcialmente liberadas - Nueva Granada y Venezuela- tendría un vicepresidente, que tendría a su cargo las tareas administrativas, mientras el Libertador y presidente proseguía la guerra.

Esta se desarrolló primero en Venezuela, donde retornaba por ambos bandos su carácter de lucha irregular; los mayores esfuerzos de Bolívar debieron encaminarse a mantener la cohesión de las fuerzas patriotas. A lo largo de 1820, también en Venezuela se hicieron sentir las consecuencias de la revolución liberal española: acercamientos y conversaciones entre los jefes en lucha, armisticio temporario, debilitamiento de la cohesión del bando realista, minado por las desertiones. En 1821 la victoria de Carabobo abrió a Bolívar la entrada a una Caracas desierta, abandonada por buena parte de su población; en ese mismo año Quito era liberado por Sucre, lugarteniente de Bolívar, que había avanzado desde Guayaquil y vencido a los realistas en Ríobamba y Pichincha; simultáneamente Bolívar reducía el foco de resistencia realista de

Pasto, nudo montañoso cuya población mestiza había sido ganada para la causa del rey por la vehemente predicación de su obispo y las depredaciones de las tropas patriotas. Colombia quedaba así libre de amenazas, y Bolivia disponible para nuevas acciones contra el núcleo realista del Perú. Mientras este proceso guerrero seguía su curso, avanzaba también la organización política de la nueva república. El congreso de Cúcuta le dio en 1821 una constitución más centralista que las bases de Angostura; Venezuela, Nueva Granada y Quito perdían su individualidad, y los departamentos en que se dividía el vasto territorio colombiano debían ser gobernados por un cuerpo de funcionarios designados desde Bogotá. La tarea de organizar el nuevo estado estuvo a cargo en primer término del vicepresidente Santander, y se reveló desde el comienzo muy difícil. La modernización social debía enfrentar por una parte la resistencia de la Iglesia, por otra, la de los grupos favorecidos por el viejo orden, que iban desde los propietarios de esclavos del litoral venezolano, escasamente adictos a la emancipación de los negros que estaba en el programa de la nueva república, hasta los grandes mercaderes y pequeños artesanos unidos en la enemistad contra el comercio libre que los sacrificaba por igual a la preponderancia británica. Pese a la amenaza implícita en la presencia de ese bloque conservador, tanto más poderoso desde que la ruina de la causa del rey lo engrosó con los más entre sus antiguos partidarios, la república vacilaba en privarlo de sus bases de poder; temía demasiado abrir así el camino a una evolución comparable a la que en Haití llevó a la hegemonía negra, que constituía una imagen obsesiva para los dirigentes colombianos (y no sólo colombianos) en esos años revueltos.

El nuevo orden buscaba entonces retomar la tradición de moderado reformismo administrativo, que había caracterizado a las mejores etapas coloniales. Pero le resultaba difícil hacerlo: no sólo las ruinas del pasado cercano y la necesidad de seguir costearo la guerra, limitaban sus recursos; era acaso más grave que no tuviese-como lo habían tenido los funcionarios progresistas

de la corona- una base de poder ajena a sus gobernados; en estas condiciones la empresa de imponer un progreso sobre líneas de avance no aceptadas por los más influyentes de entre éstos estaba condenada necesariamente al fracaso. Las tensiones creadas por ese estilo de gobierno encontraron bien pronto expresión, tanto en la aparición de tendencias localistas cuanto en la apelación a Bolívar. La primera tendencia era bastante esperable; la autoridad del gobierno de Bogotá sobre Venezuela fue siempre limitada: Páez, que tenía allí autoridad puramente militar, era de hecho el árbitro de la situación local. Más grave era que también en Nueva Granada esas resistencias se hiciesen sentir, que fueran particularmente vivas en la capital. En Bogotá, Colombia aparecía como una continuación agravada de esas Provincias Unidas en Nueva Granada, que sólo por conquista habían podido dominar en la vieja capital virreinal. Santander, el presidente colombiano, no era bogotano; había formado en las filas hostiles a Cundinamarca durante la Patria Vieja, y después de Boyacá había emergido como figura dominante, luego de años de guerrilla en los llanos de Nueva Granada, que parecían haberlo alejado cada vez más del clima político capitalino. Frente a él, el veterano Nariño (liberado por los constitucionales de su prisión en la Península) pasaba a ser el jefe de un localismo opuesto a la vez a las tendencias innovadoras y a los grupos avanzados de las distintas ciudades del interior neogranadino en que se apoyaba el nuevo régimen. La presencia de Bolívar contribuía, por añadidura, a marcar con el sello de la provisionalidad al orden político colombiano. Era muy natural que los jefes venezolanos lo tomaran como intermediario y árbitro frente al gobierno de Bogotá; era más grave que también los opositores neogranadinos a Santander afectasen esperar una rectificación para cuando -terminada la guerra- Bolívar ejerciese de veras su autoridad presidencial. Más grave aún era que Bolívar, sin romper con sus vicepresidentes, dejase en pie esa esperanza. Así la república de Colombia parecía tener desde su origen un desenlace fijado; el golpe de estado autoritario que uniese, tras del libertador y presidente, a los

inquietos militares venezolanos y a la oposición conservadora neogranadina.

Ya antes de ese desenlace, por otra parte, zonas enteras de la república estaban sometidas, no a la administración civil de Bogotá, sino a la militar ejercida directamente por el Libertador. Era el caso del sur de Nueva Granada y toda la antigua presidencia de Quito, declaradas zona de guerra aun cuando ésta había cesado de librarse allí. Y, por otra parte, la autoridad de Bolívar iba a extenderse bien pronto más allá de las fronteras de Colombia; esa iba a ser precisamente la consecuencia del pedido de apoyo que le llegaba de San Martín. El resultado inmediato de éste fue una entrevista entre ambos libertadores en Guayaquil, en julio de 1822; el hecho de que San Martín fuese recibido como huésped del presidente colombiano en una ciudad que el Perú consideraba suya señalaba ya de qué modo estaba dada la población de fuerzas. El contenido de las conferencias no es conocido, salvo por versiones retrospectivas de parte interesada; el resultado es un cambio muy claro. San Martín, tras de manifestarse dispuesto a seguir la lucha bajo el mando de Bolívar, debió anunciar su retiro del Perú; éste era el precio que ponía Bolívar a su auxilio, y ahora la situación había cambiado por entero desde 1817: era Bolívar y no San Martín quien tenía tras de sí los recursos de una nación organizada.

Pero algunas de las razones invocadas por Bolívar para no correr en auxilio del Perú eran demasiado reales: Pasto, mal sometido, iba a alzarse nuevamente y exigir una más costosa y sangrienta pacificación, con deportaciones en masa; sólo después de ella pudo Bolívar pasar al Perú, a mediados de 1823. Allí encontró a la revolución en estado de derrumbe: la constituyente de 1822 se había apresurado a aceptar la dimisión de San Martín y a reemplazarlo por un débil triunvirato. En diciembre se declaraba por la república, repudiando las negociaciones emprendidas en Europa por emisarios de San Martín para buscar un rey para el Perú. En el manejo de la guerra no se advirtió una energía comparable, y en febrero la alarmada guarnición de Lima obligaba a designar presidente

de la república a José de la Riva Agüero, aristócrata limeño pasado desde muy pronto a la causa de la revolución. Riva Agüero organizó la lucha con más tenacidad, pero no con más éxito que sus predecesores; el congreso, aprovechando una nueva oleada de derrotas, que llevaron a un momentáneo abandono de Lima, y además la presencia de Sucre al frente de tropas colombianas, lo derrocó; el jefe limeño -transformado en mariscal durante su breve permanencia en el gobierno- se refugió en Trujillo, en el sólido norte revolucionario. En la constantemente amenazada Lima el congreso hizo presidente al marqués de Torre Tagle, y solicitó con más urgencia la presencia personal de Bolívar en el Perú: ahora éste llegaba a Lima para recibir el título de libertador y poderes militares y civiles hasta la terminación de la guerra. El congreso que tales atribuciones le había acordado siguió consagrado a la redacción de una constitución extremadamente liberal: proclamada en noviembre de 1823, no iba a ser nunca aplicada.

Bolívar encontró en el Perú una situación aún más grave de lo que el puro equilibrio militar anticipaba: era toda la endeble revolución limeña, tardíamente nacida bajo el estímulo brutal de la invasión argentino-chilena, la que vacilaba sobre su destino futuro. Desde Trujillo, Riva Agüero trataba a la vez con Bolívar y con los realistas; proponía a estos últimos un Perú independiente, bajo un rey de la casa de los Borbones de España; en lo inmediato proyectaba una acción concertada para expulsar a Bolívar del Perú. Revelada la escandalosa negociación, Riva Agüero pudo ser apresado y deportado. Pero Torre Tagle, encargado por Bolívar de entablar negociaciones con los realistas para un armisticio, las entablada simultáneamente por su cuenta con objetivos idénticos a los de su derrocado rival; a comienzos de 1824, luego de que un motín de la guarnición argentina entregó el Callao a los realistas, el presidente del Perú pasó al campo de éstos, con su vicepresidente y numerosos diputados y funcionarios; en ninguna parte como en Lima la élite criolla urbana debió enfrentar opciones cuyos términos le resultaban todos repulsivos, y a comienzos de 1824 el menos desagradable

parecía ser de nuevo el debilitado antiguo régimen, más blando que la hegemonía militar colombiana que reemplazaba a la chileno-argentina. Sólo una serie de victorias militares, logradas gracias a los recursos traídos del Norte, permitió a Bolívar sobrevivir: en agosto de 1824 la victoria de Junín le abrió el acceso a la sierra; el 9 de diciembre de ese año, en Ayacucho, Sucre, al frente de un ejército de colombianos, chilenos, argentinos y peruanos venció al virrey La Serna y lo tomaba prisionero. La capitulación de La Serna ponía fin a la resistencia realista peruana, salvo en el Callao, que sería tomado en 1826. En el Alto Perú, Olañeta, un jefe realista que había sabido hallar apoyos locales que le habían dado independencia de hecho respecto de ambos bandos, y acumular una enorme fortuna privada, siguió unos meses la lucha; en 1825, Sucre venció las últimas resistencias y, solicitado por los criollos de Charcas y Potosí, patrocinaba la creación de una república que llevaría el nombre de Bolívar de este modo, el Alto Perú escapaba tanto de la unión con el Río de la Plata, establecida por el virreinato en 1776, cuanto a la integración con el Perú que, heredada de tiempos prehispánicos, parecía nuevamente posible como consecuencia de las vicisitudes de la guerra.

Los últimos rincones de Sudamérica escapaban así al dominio español. Desde Caracas hasta Buenos Aires, cañones y campanas anunciaban el fin de la guerra. Esta había terminado en el Norte: desde 1821, México era independiente.

Era ése el desenlace de una revolución muy distinta de las sudamericanas. Mientras en el Sur la iniciativa había correspondido a las élites urbanas criollas, y éstas, pese a las inesperadas miserias que la revolución les había traído, conservaban en casi todas partes en 1825 el control del proceso que habían iniciado, en México la revolución comenzó por ser una protesta india y mestiza en la que la nación independiente tardaría decenios en reconocer su propio origen.

Se ha visto ya cómo en 1808 se dio en México una primera prueba de fuerza entre élites criollas y peninsulares;

vencedoras las segundas, la nueva oportunidad de 1810 iba a ser aprovechada por un inesperado protagonista. El cura de Dolores, rica parroquia en el centro norte minero, era Miguel Hidalgo, hasta entonces un representante no especialmente brillante de ese conjunto demasiado escaso de sacerdotes ilustrados que habían secundado las iniciativas innovadoras de prelados y gobernantes. La imagen que de él tenemos está dada por estos últimos, que alentaron sin excesivo entusiasmo sus proyectos (que incluían desde la explotación de la seda hasta la presentación de obras de Moliere por actores reclutados entre sus parroquianos indígenas); esta imagen es "por lo menos incompleta; si como jefe revolucionario, Hidalgo reveló muy grandes limitaciones, es evidente que logró contar con la adhesión de multitudes fervorosas que no se advierte cómo hubiesen podido orientarse hacia ese supuesto precursor mexicano de Bouvard y Pécuchet. En septiembre de 1810 Hidalgo proclamaba su revolución: por la independencia, por el rey, por la religión, por la Virgen india de Guadalupe, contra los peninsulares. Peones rurales, y luego los de las minas, se unieron a las fuerzas revolucionarias, que tomaron Guanajuato, donde la masacre de la Alhóndiga (el granero público en que se habían refugiado, junto con los soldados del rey, los notables peninsulares y criollos de la ciudad) y el saqueo hicieron mucho por separar del movimiento a los criollos ricos. Más allá de Guanajuato, Querétaro, San Luis, Potosí, Guadalajara, cayeron ante el avance de los ejércitos rebeldes, inmensas multitudes mal armadas de composición perpetuamente variable: en octubre la ola se acercaba a la ciudad de México; en Monte de las Cruces, los 80,000 hombres que seguían a Hidalgo fueron vencidos por los siete mil del general Trujillo; pero el vencedor, deshecho y diezmado, logró a duras penas refugiarse en la capital, cuya conquista era todavía posible. Hidalgo no se decidió a intentarla; prefirió retirarse para reorganizar sus fuerzas. La retirada le fue fatal; para los indígenas y mestizos que le seguían anunciaba que (según, sin duda, habían temido siempre) el viejo orden, en cuyo derrumbe habían creído por un momento, seguía

siendo el más fuerte. La revolución se derrumbó; después de una retirada que terminó en fuga, Hidalgo fue capturado en Chihuahua y ejecutado tras de dejar un apasionado testimonio de su arrepentimiento; el que había sido hasta los cincuenta años apacible dura rural, tras de unos meses de ejercer una sangrienta jefatura revolucionaria, declaraba que en la prisión sus ojos habían visto por fin la realidad, e invitaba a sus compatriotas a no seguirlo en el camino que había llevado su propia ruina y la del país. No iba a ser escuchado, y la revolución iba a encontrar un nuevo jefe en otro eclesiástico, José María Morelos. A la vez encontraría un nuevo centro: no ya el Noroeste de la plata y el maíz, sino el Sur, en que la meseta baja hacia el Pacífico. Lentamente, Morelos va a ganar el predominio sobre los demás jefes de pequeños grupos revolucionarios sobrevivientes, y a contrarrestar las tendencias a la transacción con los realistas que en ellos comienzan a aparecer. En 1812 domina el Sur; organiza fuerzas mejor disciplinadas que las de Hidalgo, elabora un programa que incluye la independencia, la supresión de las diferencias de casta y la división de la gran propiedad, que en la tierra del azúcar, en que el cultivo de la caña margina lentamente los de subsistencia, es ya una exigencia colectivamente sentida. Deseoso de institucionalizar la revolución, convoca un congreso en Chipacingo: en él resurgen las oposiciones que previamente había logrado vencer en el plano militar. Morelos- revelando un escrupuloso, pero por el momento suicida, respeto por el orden institucional- se inclinó ante las voluntades, dificultosamente elaboradas y algo incoherentes, del congreso. No sólo por esta inesperada vocación parlamentaria se derrumbó la segunda revolución mexicana: a Morelos, que a partir de un movimiento indígena quería lograr una revolución nacional, moderada en su estilo pero radical en su programa, los realistas oponían un frente en que los criollos tenían lugar cada vez más importante. Una vez eliminada la herencia de rencores del pasado, atenuados por el común terror ante la revolución de Hidalgo, la unión de peninsulares y ricos criollos en defensa del orden establecido era un programa más factible

que el de la revolución. También Morelos iba a ser vencido y ejecutado en 1815. Quedaban aún algunos focos de revolución: Vicente Guerrero resistía en el Sur; Félix Fernández, que había cambiado su nombre por el de Guadalupe Victoria, en Veracruz. Sofocado en lo esencial el alzamiento rural, en los años siguientes un cierto espíritu de disidencia parecía resurgir lentamente entre los criollos de la capital. No tuvo tiempo de madurar: la revolución liberal en España desenmascaró súbitamente la independencia de México. Aquí, como en América del Sur, la guerra de Independencia había abierto las filas del ejército, más aún que las de la administración y las dignidades eclesiásticas, a criollos en proporción antes desconocida: esto creaba las bases del partido local más hostil a la revolución que adicto a la metrópoli. Por otra parte, los peninsulares tenían en México mayor gravitación que en cualquier otra comarca de las antiguas Indias; parecía inconcebible que cualquier cambio político que no incluyera una revolución social afectase seriamente a los dominadores de todo el comercio mexicano. Porque se creían dotados de suficiente fuerza local también los peninsulares podían encarar una separación política de España. Esta se produjo cuando el vuelco liberal de la política española pareció afectar por una parte la situación de la Iglesia, por otra la intransigencia en la lucha contra las revoluciones hispanoamericanas.

Sin duda, tanto el alzamiento de Hidalgo como el de Morelos - dirigidos ambos por eclesiásticos- habían llevado a su frente imágenes religiosas. Pero al mismo tiempo, la revolución amenazaba la estructura eclesiástica y la riqueza de congregaciones y sedes episcopales; Morelos incluía explícitamente las tierras eclesiásticas entre las que habrían de ser divididas. No es extraño que la jerarquía eclesiástica se haya constituido en aliada del orden realista, que éste buscara justificación nueva en la defensa de la religión amenazada por turbas declaradas sin Dios ni ley. Ahora, en España, medidas semejantes a las propuestas por Morelos eran anunciadas públicamente por los grupos dominantes. Estos mostraban peligrosas inclinaciones a buscar un arreglo con las revoluciones

hispanoamericanas: ante esa perspectiva, los defensores mexicanos de la causa del rey temían verse transformados en víctimas. principales de la reconciliación universal: a cambio de un reconocimiento de la soberanía española en Indias, otorgar el poder local a los revolucionarios podía, en efecto, parecer desde Madrid un sacrificio escaso; un sacrificio tanto menos costoso si esos revolucionarios eran compañeros de ideología y los leales significaban, con su adhesión al absolutismo, un peligro para la causa liberal en España y sus Indias.

He aquí, sin duda, causas muy razonables de desconfianza. Alentado por ellas, un oficial criollo, que había hecho rápida carrera por sus victorias en la lucha contra Morelos, Agustín Itúrbide, se pronunció y pactó con Guerrero el plan de Iguala, que consagraba las tres garantías (independencia, unidad en la fe católica, igualdad para los peninsulares respecto de los criollos) y preveía la creación de un México independiente gobernado por un infante español cuya elección se dejaba a Fernando VII. Al pronunciamiento siguió un paseo militar: en el vasto país, Itúrbide no recibió sino adhesiones, y con ellas tras de sí entraba en la capital. Como era esperable, Fernando VII se rehusaba a designar un soberano para su propio reino rebelado, pero sólo San Juan de Ulúa, la fortaleza que guardaba la entrada de Veracruz, seguía fiel al rey de España, y la independencia de México encontraba eco en la Capitanía General de Guatemala, que tras de haber permanecido bajo el dominio regio seguía ahora el destino de su vecino del Norte, de cuyo virrey había estado en tiempos coloniales en dependencia nominal.

TERMINABA así la guerra de independencia, que dejaba una Hispanoamérica muy distinta de la que había encontrado, y distinta también de la que se esperaba iba a surgir una vez disipado el ruido y la furia de las batallas. La guerra misma, su inesperada duración, la transformación que había obrado en el rumbo de la revolución, que en casi todas partes había debido ampliar sus bases (al mismo tiempo que las ampliaba el sector contrarrevolucionario), parecía la causa más evidente de esa escandalosa

diferencia entre el futuro entrevisto en 1810 y la sombría realidad de 1825. Pero no era la única: el Brasil ofrece en este sentido un término de comparación adecuadísimo; allí la independencia se alcanzó sin una lucha que mereciese ese nombre, y con todas las diferencias que de ello derivaron, y con las que desde tiempos prerrevolucionarios separaban a la América portuguesa de la española- la historia del Brasil independiente está agitada (a ratos. muy violentamente agitada) por los mismos problemas esenciales que van a dominar las de los países surgidos en la América española.

En las diferencias entre la independencia del Brasil y la de Hispanoamérica remata un proceso de diferenciación que viene de antiguo; desde la Restauración de su independencia, Portugal había renunciado a cumplir plenamente su función de metrópoli económica respecto de sus tierras americanas integradas Junto con la madre patria en la órbita británica; aun los esfuerzos muy reales del despotismo ilustrado portugués por aumentar la participación metropolitana en la vida brasileña habían sido necesariamente menos ambiciosos que los de la España de Carlos III esta segunda conquista contra la cual se había dado, acaso más que contra la primera, la revolución emancipadora hispanoamericana, era en el Brasil menos significativa (aunque en algunos aspectos, por ejemplo, en las migraciones de la metrópoli a la colonia, la intensidad del acercamiento fuese mayor que en Hispanoamérica, faltaba aquí la imposición de una nueva élite administrativa y mercantil de origen peninsular, por sobre las jerarquías locales surgidas de etapas anteriores). Diferente en el marco local, la situación del Brasil era también profundamente diferente en la perspectiva proporcionada por la política internacional, que adquirió importancia creciente a partir de las guerras revolucionarias y napoleónicas. Portugal, luego de una primera etapa que lo mostró integrando muy en segundo plano el bloque contrarrevolucionario, se había acogido a una neutralidad fundada en el doble temor de la potencia naval británica y a la potencia terrestre francesa, que la alianza de Francia y España transformaba en amenaza

directa Cuando el bloqueo continental impidió al reino portugués seguir eludiendo la opción, quiso, a pesar de todo, seguir manteniendo su neutralidad sin sacrificar por ello sus comunicaciones ultramarinas; pese a que nunca iba a abandonar su cautela frente a la presión francoespañola, la opción esencial estaba desde ese momento hecha: Portugal debía mantenerse en el bloque británico; sólo dentro de él podía seguir manteniendo las líneas dominantes de su circulación económica. Ante las graves consecuencias de esa decisión, la corona portuguesa siguió, sin embargo, vacilando: la fuga de la corte a Río de Janeiro fue un casi secuestro perpetrado por la fuerza naval británica que protegía a Lisboa. La pérdida de la metrópoli significó un cambio profundo en la vida brasileña; ahora Río de Janeiro, capital aún reciente de una colonia de unidad mal consolidada, se transformaba en corte regia... Por otra parte, y aun más radicalmente que en Hispanoamérica, el alineamiento al lado de Inglaterra llevaba a un cambio en el ordenamiento mercantil; por los tratados de 1810, Gran Bretaña pasaba a ser en la vasta colonia la nación más favorecida (sus productos pagaban tasas aduaneras menores que los metropolitanos y sus comerciantes eran liberados de la jurisdicción de los tribunales comunes, para gozar, a la manera de los mercaderes europeos en Levante, de las ventajas de un tribunal especial). Todo ello no se daba sin tensiones, pero la relación de fuerzas (unida a la actitud de una corona a la que las experiencias de los últimos veinte años de historia europea no incitaban a la altivez) hacía imposible que éstas encontrasen manera de expresarse en cualquier resistencia, por moderada que fuese, a la inclusión directa del Brasil en la órbita británica. Todo ello había debilitado los ya frágiles lazos entre el Brasil y su metrópoli política; prueba de lo delicado de la situación fue que, a pesar de que desde 1813 Lisboa se hallaba ya despejada de franceses y el poder de éstos se derrumbaba en España, y desde 1815 el orden restaurado se instalaba sólidamente en Europa, la corte portuguesa vacilaba en retomar a su sede originaria; era en efecto muy dudoso que el Brasil aceptase volver, a ser

gobernado desde ella: en 1817, una revolución republicana - anticipo de las que iba a conocer el Brasil independiente- estalló en el Norte, y no fue trabajo escaso someterla. Pero en 1820, la revolución liberal estalló a su vez en Portugal: el rey se decidió entonces a retomar a su reino, dejando a su hijo Pedro como regente del Brasil; una tradición no probada, pero verosímil, quiere que al partir le haya aconsejado ponerse al frente del movimiento de independencia de todos modos inevitable...

La ruptura fue acelerada por la difusión de tendencias republicanas en Brasil, y por la tendencia dominante en las cortes liberales portuguesas a devolver a la colonia a una situación de veras colonial, mal disfrazada de unión estrecha entre las provincias europeas y americanas, estas últimas insuficientemente representadas en el gobierno central. Mientras tanto, el regente don Pedro ensayaba una política intermedia; la guerra de independencia se libraba ya de modo informal en el sitio de las fuerzas portuguesas, encerradas en Bahía, por tropas brasileñas. Finalmente, ante las exigencias de las cortes liberales, que conminaban al infante a volver a una estricta obediencia a sus directivas centralizadoras, don Pedro proclamó la independencia en Ipiranga (7 de septiembre de 1822). El reconocimiento de este cambio no fue demasiado dificultoso; en 1825, un mediador británico lo obtenía -no sin ejercer alguna presión- de la corte de Lisboa. El imperio del Brasil, surgido casi sin lucha y en armonía con el nuevo clima político mundial, poco adicto a las formas republicanas, iba a ser reiteradamente propuesto como modelo para la turbulenta América española: la corona imperial iba a ser vista como el fundamento de la salvada unidad política de la América portuguesa, frente a la disgregación creciente de aquella. En todo caso, si la unidad iba a ser salvada, lo iba a ser dificultosamente: en 1824, de nuevo el Norte estaba alzado en una confederación republicana, y poco después ardía la guerra en el Sur, en la Banda Oriental en que el Brasil heredaba de Portugal una nueva y díscola provincia, la Cisplatina, formada por tierras antes españolas. En la capital una constituyente (en la que las voces de los

amigos de los rebeldes encontraban eco insólitamente franco) debía ser disuelta por el emperador, que en 1824 daría su *carte octroyée*, prometida en el momento mismo de la disolución: pese a estas tormentas, el imperio sería liberal y parlamentario. Aunque la ausencia de una honda crisis de independencia aseguraba que el poder Político seguiría en manos de los grupos dirigentes surgidos en la etapa colonial, había entre éstos bastantes tensiones para asegurar al Imperio brasileño una existencia rica en tormentas. En ellas encontraremos un eco más apacible de las que conmovían a la América española; unas y otras nacían de la dificultad de encontrar un nuevo equilibrio interno que absorbiese las consecuencias del cambio en las relaciones entre Latinoamérica y el mundo que la independencia había traído consigo.

Interpretación de la Independencia de América Latina *

Pierre Chaunu

Es bien conocido el gusto de los hispanoamericanos por el breve lapso de la etapa de su Independencia. Un rápido vistazo a los instrumentos bibliográficos nos mostraría que en los diez años últimos, de los 50,000 títulos registrados, le están consagrados del 30 al 35% 1. La Revolución Francesa ha tenido en nuestra historiografía, y por extensión en nuestra toma de conciencia colectiva, un rol más o menos comparable y -bien mirado- muy poco justificado. Cuando una historiografía presenta tal exceso, que ninguna razón documental justifica, el hecho deja de ser pintoresco para convertirse en significativo. La historiografía hispanoamericana de la Independencia nos informa accesoriamente sobre la misma, pero esta historiografía es también un tema para la historia.

Existe un esquema tradicional de la Independencia esbozado en el siglo XIX. Se presenta en forma basta en los manuales escolares y se trasluce sutilmente en los "buenos" libros 2. Es una imagen mistificada triplemente

*"Interprétation de l'indépendance de l'Amérique latine". *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*. Travaux de l'Institut d'Etudes Latino-Américaines de l'Université de Strasbourg. Vol. III, pp. 5-23. Strasbourg (mayo-junio).

1. *Handbook of Latin American Studies, Indice histórico español*.

2. De un año a otro, sólo en los Estados Unidos se publican varias "*History of Latin America*". Esto se debe a la estructura misma de la organización universitaria norteamericana y a la multiplicidad de cátedras de historia de "la otra América".

nociva. Es la del fraccionamiento político: se opone a toda construcción orgánica del continente latinoamericano. Es la imagen de las rupturas y de los rechazos inútiles e impide que América española asuma su pasado hispánico, es decir obstaculiza el establecimiento de las bases históricas de su cultura. Crea la ilusión de una liberación conseguida, mientras que la independencia política le cuesta internamente el refuerzo de las estructuras sociales de dominación y externamente el refuerzo de los lazos de dependencia económica.

Se impone pues la tarea de romper el mito, y sólo los hispanoamericanos pueden realizarlo 3. Por nuestra parte, dentro del marco de este modesto artículo lo más que podemos hacer es plantear los posibles hitos destinados a lograr una útil superación 4.

I

EL ESQUEMA TRADICIONAL DE LA INDEPENDENCIA

Cuando se pretende si no modificar, al menos enriquecer una problemática antigua lo mejor es bosquejar primero las explicaciones presentadas. Procederemos así.

Abramos uno de los tantos libros donde las dos América's reseñan la historia latinoamericana.

3. La necesidad ha sido sentida y un excelente trabajo lo emprendió hace algunos años el *Instituto Panamericana de Geografía e Historia de México*, bajo el impulso especial de Silvio Zavala.

4. Util. Importa poco que el esquema propuesto sea más verdadero que el antiguamente en curso, lo que importa más es que sea útil. La historia es siempre una manera de organizar un pasado según las exigencias de un presente. Ahora bien, el esquema clásico se basa en la historia de los nacionalismos fraccionalistas del siglo XIX hispanoamericano a imitación de la Europa del siglo XIX. El trabajo de superación que la historiografía europea ha emprendido es de esperar que, a su vez, lo inicie la historiografía hispanoamericana en América, para el propio bien de América Latina. Se puede recomendar al respecto el artículo de Alphonse Dupront, "Histoire et Paix" (1951).

Viene la Independencia, el tono sube, la frase crece, los buenos sentimientos desfilan. "Bolívar, aquí estamos".

Y comencemos con un capítulo sin sorpresa: las "causas generales" en los manuales norteamericanos.

Los abusos del régimen colonial: el monopolio, la exclusión de los cargos públicos, las mil y una opresiones de las que son víctimas los criollos y los otros. Se cae en el juego de «Nosotros americanos», del que los jefes patriotas se valieron para dar a su reivindicación particular la dignidad del interés general.⁵

Las influencias. La participación intelectual de América en las "Luces" del siglo XVIII.⁶ No faltan ejemplos:

5. Reconozcamos que los liberales radicalizantes de la primera revolución mexicana, la que en verdad fracasó totalmente, eran al menos sinceros, cuando no conscientes de la insuficiencia de las palabras: Miguel Hidalgo, José María Morelos y los ardientes redactores de la Constitución de Apatzingán (22 de octubre 1814). Esta Constitución de Apatzingán parece el eco fiel de la Constitución francesa de 1791 o, más directamente, de la Constitución de Cádiz (en muchos aspectos, también se escucha el eco de las *Leyes de Indias*, del humanismo cristiano de *Las Casas* o de la intransigencia dominicana de los teólogos-juristas del derecho natural). Es necesario recordar el Art. 38 que suprime las corporaciones; el art. 24 que define la felicidad común, esa "felicidad común" modalidad hispánica de la "pursuit of happiness" de la Declaración de la Independencia del 4 de julio de 1776. La Constitución de Apatzingán define esta felicidad común como "el goce de igualdad, seguridad, propiedad y libertad". El art. 34 recuerda que "todos los individuos de la sociedad tienen derecho a adquirir propiedades y disponer de ellas, a su arbitrio con tal de que no contravengan a la ley". En cuanto el Art. 25, si es posible, aparece calcado más directamente todavía sobre la declaración francesa de 1789, cuando precisa que: "Ninguno debe ser privado de la mejor porción de las propiedades que posea, sino cuando lo exija la pública necesidad, pero en este caso tiene derecho a una pública compensación" (Alba, 1960).

6. Recordemos al respecto la reciente revisión hecha bajo la dirección de Arthur P. Whitaker, con la colaboración de Roland Hussey, Harry Bestein, John Tate Lanning, Alexander Marchant, Charles C. Griffin y Federico de Onis (Whitaker, ed. 1961); véase también Whitaker (1951 y 1955) para un ejemplo más claro de la participación de América Latina y muy particularmente de México en los progresos técnicos, en especial en lo que respecta al empleo de los métodos alemanes en la minería.

academias, sociedades cultas y de pensamiento, *Sociedad de Amantes del País* en Lima, *de Beneficencia* en Buenos Aires, *Sociedade Literaria do Rio de Janeiro*, *Sociedade Scientífica do Rio de Janeiro*, hay también periódicos, las "gacetas" *Gaceta de Buenos Aires*, *Gaceta de Guatemala*, *Gaceta de Literatura de México*, "publicaciones periódicas" *Papel periódico de Bogotá*, *Papel periódico de La Habana*, y el más prestigioso, y sin duda el más eficaz, el *Mercurio Peruano*. Sí, América participa en las "Luces". Esta participación evidente es más fácil de constatar que de medir. En los libros se aplauden los acuerdos, pero rara vez pasan de allí.

En tercer lugar, los ejemplos. Los movimientos independentistas de América hispánica en forma directa recibieron la influencia y dirección de una serie sucesiva de revoluciones americanas y europeas. Evidentemente, tal como se piensa, el levantamiento de las 13 colonias y la escisión del Imperio Británico tienen derecho a un primer lugar en el tiempo. Se comenta con razón el éxito hispanoamericano del *Common Sense* de Thomas Paine. Siguen después los ecos de la declaración de Jefferson del 4 de julio de 1776. Un estudio atento (fe la constitución de Apatzingán (12 de noviembre de 1814) sin duda permitiría establecer, artículo por artículo, una filiación ora norteamericana, ora francesa y nuevamente norteamericana, en la medida en que los textos de Jefferson ilustraron los pasos de nuestros constituyentes. En verdad nadie puede dudar que para la formulación de sus constituciones los movimientos independentistas buscaran referencias numerosas y precisas. Las influencias son tanto más evidentes y los calcos más fieles porque la falta de madurez impidió una expresión más personal.

Más que de las trece colonias, se invoca la influencia de la Revolución Francesa y si no ahí está la carrera de Francisco Miranda, para disipar toda vacilación, (Robertson, 1929). Comienza a señalarse, y es un progreso, la influencia del levantamiento de Haití, (Zavala, 1961).

Y para terminar, los “precursores”. Las perturbaciones del último siglo colonial, que son numerosas, 7 han sido promovidas al rango de “precursoras” de la Independencia. En este sentido, las viejas crónicas tienen razón pues recuerdan que al comienzo, antes de los primeros pasos del santo fundador, “el espíritu de Dios se movía por encima de las aguas”. Todo lo que precede es de una u otra manera causa de lo que sigue. La rebelión de Tupac Amaru II (1780-1781), que en realidad es una de las causas esenciales de la lealtad del Perú, -en vivo contraste con el compromiso patriota de Venezuela y la ambigüedad fundamental de México-, es la última rebelión quechua y por una verdadera aberración se le anexa a las manifestaciones precursoras del levantamiento criollo.

7. Sólo para el Perú tenemos: la rebelión de 1737, la primera y más importante desde las guerras civiles del siglo XVI y los tiempos heroicos del Inca Manco. El primer Tupac Amaru ejecutado por Francisco Toledo y la resistencia perturbadora de Vitcos, capital del Imperio Inca libre después de la conquista. La rebelión de 1767 se extiende al conjunto de las 17 provincias (Métraux, 1961). En 1738 es la conjura de Oruro; una decena de años más tarde la rebelión de Santos Atahualpa. Después, estrechamente ligados a la disidencia de Santos Atahualpa, los proyectos reformistas ante la Corona del franciscano mestizo Topa Yupanqui. En esta línea que modifica su alcance, se coloca la extraordinaria explosión de violencia provocada por las iniciativas del curaca José Gabriel Condorcanqui, ordinariamente conocida como el levantamiento de Tupac Amaru. Una tardía política de hispanización no impide el levantamiento a contra corriente de los caciques de 1815, aplastado más fácilmente que los precedentes.

Aparte del Perú: Canex, en Yucatán, en la zona maya, en 1761; las concentraciones de negros “marrones” en la Serranía de Coro, en 1795, que siguen la línea de las conmociones endémicas del istmo de Panamá, a partir de los dos últimos cuartos del siglo XVI, que terminaron por ahogar de modo casi total, en el siglo XVII, la relación clásica que por Panamá tenían Perú y España; la resistencia a los impuestos en la región del Paraguay desde 1725; la resistencia de Venezuela a *La Compañía Guipuzcoana*, 1749 (Morelos Padrón, 1955); las resistencias violentas a las *alcabalas*, en Quito, en 1765; en el Nuevo Reino de Granada en 1780-1781. Esta fecha no es indiferente puesto que corresponde, a la vez, a las necesidades de dinero suscitadas por la política española, -arrastrada por Francia y a disgusto contra Inglaterra y los insurgentes-, y a la enorme conmoción provocada por el levantamiento de los indios *quechuas* incitados por José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, que se produce en este tiempo.

Después de lo cual, encerrados en los *ghettos* de la historia americana, tratada por áreas culturales, apenas si hay tiempo para detenerse en los acontecimientos que afectaron a la península ibérica en 1807, 1808 y hasta 1814⁸.

II

CRITICAS Y SUPERACIONES

Alrededor de este esquema propuesto inmediatamente después de cumplido el proceso, la historiografía no deja de aumentar desde hace ciento treinta años. Se necesitaría una gran dosis de ingenuidad y bastante soberbia para proponerse abolirla pura y simplemente. Un consenso tan grande aboga en favor de que hay una buena parte de verdad en su diseño. Por eso no podemos dejar de estimar que en su contenido hay una representación válida al 60 ó 70%. Sin embargo, este esquema presenta varias fallas.

A. ES DEMASIADO SIMPLE

Deliberadamente deja de lado la complejidad y la profundidad de las sociedades hispanoamericanas. Si la explicación de Braudel sobre las civilizaciones a niveles se aplica perfectamente al Mediterráneo, donde bastante después de Felipe II Cristo se detiene en Eboli, con mucha mayor razón es válida para esta otra América, que relativiza constantemente el tiempo y transforma en kilómetros la centena de millares de años de la pre y de la proto historia.

La Independencia es obra de los criollos y de los mestizos claros, de algunos mestizos claros, de una élite, de las *castas*, que se dicen criollas. No nos equivoquemos, de

8. Es casi innecesario decir que los grandes libros clásicos de la historiografía norteamericana, que tratan particularmente el ambiente diplomático de la Independencia, no merecen este reproche. Basta recordar a J. Fred Rippy (1929), William Spence Robertson (1939) y Arthur Preston Whitaker (1941).

una ínfima minoría de criollos en una América que en el siglo XVIII ha cambiado de color 9, Sería ingenuo no tomar en cuenta al 80% de los no criollos y olvidar que pese a las reivindicaciones sumarias de los primeros movimientos revolucionarios en los movimientos mucho más radicales anteriores a 1816¹⁰ esta masa no criolla en todo lado desempeña inconscientemente un papel, que es el de mantener la solidaridad imperial. Por otra parte, se trata de su interés puesto que la Independencia, frente a los criollos, la priva del apoyo intermitente y poco eficaz del poder central.

Esta masa no criolla actúa de doble manera respecto a la solidaridad atlántica que lleva el nombre de imperio, en especial de modo indirecto pero también directamente.

Indirectamente, tanto por su masa, como por su reciente rebeldía -de ahí el rol de Tupac Amaru en el clima tan particular de la Independencia peruana, ya que el Perú es un bastión de la lealtad imperial al estado puro, mientras que la metrópoli prácticamente nada puede hacer por él- pesa sobre la población blanca y contribuye

9. Teniendo en cuenta las evaluaciones útiles de Hernando Sánchez Barba (1958) y las del desaparecido Jaime Vicens Vives, pese a las reservas que suscitan en más de un punto, sobretudo por la excesiva confianza prestada a los trabajos de Angel Rosenblat. Para una población de América española, que alrededor de 1650 se evaluaba en algo menos de diez millones y medio de almas, nuestros autores suponen 655,000 blancos (6.4%), 715,000 negros (6.4%), 358,000 mestizos (9.5%), 236,000 mulatos (2.3%), más de 8'400,000 indios, es decir cerca de 81% (80, 90%). Poco antes de la Independencia, cuando es posible contar con los sólidos *censos* de 1791 (en Lima), 1764 (en México, del conde de Revillagigedo) y con las penetrantes reflexiones de Alexander von Humboldt, se llega al 20% de blancos (algo más de 3'000,000), 26% de mestizos (más de 4'000,000), 8% de negros (1'200,000) y 46% de indios, es decir cerca de 7'000,000, de almas más con un total muy próximo de 16'000,000 de habitantes.

10. La sublevación de los 90 días de Recife, en 1817, con un desnivel cronológico normal pertenece a este momento, al de las reivindicaciones no exclusivamente políticas, a diferencia de las revoluciones separatistas aunque conservadoras que se producen como reacción a las revoluciones liberales, pero decididamente imperialistas de Cádiz y, sobre todo, de Lisboa en 1820.

a reforzar la necesidad de seguridad que en caso de peligro ofrece la solidaridad imperial. Se comprende así que, en regla general, la profundidad del compromiso y, en especial, el momento de la independencia sean inversamente proporcionales a la masa de indios y negros dominados. México constituye así un caso intermedio entre las posiciones conservadoras del Alto y Bajo Perú y del Brasil, y las posiciones radicalizantes de Venezuela y Río de la Plata 11.

Directamente, de manera verdaderamente excepcional, como en el caso de Venezuela, de los cuadros del ejército español bajo Fernando VII, -¿es necesario decir de los funcionarios de los asuntos indígenas?- que arrastrarán a *gauchos*, indios o mestizos oscuros de los *llanos* contra las "burguesías ilustradas y frondosas de los grandes plantadores mirandinos y bolivarianos de la costa".

B. ESTE ESQUEMA EN PARTE ES PRESTADO

Está tomado del esguema de la Independencia de las Colonias norteamericanas. La oposición al monopolio es tal vez el ejemplo más claro que se pueda invocar de asimilación simple y de contaminación mistificante. Naturalmente que los primeros imperios coloniales mueren a causa del pacto colonial. De una vez por todas, la América hispánica está sujeta a un regreso al *Boston Tea Party*. No es necesario recordar cómo las cosas son menos simples de lo que se afirmaba a fines del siglo pasado, incluso para la América del Norte. El *Boston Tea Party* es la reacción violenta contra una novedad. Se origina en el desacuerdo sobre la manera de como saldar el costo de una guerra victoriosa, es decir catastrófica para Inglaterra. La conquista del Canadá significaba un acontecimiento feliz para Nueva Inglaterra y las colonias del centro, que en ella encontraban las ventajas de una sustancial mejora para su seguridad, en razón de la acción

11. La población blanca representa sólo del 13 a 15% de la población del Bajo y Alto Perú. Alcanza el 21% en Nueva España. Es más elevada en el Nuevo Reino de Granada, 27%, y en Venezuela sobrepasa el 40%. Las proporciones son sensiblemente las mismas en el nuevo virreinato de la Pata.

de los exploradores de bosques franco-canadienses sobre la resistencia de las tribus indias. En una palabra, la metrópoli inglesa participó en el acontecimiento más allá de su estricto interés. Una fracción importante de la opinión británica podía legítimamente considerar que las 13 colonias, y particularmente las de nueva Inglaterra, debían contribuir a la consolidación de una deuda contraída en su beneficio. Por eso se plantea en forma brusca y aguda el problema del consentimiento del *Commonwealth* anglo-americano al financiamiento de los gastos de la economía imperial. En estas condiciones, el movimiento de protesta se levanta no contra una situación antigua sino contra una nueva, en la medida en que con la revolución de los *clippers*, el imperio británico atlántico se convierte en realidad en la segunda mitad del siglo XVIII; el problema principal es de adopción de responsabilidades y de financiamiento de las decisiones y es así como muere el *Ola Empire*; sería más exacto decir que es así como fracasa la creación de un verdadero imperio británico transatlántico. Puesto que, a decir verdad, antes de 1750 más que un imperio había yuxtaposición de estados virtualmente independientes. Incluso el *Boston Tea Party* es más conservadora que revolucionaria. La "pursuit of happiness" de la declaración de Jefferson es una justificación ideológica, y como toda justificación ideológica es *a posteriori* y no *primum mobile*.

Si en el Norte las cosas son menos simples de lo que se suele decir, con mayor razón lo son en el Sur. Si la Independencia de la América española hubiera sido una respuesta a los abusos del monopolio, se habría producido en 1580 cuando éste existía y se ejercía en beneficio exclusivo de españoles y europeos.: españoles, portugueses, franceses, genoveses, flamencos, y desde un complejo portuario europeo, el de Sevilla. En efecto, se puede afirmar, con cifras en la mano 12, que en el siglo XVIII

12. Durante gran parte del siglo XVIII, el volumen que totaliza el comercio interlope supera el volumen del tráfico que obedece al monopolio de Cádiz. Sin embargo, en los últimos años del siglo XVIII se asiste a un repunte singular. Nuestros cálculos dan razón a la notable intuición de Clarence H. Haring en su *Spanish Empire*:

la América española es prácticamente el único “territorio colonial” (la palabra, por otra parte, es nueva y no tendrá carta de ciudadanía sino en forma lenta y muy imperfecta) sobre el que sin duda alguna y al igual que en otros lugares se afirma blandamente el pacto colonial, que en la práctica no se cumple. Por otra parte, en la medida que, entre otras corrientes comerciales, existe una corriente importante con Cádiz; y después de 1776 y 1778, siempre con Cádiz en primera posición (en la proporción de dos tercios) y los puertos libres españoles, este tráfico se encuentra mucho más en manos de los ricos capitalistas criollos¹³ que entre las de comerciantes de la España europea.

Y esto nos lleva al principal reproche que es necesario hacerle al esquema tradicional: del mismo modo que la lucha contra el monopolio no lo es tanto de América con España, sino una lucha civil entre diferentes agrupaciones comerciales hispanoamericanas, así también las guerras de Independencia, -no tanto las de la Independencia de la América anglosajona en las que, sin embargo, se estima que un tercio de la población americana permanece leal-, mucho más que una guerra entre Américas españolas

una multiplicación por 7 del tráfico entre 1778 y 1788. Este crecimiento concuerda con todo lo que se sabe de la coyuntura mundial. Pero, más allá del aumento de los volúmenes de intercambio, testimonia el crecimiento específico del tráfico de España. A fines del siglo XVIII, el monopolio crece más rápido que el interés y este crecimiento beneficia a los grupos de comerciantes criollos (los *peruleros*). En 1779, por ejemplo, sólo en el puerto de Cádiz, que no es sino una parte entre las muchas del monopolio, llegan 14 navíos de las Indias, La Habana viene a la cabeza seguida de México y La Plata (AN. AE, B 350). En 1785 son 132 (51 de La Habana, 5 de Caracas y 13 de la Guayra, 3 de Buenos Aires, 14 de Montevideo, 2 de Cumaná, 5 de Cartagena, 3 de Honduras, 25 de Veracruz, -éstos ganan en toneladas- 5 de Capeche, 1 de Puerto Rico, 5 de Lima, según un informe consular del 12 de agosto de 1786 (AN. AE. B, 349).

13. Esta estructura funciona desde comienzos del siglo XVIII. Se nota claramente en la correspondencia consular de Cádiz. Reflexión, entre otras, con ocasión de la bancarrota de un banquero en 1704. (Carta de Mirasol a Pontchartrain, 22 de setiembre de 1704 AN. AE. B1 215, fo. 201).

y Españas europeas, son guerras civiles del Atlántico español, comandadas no por los acontecimientos de América sino por los acontecimientos españoles. Es por esto que éstas no llegan muy a su hora. El imperio atlántico de España, no el de Portugal, se quebró aproximadamente 50 años antes de lograr su madurez. Por eso su quiebra se efectuó en condiciones tan catastróficas y por eso sus heridas hasta hoy son purulentas. No debiera hablarse de la independencia de América sino de la catastrófica independencia de España.

C. Este esquema no toma muy en cuenta las *articulaciones temporales y espaciales* o, si se prefiere, al matiz del espacio y el tiempo. Es exclusivamente americano, como si se pudiera dar cuenta de un fenómeno fundamentalmente atlántico limitándose a un conjunto de explicaciones exclusivamente americanas. Sería necesario analizarlo punto por punto, matizar los términos y limitar su alcance. Tal análisis nos llevaría demasiado lejos.

Acabamos de ver con que prudencia se hace necesario manejar el análisis clásico de las consecuencias del monopolio. Por lo menos hay dos puntos esenciales en las explicaciones tradicionales que merecen especial atención. El complejo criollo de frustración respecto a los peninsulares y la participación de América en las "Luces".

III

EL COMPLEJO CRIOLLO DE FRUSTRACION

Es universal. A fines del siglo XVIII ningún punto de la América española y portuguesa deja de tenerlo, aunque su carácter más agudo, portador de la crisis, es mucho más reciente de lo que generalmente se cree. Las injurias crecen del lado de la mayoría (hacia 1800, en América española apenas había alrededor de 150,000 peninsulares al lado de 2'900,000 criollos, 5% y 95% respectivamente, según el consenso general): criollos, contra *gachupines*, *chapetones*, *godos* (este último termino, está lleno de sabor, puesto que en España se descende de los godos,

como en Francia nos remontamos a las Cruzadas), tensión entre *mazombos* brasileños y *reinos*, *marinheiros*, peninsulares portugueses.

La tensión es mucho más reciente de lo que generalmente se cree, puesto que las condiciones que la originan no se remontan a los orígenes de la conquista. La posición que los peninsulares ocupan en América en buena parte se desprende de una reivindicación criolla; además, parcialmente tiene su origen en las variaciones del flujo migratorio y en las nuevas orientaciones de estas corrientes migratorias. Incluso, en cierta medida y con un toque de humor, se podría afirmar que la oposición entre criollos peninsulares en cierta forma traspone hacia América las tensiones provinciales de Españas tradicionalmente opuestas. La :Qlinoría peninsular (5% de la población blanca en América española, menos de 1% del total) no ocupa una mejor posición social que la mayoría criolla (19 a 20% de la población total). Evidentemente ésta se concentra en la administración. Pero entre los peninsulares hay una proporción bastante fuerte de pequeños asalariados con muchas pretensiones. Lo que es verdad para la América española también lo es para el Brasil. En el siglo XVIII se acrecienta la parte que en la administración se reserva a los peninsulares a un ritmo mayor que el volumen global de la misma administración. Ocurre a partir del establecimiento de las intendencias, es decir de una administración más eficaz que la antigua administración, esencialmente colegiada. Se sabe que la reforma gana lentamente terreno en el Curso del último tercio del siglo XVIII 14. Significa una mayor eficacia.

14. La decisión de una poderosa reforma administrativa es la consecuencia, en lo inmediato, del choque que se produce con la ocupación inglesa de La Habana en 1762. Es por esto que la reforma comienza, precisamente, por La Habana. El primer intendente, Miguel de Altarriba, toma posesión del cargo en marzo de 1765. Se extiende al continente después de la visita de José Gálvez a Nueva España en 1767. El sistema se implanta difícilmente a partir de 1770 pues encuentra gran resistencia. En ese extremo del mundo que es el virreinato de La Plata la nueva administración no hace su aparición antes de 1782, (Lynch, 1958).

Esta nueva administración, que se superpone a la antigua, pertenece aún más a los peninsulares. Es más poderosa. Por eso refuerza considerablemente la posición de los peninsulares en las últimas décadas del siglo XVIII. Es una consecuencia de la ola de reformas de la España europea que con cierto desnivel alcanza a la España americana. A decir verdad, el lugar de los peninsulares en la administración no es sino la inevitable compensación de su insignificancia en el aparato económico. Los señores de la mina, de la tierra, del negocio y, paradójicamente, del interior mismo del monopolio son criollos, en virtud de la ley de rendimientos decrecientes. El *rush* peninsular hacia la administración es la *contraparte* de esta exclusión en las posiciones claves de la vida económica.

Otro punto invocado, a menudo corolario del precedente que se refiere al lugar de los peninsulares en las posiciones cumbres de la jerarquía eclesiástica de las Indias, pierde su significación objetiva si se tiene en cuenta que no sólo ésta sino que el clero en su totalidad sigue teniendo en gran parte un carácter misional, es decir peninsular, a causa de la falta de vocación y del débil grado de cultura de la población mestiza e incluso criolla. En buena parte sigue ocurriendo lo mismo a mediados del siglo XX. La jerarquía eclesiástica no hace sino traducir, acentuándolo, el lugar dominante de los peninsulares en la base de dicha jerarquía.

Por último, en algunos puntos sensibles de la estructura social las tensiones ocasionadas por los peninsulares tienden a incrementarse por razones hasta ahora insuficientemente señaladas. Una es coyuntural y la otra es casi estructural. A partir de 1770-1780, el incremento de las Corrientes migratorias normales, en proporciones que aún no podemos cifrar, al parecer da lugar a una multiplicación de los niveles en la primera mitad y, tal vez en los tres primeros cuartos del siglo XVIII ¹⁵. Este

15. Hernándo Sánchez Barba evalúa esta corriente migratoria en 52,000 almas para el conjunto del siglo XVIII, es decir una media de 500 personas por año, teniendo en cuenta la emigración fraudulenta. Este promedio que es razonable para los dos primeros

incremento notable se explica fácilmente por el aumento demográfico en la península ibérica, por la mejora en las condiciones de navegación¹⁶ y, sobre todo, por la fantástica prosperidad coyuntural de fines del siglo XVIII, que en América se experimenta mucho más que en Europa¹⁷. Por consiguiente, el sentimiento de ser invadidos, el endurecimiento de las posiciones de un cuerpo que se siente víctima de una agresión (y este sentimiento es tanto más violento porque se trata de una emigración del sector "terciario", al que le resulta difícil integrarse) del que tantos textos dan testimonio, traduce una, realidad coyuntural.

Por otra parte, ¿se ha ponderado en qué medida esta emigración es, por su origen, diferente a la de los siglos XVI y XVII? Los estudios de Pérez Bustamante (1941) y Rodríguez Arzúa (1947) sobre el *Catálogo de pasaferos a Indias*¹⁸ revelan claramente como en la emigración del siglo XVI son dominantes los sectores del Sur: Andalucía,

tercios del siglo XVIII nos parece notoriamente insuficiente hacia fines de siglo, (Sánchez Barba, 1958: C, IV, p. 326).

16. Se puede decir que después de una larga etapa de estancamiento de las técnicas marinas, que se extiende desde el siglo XV hasta mediados del siglo XVIII, se produce una premutación en los alrededores de los años 1780. El brusco crecimiento de la talla y del número de navíos, su mayor velocidad, y lo seguro de sus dietas dentro de un sector poco progresivo de la "Carrera de Indias" son un buen testimonio.

17. Nuestras investigaciones sobre el tráfico de España y América muestran claramente que el tráfico entre España y América española, aunque muy tradicional; constituía un sector privilegiado de máximo crecimiento, (Chaunu, 1963 ms.)

18. De las 150,000 fichas de salida conservadas por el Archivo de Indias, material invalorable para la historia antigua de la emigración a América, hay tres volúmenes publicados; su continuación está detenida por dificultades materiales que los organismos internacionales podrían útilmente resolver, *Catálogo de Pasajeros a Indias, durante los siglos XVI-XVII-XVIII. Redactado por el personal facultativo del Archivo General de Indias, bajo la dirección del director del mismo, don Cristóbal Bermúdez Plata*, Sevilla, C.S.I.C., Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 3 vol. publicados: Tomo I (1509-1534), 1940, XV + 524 p. pl. (5,320 licencias); Tomo II (1535-1538), 1942, X + 512 p. pl. (5,600 licencias); Tomo III 1946, X + 536 p. pl.

Extremadura y el Sur de Castilla 19. Paradójicamente se conocen menos las corrientes migratorias de fines del siglo XVIII, en parte porque las corrientes clandestinas son más importantes. Una cosa es cierta: el Cantábrico tomó el lugar del Sur (Andalucía, Extremadura, Sur de Castilla), y Galicia (Mejjidi, 1960), notoriamente el de Andalucía. El folklore "antigachupín" no deja de recordar al folklore "anticantábrico" 20 y en Sevilla particularmente el "anti-gallego". El *chapetón* es el indispensable "marido engañado" de las historias criollas, así como el *gallego* lo es de las andaluzas. Se encuentra que, en caricatura, los criollos tienen más o menos un origen "andaluz-extremeño" y que los *chapetones* de fines del siglo XVIII son *gallegos* auténticos. ¿Es necesario decir que las guerras carlistas del siglo XIX prueban que estas tensiones provinciales peninsulares son algo más que simples supervivencias folklóricas?

Pero el incremento de la tensión tiene un origen diferente. Se desprende del complejo étnico racial de la sociedad americana, estudiado por Richard Konetzke hace ya algún tiempo, (Konetzke, 1946, 1950a, 1950b, 1951a y

19. Las conclusiones de Bustamante y Arzúa pueden resumirse así: la exclusión de los no cristianos y de los extranjeros fue al comienzo más efectiva de lo que se creía; una emigración originaria del reino de Castilla (con predominio de andaluces, 37.5%, importancia de los aportes de la Meseta Central, 47.7%; las provincias del Norte, la España cantábrica, siguen muy atrás con 5.5%). Más del 95% de los migrantes son originarios de los estados de la Corona de Castilla (que en realidad agrupa el 85% de la población española). La Corona de Aragón no suministró mucho, 3.3% de los cuales 1.1% solamente de *Levante*. Este predominio del Sur queda atestiguado por la dialectología criolla. El hispanoamericano es de raíz andaluza y toledana.

20. Nuestros cónsules de Andalucía sobre este punto son muy buenos testigos. Después de una residencia de varias decenas de años (tal fue el caso de Catalán, en la segunda mitad del siglo XVII) se convierten en andaluces tan perfectos que sus cartas e informes transmiten con aplicación todo el arsenal del complejo anticantábrico. Notemos que Cádiz es particularmente anti-vizcaino. Por otra parte el "vizcaino" significa, por extensión, el hombre de la costa Noroeste, de Bayona a Fontarabía y, más precisamente todavía, la colonia vasca de Sevilla, verdadera pesadilla de los gaditanos del siglo XVIII.

1951b). Es posible que al comienzo la sociedad hispanoamericana no fuera racista. Sin demasiada reticencia le damos razón a quienes, como Richard Konetzke, han abordado el problema 21. Se la acordamos aún más a la amistad de los hispanoamericanos, que le conceden gran importancia. A decir verdad, el problema así planteado casi no tiene sentido. Sin embargo, lo seguro es que posiblemente no lo tuviera al principio, pero llegó a tenerlo. Rápido y bien. Porque en América como en todo lugar hay vencedores y vencidos. "Possidentes" y "non possidentes", grandes y pequeños, y la experiencia diaria coloca a los blancos en lo alto de la escala social y a los otros en la parte baja; a los indios libres, incluso a los incas, debajo de los negros, aunque fueran esclavos 22. La escala social se confunde demasiado bien con el espectro de los colores de la piel, para que *pardos*, negros y sobre todo los indios se vean aplastados por un desprecio que es tal vez más social que racial. Esto importa poco. El desprecio existe

21. En estos tiempos de descolonización en superficie y de colonización en profundidad, estas cuestiones están tan cargadas de elementos afectivos que es difícil abordarla con objetividad. Digamos solamente que tanto los ibero-americanos como los peninsulares se consideran menos sensibles a las diferencias raciales que otros pueblos. Difícilmente puede irse al encuentro de tal *consensus*. En esta representación hay una buena parte de verdad. Los ibéricos son menos racistas que la mayor parte de los europeos e infinitamente menos que la mayor parte de los pueblos de Asia y de Africa. Esta menor sensibilidad de ninguna manera significa insensibilidad. El argumento del mestizaje y, más todavía, el argumento sexual no pueden tenerse en cuenta en la medida que en el siglo XVI la emigración ibérica masculina de 97%, no ofrecía alternativa. No se puede juzgar la actitud masculina; pero sí es significativa la actitud femenina, o la actitud de los hombres hacia los matrimonios mixtos contraídos por las mujeres de su raza.

22. Sobre la verdadera situación de los "indios" súbditos libres del rey y los "negros" esclavos, casi siempre en situación de violentar a los indios, que con voluptuosidad se dedican a este tipo de compensación hay pruebas irrefutables, sobre todo en la *Colección de documentos para la historia social de Hispanoamérica* (Konetzke, Vol. I) y también en nuestro *"Pour une histoire sociale de l'Amérique Espagnole coloniale"* (1954); además en las escenas en las puertas de México, presentadas por Irving Leonard (1953).

Esta escala étnica de valores sociales fue establecida por la sociedad criolla para hacer frente a las poblaciones de color dominadas. Con el transcurso del tiempo en cierta manera se afirma dinámicamente cada vez más. Pero este instrumento concebido por la sociedad criolla, en forma progresiva y casi necesaria, se vuelve contra ella. Esta sociedad criolla que con tanta intransigencia afirma la superioridad de los valores blancos edifica, al mismo tiempo, el complejo psico-social que coloca encima de ella a los peninsulares. Los criollos de América, los de la América española; y también los del Brasil, no son blancos sino en forma aproximada ante los ojos de las clasificaciones indulgentes de la administración colonial, en razón del muy débil nivel (3% al comienzo, en la primera mitad del siglo XVI) de emigración femenina. Por eso, las afirmaciones evidentemente contradictorias que muy a menudo se encuentran en las pretensiones criollas que, de una parte, aspiran a una ascendencia europea pura y, de otra, a la de un cacique indio. Se es, a la vez, *título e Inca*. Sin tener en cuenta su arrogancia, la familia criolla más pura es, sin embargo, un poco menos blanca que el más humilde de los gachupines salido del corazón de Galicia. Se puede afirmar, sin paradoja, que es la misma sociedad criolla la que, impulsada por su vanidad, coloca sobre ella los valores peninsulares. La contradicción resulta más penosa porque se sitúa en el nivel más alto de la sociedad criolla. Si la administración colonial es peninsular lo es accesoriamente, por presión de los peninsulares en las Indias y, más accesoriamente todavía, por presión del gobierno central y, con toda seguridad, lo es en virtud de la dinámica profunda de la sociedad colonial. De ahí la tentación de aligerar la pirámide social de una pesadísima y la tentación para los criollos, dueños de valores blancos aproximativos, de quedar solos en la cima de una sociedad que hacen opresiva en su provecho. Es así como se puede esquematizar, en estructura y en coyuntura, esta decisiva oposición en la quiebra dolorosa de la solidaridad imperial transatlántica.

IV

PARTICIPACION DE AMERICA EN LAS "LUCES"

Tercera aproximación al esquema tradicional.

Pese a numerosas reservas, hay todavía muchas simplificaciones. Analicemos una que es de orden cronológico. La participación de América en las "Luces" del siglo XVIII es, a la vez, más tardía y más desigual de lo que se afirma de ordinario. Se podría decir, esquemáticamente, que el siglo XVIII se sitúa en América hispánica en el siglo XIX. La América española es española. Casi da vergüenza decirlo, es una provincia de la España ilustrada. La participación de España en las corrientes racionalistas del siglo XVIII es tardía y ambigua. La participación de la América española en las corrientes racionalistas del siglo XVIII es aún más tardía y ambigua, pues la América es provincial. Y, si acaso tenemos la impresión de que ocurre de otra manera, no se origina en la América española sino en España. Es en España donde se produce la quiebra. La invasión de 1808 y el levantamiento de América comprometen profundamente, durante casi un siglo, ante los ojos de las masas más que de la élite, los valores del siglo XVIII designados bajo el rubro de "afrancesados". *Documentos robados por franceses o españoles afrancesados*, es una nota marginal que muchas veces se repite en los grandes inventarios de la *Casa de la Contratación*, en el Archivo de Indias y que invita a una justa reflexión. Las "Luces" españolas fueron tardías

23. *L'Espagne éclairée* de Jean Sarrailh (1953) muestra un desnivel cronológico semi-secular. Marcelin Défourneaux lo establece en el texto corregido y aumentado de su tesis complementaria que próximamente aparecerá en P. U. F., *L'Inquisition et les livres français aux XVIII^e siècle* y que se complementa con el artículo de Paul J. Guinard "Le livre dans la péninsule ibérique aux XVIII^e e siècle. Témoignage d'un libraire français" (1957). Es sintomático que hasta 1747 la Inquisición española haya mostrado una indiferencia total a la corriente filosófica. La toma de conciencia no se efectúa antes de la década de los años 50. Hasta mediados del siglo XVIII, la Inquisición española únicamente se ocupa de perseguir uno de los aspectos del fundamentalismo cristiano en la forma jansenista.

pero vigorosas. Como es normal, la provincia americana participa con retraso, pero sin solución de continuidad. La América española nos ilustra sobre el destino de una España no privada de su *Ilustración* por el traumatismo de la invasión napoleónica. No se aprecia bastante esta verdad elemental: la Armada Invencible había sido una de las más extraordinarias máquinas de guerra de la historia. El levantamiento nacional de 1808-1814, más que ningún otro, contribuyó a quebrarla. Con un precio que excede al heroísmo desplegado.

La participación de América en la corriente europea de las "Luces" es desigual²⁴. Directa y profunda en la costa de Tierra Firme, entre Cartagena y Trinidad, muy particularmente en la Venezuela de Miranda y de Bolívar, cuyo rol es decisivo en la primera fase de la Revolución y que escapa casi totalmente al monopolio, es decir a España, a partir de 1620-1630. Es casi igualmente profunda y rápida en el virreinato de La Plata, que al desligarse de Lima en 1776 en buena parte lo hace de España. La paradójica sociedad Internacional de las universidades al pie de los Andes da un testimonio bastante curioso. Es mucho menos neto que Nueva España. Es aún menos profundo en todo el eje andino del ex virreinato del Perú. En cambio, resulta privilegiada la posición de Chile, regularmente debilitada desde los primeros años del siglo XVIII a causa de la navegación del Cabo de Hornos por franceses y anglo-holandeses.

24. Dígase lo que se diga, allí los niveles medios de cultura son extremadamente bajos a causa, principalmente, de las enormes distancias. Inferiores a los niveles de cultura popular de la España peninsular. Esta minimización alcanza su máximo en la escala de los valores culturales esperados. Veáanse, por ejemplo, las reediciones de José Toribio Medina (1955 y 1956). Numerosos ejemplos del mediocre nivel de cultura teológica en los mismos Inquisidores, a quienes sorprenden preguntas anodinas, o afirmaciones emitidas en la cátedra, en el calor de un sermón, son consignadas al *Santo Tribunal*. Se pide instrucciones a Toledo. Un conocimiento incluso superficial de las decisiones del Concilio de Trento los hubiera sacado del paso. Dos o tres años de prisión y llega de España la orden de liberación. Fría como un puñal, acompañada a veces de un comentario severo, aunque bien merecido.

Se ve así dibujarse la geografía de la Independencia. De una parte, Venezuela, Río de la Plata y Chile; de otra, el eje fidelista de los Andes; México ambiguo entre los dos. Pero ¿cómo conciliar esta participación, dicha con rapidez y escrita con gran ligereza, con las “Luces” europeas y con la enseñanza únicamente escolástica de los colegios mexicanos de mediados del siglo XIX? 25 Es necesario precisar que de un total de 3'000,000 de criollos, a los que se añaden 1'000,000 de mestizos claros, como únicos actuantes y también como únicos interesados, sólo una ínfima parte entre la minoría que lee es afectada por la filosofía racionalista del siglo XVIII 26. La América española que no es sino una provincia de Europa, aunque ambigua y frágil, no inventa la Independencia, la recibe.

V

UN ESQUEMA MAS COMPLEJO

Se podrían multiplicar las críticas fáciles a este esquema del que en cierta forma todos somos tributarios.

25. Los índices de actividad que establecimos en *Séville et l'Atlantique* 1504-1650 (Paris, Sevpén, 1955-1960, 12 vols, 7,353 p.) y aquellos en cuya elaboración trabajamos en *Cádiz et l'Atlantique* 1651-1808 lo muestran claramente. Apresurémonos a añadir que desde la segunda mitad del siglo XVII los mejores tratadistas tuvieron perfecta conciencia de esto. La primera afirmación, incluso ambigua, de una salida virtual de parte de América del Imperio de España: la costa de Tierra Firme, especialmente de Cartagena a la Trinidad, se encuentra en Miguel Álvarez Osario y Redín *Extensión Política y Económica*, escrita en los años 80 del siglo XVIII y publicada como apéndice en la *Educación Popular* de Campomanés.

26. Sobre el mantenimiento de una enseñanza que recuerda mucho más a Montaigu en la edad heroica o a las efímeras escuelas centrales de la Convención termidoriana, se encontrará una numerosa y segura colección de pruebas en las buenas biografías que abundan sobre el personal político de la Independencia. Sobre el Colegio San Ildefonso a mediados del siglo XIX, en razón del rol de Tejada como alumno, como profesor, (1841-1852) Y después como rector de San Ildefonso, (1862-1863) ver: Frank Averill Knapp Jr (1951).

Tal vez lo más útil sea enriquecerlo y precisarlo. Hay tres maneras de lograrlo.

1. UNA CRONOLOGÍA PARADÓJICA

Los imperios ibéricos se quiebran entre 1808-1824, en un momento que en lo esencial se debe a un concurso de circunstancias, paradójicas y europeas, es decir exteriores. El fin del imperio de los ibéricos o, si se prefiere, la Independencia, normalmente se sitúa y se espera en dos momentos: *mucho antes o mucho después*. Era normal que en América el Imperio español se derrumbase a fines del siglo XVII, al finalizar una fase B que había enriquecido a las Indias, por lo menos relativamente, a la vez que había empobrecido a la España peninsular, momento en que el monopolio había dejado de existir ²⁷, cuando el Imperio de hecho se reduce a una comunidad de sentimientos y de cultura. Es así como lo entienden las Cortes europeas. De allí los tratados de reparto que el coraje final de Carlos II y la inteligencia de Luis XIV logran esquivar *in extremis*. Pero este imperio.- valdría mejor decir, menos ambiciosamente, la presencia de España en América- ²⁸ seguramente se salva entonces por su debilidad. En lo esencial, América sigue siendo española en la medida que, con o sin la cláusula de Utrecht, es una América abierta. En lo esencial América sigue siendo española gracias a una división del trabajo que deja a los españoles las preocupaciones y el peso de la administración y que hace de ella un *condominium* de hecho de las potencias marítimas, a la *prorata* de su marina y de su potencia marítima y de la eficacia de sus estructuras capitalistas: Inglaterra y Francia, a la cabeza, Holanda bastante atrás, de 1700 a 1770, son las metrópolis efectivas de la América española.

27. Para la declinación de las curvas del tráfico en la *Carrera* entre 1680 y 1700 Véase *Cádiz et l'Atlantique*, (1651-1808).

28. Esta presencia no desaparece con la Independencia: da nacimiento a una toma de conciencia que puede llamarse panhispanismo. Para este punto de historia semi-política y semi-intelectual ver el extenso estudio de Van Aken (1959). *Pan-hispanism. Its origin and Development to 1866*.

En cambio, de 1700 a 1800, en la medida que España se recupera en todos los dominios realiza un esfuerzo administrativo, político y económico por restituírle un vigor más grande a la noción de imperio 29.

Se necesitaría hablar de una pujante reacción imperial en los años 60 y 80 del siglo XVIII. La reacción imperial de 1763 a 1765, en el *Old Empire* británico basta para provocar el levantamiento de 1776 a 1783. Se debe a que el *Commonwealth* británico de América ha alcanzado un punto de maduración mucho más elevado y a que el Imperio británico es mucho más exigente y más eficaz que el

29. En apoyo de esta gran apertura del Imperio español hay una abundante documentación. Sobre la apertura precoz del extremo sud-americano, hermosa cosecha trae E.W. Dahlgren, (1909). Algo más existe en los numerosos legajos de los Archivos de Indias: Indiferente General 2720, (Chaunu, t. VIII, pp. 1177-78, nota 1); en los Archivos de Asuntos Extranjeros de París hay precisiones entre otras, sobre el comercio inglés con las Indias en el *Asiento*; en la larga memoria de 1724, A.E. Mémoire et documents, Espagne; N° 32, folio 106 sq.: "el excedente de las grandes riquezas que vienen directamente (fo. 107 vta) de las Indias occidentales a Inglaterra son resultado de las mercancías(y pacotilla que los señores ingleses, al igual que los Directores de la Compañía del Mar del Sur, embarcan en los navíos del asiento; y por las que se depositan en Jamaica que es el depósito de todos los artículos que se venden muy ventajosamente tanto en Cartagena como en Veracruz"; más testimonio del rol de Jamaica, superior al de Caracas y de Aruba, en el desmantelamiento comercial del Mar Caribe; expresado en términos muy claros el rol bien conocido del navío tienda (*Ibid.*, fo. 109): "el permiso que tienen los ingleses para enviar directamente a las Indias occidentales un navío de 500 toneladas es infinitamente más perjudicial al comercio que las demás naciones tienen en las Indias españolas por el viaje de Cádiz, porque bajo pretexto de llevarle refrigerio a ese navío de 500 toneladas, mientras está en el puerto de Cartagena y de Veracruz, le llevan desde Jamaica muchas clases de mercancías que guardan en barriles y toneles, lo que hace que sus navíos no estén nunca vacíos y siempre provistos con todos los efectos que se venden más ventajosamente. Es notorio y público que los ingleses tienen una ventaja muy considerable sobre todas las otras naciones de Europa por el comercio directo con las Indias occidentales, del mismo modo que es de interés de estas mismas naciones de tomar el hecho y causa del Rey Católico y de usarlo para hacer valer su pretensión. (fo. 109 vta.) Y aún si (fo. 110) se necesitara darles a costa del comercio general que se hace por Cádiz hasta 200,000 piastras en cada partida de flotas y leones"

Imperio español. La reacción imperial de las últimas décadas del siglo XVIII no es suficiente para eclipsar al Imperio español. Se necesitará que se añada la acción combinada del catastrófico corte virtual de las comunicaciones, casi ininterrumpidas de 1796 a 1808³⁰, como consecuencia del olvido de Godoy de la máxima atribuida a Felipe II: *Guerra contra todos y paz con Inglaterra* (entiéndase la ruptura del *gentlemen agreement* que aseguraba al Imperio español, adjudicándole la mejor parte contra la Gran Bretaña, potencia marítima dominante), y consecuencia del derrumbe de la metrópoli de 1808 a 1814.

Se puede imaginar todavía otra fecha lógica para el fin de los imperios, la década de 1860, evidentemente un poco más tarde. En efecto, esta década es también la de la Guerra de Secesión, la de construcción de los ferrocarriles y de instalación de una potencia industrial en el Noreste de los Estados Unidos, el fin del verdadero tiempo colonial por el establecimiento en América de un auténtico polo americano de dominación. Es posible imaginarse que de pasar directamente de la dominación teórica de España a la dominación efectiva por lo menos parte de la América española se habría ahorrado esta era de conmociones que, de 1810 a 1880, es el signo concreto de una ruptura política prematura. En esta perspectiva, las Filipinas ofrecen el esquema de lo que lógicamente hubiera podido ser la evolución de la América española sin la catástrofe de la invasión napoleónica.

2. EL DERRUMBE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Lo que en efecto debe sorprender, y que a decir verdad es bien revelador, es que el Imperio español haya podido resistir tanto tiempo a la imprudencia de la alianza

30. Durante todo el período de la alianza de España con la Francia republicana e imperial, desde el Tratado de San Ildefonso (19 de agosto de 1796), con la corta interrupción de la paz de Amiens. El libro fundamental es todavía el de André Fugier (1930). También es útil revisar, del lado inglés, el estudio de Francis Armytage (1953).

francesa 31. De hecho, había sido poco afectado por el contagio de América del Norte, lejana en densidad de viajes,

31. La supervivencia a lo largo de todo el siglo XVIII de la presencia española en América se explica, también, por la prudente política de la Corte de Madrid y por la indolencia de su administración. Resulta esclarecedora la correspondencia diplomática de mediados del siglo XVIII (Ozanam, 1960). Entre 1741 y 1757, Versalles se encoleriza por no poder arrastrar contra Inglaterra a Madrid, siempre en retirada. La preocupación es permanente, casi estructural. Hay dos pasajes útiles en el tomo IV de las *Instructions*, un memorandum junto a las instrucciones del Conde de Vaulgrenant, de abril de 1749, al parecer de Bussy, anotado por el mariscal de Noailles: "como una consecuencia de la manera de pensar del Sr. Carbajal y del Ministro español, reunido al genio de la nación que tiene por principio *Paz con los ingleses y guerra contra todos*, el comercio de los ingleses tendrá siempre preferencia sobre el de los franceses".... "El zarpazo final no tiene gran importancia a menos que se use como ellos para convertirse en el amo de la España burocrática y de los jueces del comercio a través del dinero". Y Noailles, añade una nota: "Se queda persuadido que adoptan todos este proverbio", el mismo que el Duque de Alba, según la tradición, le adjudica a Felipe II: "Paz con los ingleses y guerra contra todos" (Ozanam, 1960: pp. 49-50).

Mejor todavía, la memoria remitida al Marqués d'Aubeterre, (27 de febrero 1757). Allí se analizan las causas de la política neutral española en el conflicto anglo-francés (Ozanam, 1960; p 82): "los ministros españoles después de haber afectado creer que las discusiones relativas a América de Francia con Inglaterra no significarían una ruptura entre las dos Coronas, enseguida quedaron convencidos que la guerra... se convertiría más viva y más larga si el Rey de España se pronunciaba a favor de Francia. Partiendo de este principio real o supuesto, la corte de Madrid ha adoptado un sistema de neutralidad y de inacción tan favorable a Inglaterra como peligroso para Francia. (Ozanam, 1960: p. 91). Este texto contiene, además, una confesión implícita. Para conservar América, España, parcialmente derrotada, escogió el compromiso que entregaba las Indias al comercio de la potencia marítima dominante, quedándose con el control político y con un beneficio mínimo. En la segunda mitad del siglo XVII, según la correspondencia de Catalán (A. N. A. E. B. 1, 211,212,213), se sigue el juego holandés. En el siglo XVIII, después del episodio estruendoso del *condominium* franco-español de 1701 a 1713... el compromiso inglés. La cólera de Versalles no podrá nada por largo tiempo. Hasta que España por olvidarlo un instante recibió la reprimenda de la toma de La Habana en 1762. La advertencia es escuchada durante 20 años y la intervención tardía de la América inglesa en la guerra de la Independencia le aporta al Imperio español un éxito inmediato, cargado de molestas consecuencias.

en distancia de tiempos, en afinidad más lejana que cualquier punto de Europa 32. Tampoco fue muy afectado por la revolución Francesa. El ejemplo de Haití pudo revelar concretamente a los criollos el peligro que ésta significaba para una sociedad basada en un complejo étnico social de dominación. La piadosa sociedad americana se había escandalizado por las pasiones anticristianas de la Francia revolucionaria. Sin embargo, resulta sorprendente que el Imperio, debilitado por la reacción metropolitana de los últimos años del siglo XVIII, haya podido atravesar una década en la que de hecho las comunicaciones estuvieron cortadas (1797-1808), y reaccionar con un movimiento fidelista al anuncio del derrumbe de España y resistir todavía por largo tiempo a los requerimientos de los agentes provocadores de la Francia napoleónica.

3. GUERRA CIVIL Y DOBLE INDEPENDENCIA

Al término de estas acciones combinadas, cuando estallan los movimientos separatistas hacia 1810-1811, es necesario precisar bien que en ningún caso se trata de conflictos entre colonias y metrópoli, por una razón muy simple, y es que desde hace 15 años la metrópoli está ausente; y que no estará presente hasta 1814-1816. Las guerras impropriamente llamadas Guerras de la Independencia no son otra cosa que guerras civiles de América. Oponen a elementos fidelistas y elementos patriotas. Al mismo

32. Es necesario recordar la mediocridad estructural que hasta la crisis de los años 30 en el siglo XX tuvieron las comunicaciones Norte-Sur a todo lo largo del continente americano, en comparación con las comunicaciones Oeste-Este y Este-Oeste..., relaciones a lo largo de los paralelos que durante largo tiempo le dieron una base a los imperios transatlánticos. La mediocridad de las comunicaciones entre América española y América anglosajona, entre las dos Independencias, en la confluencia de los siglos XVIII y XIX, tiene un buen testimonio indirecto en los estudios de Robert Sidney Smith (1934) y Chaunu (1963: t. VIII, pp. 724-726).

Se apreciará la insignificancia que en esta Nueva España aparentemente próxima -aunque es una ilusión- tiene hasta 1808 todo lo que procede de los Estados Unidos y su mediocridad hasta muy después de finalizada la Independencia hispanoamericana.

tiempo revelan la geografía profunda del Imperio. Los movimientos separatistas triunfan inmediatamente en el Río de la Plata; en Venezuela no ceden sino a una presión intensa del ejército español, el único lugar donde tuvo posibilidad de actuar. Río de la Plata y Venezuela son los dos sectores más maduros, donde desde hacía tiempo la presencia de España no era sino virtual. El movimiento separatista finalmente vence en Chile, pero con ayuda extranjera: las tropas *rioplatenses* de San Martín. Fracasa en México, donde los movimientos políticos radicales de Hidalgo y de Morelos, comprometidos más que ayudados por su filo-indianismo verbal, a decir verdad puramente teórico y totalmente ineficaz, sucumben ante las fuerzas fidelistas, -que allí son particularmente conservadoras-, a la cabeza de las cuales se destaca la figura de Itúrbide (Robertson, 1952). En lo que concierne al núcleo sólido del eje andino) éste no se mueve. Por el contrario proporciona fuerzas para la reconquista que hacia 1816 y 1817 casi está terminada en todo lugar, con la sola excepción del Río de la Plata, definitivamente perdido. Y es que en el Perú, Hidalgo y Morelos se llaman Tupac Amaru. El recuerdo de la masacre de 1780-1781, las masas vibrantes de indios cuya aparente apatía disimula una extraordinaria capacidad de odio y de legítimo rencor, la posición extremadamente minoritaria de los criollos, su hispanidad sin compromiso y el beneficio que por mucho tiempo obtuvieron de las vinculaciones imperiales bastaban para asegurar la fidelidad al Imperio.

Los años 1810-1817 permiten medir el alcance muy limitado de las fuerzas auténticamente secesionistas, su insignificancia casi general que sin las conmociones provocadas por la invasión napoleónica le hubieran asegurado al Imperio largos años de permanencia.

El Brasil no escapa a este esquema. La rebelión de los 90 días de Recife contra el poder legítimo del Imperio, replegado a Río, muestra hasta que punto son minoritarias las fuerzas separatistas, allí como en todo lugar 33.

En realidad, las estructuras sociales de Brasil aseguran el conservadurismo de la minoría blanca 34.

Es a una segunda ola que América Latina debe lo que se conviene en llamar su Independencia. En casi todas partes la idea de la ruptura une a las mayorías criollas inmediatamente después de la revolución liberal que en 1820 afecta a la península ibérica. Es innecesario recordar que el cisma brasileño-portugués se hizo sin violencia., Brasil consigue la independencia *de facto*. El escándalo y la afirmación *de jure* se producen cuando los liberales en el poder, esos reformistas liberales que también son imperialistas, desean restablecer entre Portugal y Brasil las relaciones de metrópoli a colonia que éste ya no conoce desde 1808.

En México, William Spencer Robertson ha mostrado en términos muy claros el cambio de los fidelistas vencedores y el triunfo de la revolución conservadora con Itúrbide, (Robertson, 1929; Delgado, 1949; 1950a y 1950b). En cuanto a la secesión final del Perú se logra *in extremis*, con una invasión de tropas extranjeras del Norte y del Sur, contra la voluntad de la mayoría de la población criolla, es decir contra la mayoría de la población consciente. El vacío de poder en España, y la oposición formal de Inglaterra que se cree beneficiaria en la operación, -el testimonio poco sospecho de James Paroissien muestra

33. Los disturbios estallan, además, en la parte más expuesta a las influencias exteriores porque son las más próximas a Europa, en esta zona de Recife, donde es vivo el recuerdo y tangibles las pruebas de la fecunda Presencia holandesa.

34. Alexander von Humboldt en 1823 le atribuye al Brasil 920,000 blancos frente a 260,000 indios, 1'960,000 negros y cerca de 800,000 mulatos y zambos (Humboldt, 1825: t. I, pp. 203) ...es decir un poco menos del cuarto del cuarto del conjunto de la población, porcentaje bastante similar al de Nueva España, a medio camino de los extremos de La Plata muy blanca y de los dos Perús, donde los blancos son todavía menos numerosos, del 13 al 15% solamente. Tal vez ésta es una circunstancia agravante para el Brasil, donde la mayoría dominada es negra, en consecuencia más robusta y menos dócil.

que no tardará en desengañarse 35- le impide ir en auxilio de sus fieles provincias de América 36.

ESTAS explicaciones no suprimen el esquema clásico. Se añaden a él sin recortarlo. Tienen la ventaja de explicar mejor el siglo de conmociones que, desde comienzos hasta fines del siglo XIX, llevan al continente ibero-americano del esplendor de los últimos tiempos coloniales a la dura condición de continente subdesarrollado. En buena cuenta es necesario esperar la mitad del siglo XX para que, finalmente, América Latina parezca estar en condiciones de separarse del universo de los pobres para levantarse, penosamente, hacia la envidiable posición de los *beati possidentes* del siglo XXI.

35. Se conoce el papel desempeñado por Jacques Paroissien, descendiente de hugonotes, en la política inglesa frente a la América española en el momento de la Independencia. Al respecto consúltese el libro de R.A. Humphreys (1952). *Liberation in South America: 1806-1827. The Career of James Paroissien*, donde se exponen las pruebas tangibles de una inmensa decepción en el ambiente de negocios inglés, cuando les aparece claramente al final de cuentas que la América independiente reunida les rinde menos que la próspera América colonial. Estadísticas para una apología. 36. Es cierto que España al quedarse con Cuba, no perdía todo. . . 30 a 35% del tráfico en los años que precedieron a la ruptura. Al conservar la gran isla productora de azúcar y de tabaco, 60 años más tarde España podía adormecerse con las mismas ilusiones de Francia, al día siguiente del tratado de París (1763), consolada de la pérdida de los "arpendes de nieve" por la garantía de la perla azucarera de Santo Domingo. Se comprende así el esfuerzo realizado para conservar Cuba.

REFERENCIAS CITADAS

- ALBA, Víctor
1960 *Ideas sociales contemporáneas en México*. Fondo de Cultura Económica. México. 473 pp.
- ARMYTAGE, Francis
1953 *The Free Post System in the British West Indians. A Study in Commercial Policy, 1766-1822*. Longmans Green and Co. London, N. Y., Toronto. 176 pp.
- CHAUNU, H. Z. P.
1954 "Pour une histoire sociale de l'Amérique espagnole coloniale". *Revue Historique*. Vol. II, pp. 309-316. París.
1963 ms *Cádiz et l'Atlantique 1651-1808*. París.
1955-1960 *Séville et l'Atlantique*. 11 vols. París.
- DAHLGREN, E. W.
1909 *Les relations commerciales et maritimes entre la France et les côtes de l'Océan Pacifique* (Commencement du XVII^e siècle). París. XVI, 740 pp.
- DELGADO, Jaime
1949 "La misión de México de don Juan O'Donaju". *Revista de Indias*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. N° 35, pp. 25-87. Madrid.
1950 a. "La pacificación de América en 1818". *Revista de Indias*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. N° 39, pp. 7-68, N° 40, pp. 263-320. Madrid.
1950 b. *España, México en el siglo XIX*. 3 vols. Madrid. 1622 pp.
- DUPRONT, Alphonse ,
1951 "Histoire et Paix". *Revue Historique*. Tomo CCV, pp. 29-66. París.
- FUGIER, André
1930 *Napoleón et l'Espagne*. 2 vols. París. XLIV + 406 pp. y 494 pp.
- GUINARD, Paul J.
1957 "Le livre dans la péninsule ibérique aux XVIII^e e siècle. Temoignage d'un libraire Français". *Bulletin Hispanique*. Vol. LIX, N° 2, pp. 176-198. París (abril-junio) .
- HUMBOLDT, Alexander von
1825 *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*. 2da. ed. Antoine A. Renouard. París.
- HUMPHREYS, R. A.
1952 *Liberation in South America: 1806-1827. The Career of James Paroissien*. University of London. XII + 177pp.

- KNAPP Jr., Frank Averill
 1951 *The Life of Sebastián Herdo de Tejada. A study of influence and obscurity*, Latin American Studies XII, University of Texas Press, Austin. XII, 292 pp.
- KONETZKE, Richard
 1946 "El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispano-americana durante la época colonial". *Revista de Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Año VII, Nº 23, pp. 7-44 Y 216-237.
 1950 a. "La condición legal de los criollos y las causas de la independencia". *Estudios Americanos*. Nº 5, pp. 31-54.
 1950 b. "Estado y sociedad en las Indias". *Estudios Americanos*. Nº 8, pp. 33-58.
 1951 a. "La formación de la nobleza en Indias". *Estudios Americanos*. Nº 10, pp.
 1951 b. "Die entstehung des adels in Hispanoamerika während die kolonialzet". *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*. Band. XXXIX, pp. 215-250. Berlín.
 1953 Colección de documentos para la historia social de Hispanoamérica. Vol. I (1492-1692). Madrid. XXX + 671 pp.
- LEONARD, Irving
 1953 *Libros del Conquistador*. México. 400 pp.
- LYNCH, John
 1958 *Spanish colonial administration 1782-1810. The Intendant System in the Vice royalty of the Rio de la Plata*. The Atholone Press, California. XI + 335 pp.
- MEDINA, José Toribio
 1955 *La Historia del Tribunal de la Inquisición*.
 1956 *La Historia. . . de Lima*. XV, + 333, 530 pp. (Prólogo a Marcel Bataillon).
- MEIJIDI PARDO, Antonio
 1960 *La emigración gallega intrapeninsular en el siglo XVIII*. Monografías histórico-sociales, Vol. VI. Instituto Balnes de Sociología. Madrid. XIV, 145 pp.
- METRAUX, Alfred
 1961 *Los Incas*. París. 192 pp.
- MORELOS PADRON, Francisco
 1955 *Rebelión contra la Compañía de Caracas*. E. E. H. A. Sevilla. 146 pp.
- OZANAM, "Didier
 1960 *Instructions aux ambassadeurs-Espagne*. T. IV. Centre

Interpretación de la Independencia 153

- National de la Recherche Scientifique. París. X + 123 pp.
- PEREZ BUSTAMANTE, C.
1941 "Las regiones españolas y la población de América (1509-1534)." *Revista de Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Año II, Nº6, pp. 81-III + 12 mapas. Madrid.
- RIPPY, J. Fred
1929 *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America* (1808-1830). Baltimore. XI-332 pp.
- ROBERTSON, William Spence
1929 *The Life of Miranda*. Chapel Hill.
1939 *France and Latin American Independence*. Baltimore. XVI-626 pp.
1952 *Iturbide of Mexico*. Duke University Publications. Durham. X-359 pp.
- RODRIGUEZ ARZUA
1947 "Las regiones españolas y la población de América (1509-38)". *Revista de Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Año VIII, Nº 30, W. 695-748. Madrid.
- SANCHEZ BARBA, Hernando
1958 *Historia social y económica de España y de América. (Burguesía, Industrialización, Obreroismo)*. Vols. Ed. Teide. Barcelona.
- SERRAILH, Jean
1953 *L'Espagne éclairée*. C. Klincksieck. VI + 779 pp.
- VAN AKEN, Mark J.
1959 *Pan-hispanism. Its origin and development to 1866*. California Publications in History, Vol. 63. University of California Press. Berkeley. XII 156 pp.
- WHITAKER, Arthur Preston
1941 *The United States and the Independence of Latin America. (1800-1830)*. Baltimore. XX-632 pp.
1951 "The Elhuyar mining missions and the enlightenment", *Hispanic American Historical Review*. Tomo XXXI, Nº 4, pp. 557-585. New York.
1955 "La historia intelectual de Hispanoamérica en el siglo XVIII". *Revista de Historia de América*. NQ 40, pp. 553-573. México.
1961 *Latin American and the Enlightenment*. 2da. ed. Great Seal Books, a division of Cornell University Press. Ithaca, N. Y. XV-156 pp.

La participación de las clases populares en los movimientos de Independencia de América Latina

Pierre Vilar

INTRODUCCION

Las tres fases del problema 1. De fines del siglo XVIII a comienzos del XIX: en su conjunto el acceso de América Latina a la Independencia se debe a Una *acción de minorías*; sin embargo, entre los casos excepcionales de Haití, donde los esclavos toman el poder, y de las Antillas Españolas, donde la burguesía en pleno desarrollo rehúsa cortar los lazos con la metrópoli, se dan todos los casos intermedios; que son muy instructivos.

2. En el siglo XIX, América no está aún totalmente liberada e incluso, se ve amenazada (México, Panamá); las dos guerras de Cuba (1868, 1895), ya implican una intervención popular muy activa en la liberación. 3. En el siglo XX el desarrollo desigual tanto en el seno de América Latina como frente a las grandes potencias (especialmente EE. UU), establece las diferencias entre Independencia *real*; provocando , *a nivel de las masas*, el sentimiento de una relación entre las desigualdades sociales y las dependencias *económicas* del grupo nacional,

* "La participation des classes populaires-masses et cadres-aux mouvements d'indépendance nationale, en Orient et en Occident. Le cas de l'Amérique Latine". *Trabajo presentado al IV Congreso Internacional de Ciencias Históricas*. Viena, 1965.

con sus implicaciones políticas.

Sólo las dos primeras fases han sido estudiadas en numerosos trabajos históricos. Nuestro tema nos impone algunas reflexiones sobre la última.

I

LAS INDEPENDENCIAS CLASICAS. FINES DEL SIGLO XVIII Y COMIENZOS DEL XIX

PRIMERA PARTE: *Composición social de las masas, composición social de los movimientos.*

1. Composición social de las masas

A. Algunas observaciones sobre las fuentes.

a. *Interés de las fuentes jurídicas:* Ofrecen la distribución, por países, del número de blancos americanos, blancos europeos, negros libres, negros esclavos, indios, mestizos, etc. Señalan las consecuencias del desarrollo demográfico de cada grupo. Algunos cuadros urbanos precisos (Buenos Aires, La Habana), evocan hechos sociales fundamentales.

b. *Interés de las fuentes jurídicas:* por ejemplo la "*Colección de Documentos*" de Richard Konetzke. Señalan: la "protección" de los indios y la realidad colonial; el problema de los matrimonios mixtos y los nacimientos ilegítimos, los problemas de la "pureza de sangre" confrontados con las necesidades del siglo; la esclavitud y el "código negro"; los conflictos entre blancos, la "reacción colonial" española del siglo XVIII.

c. *Interés de las fuentes administrativas y políticas:* las "Memorias" de los virreyes y visitadores, la literatura española sobre la cuestión colonial, (Cf. los trabajos de Muñoz y Ezquerro) demuestran la viva u conciencia de los "vicios" coloniales. ¿Pero a quién se les imputa? ¿A los criollos, a los españoles?

d. *Interés de las fuentes económicas:* el ejemplo venezolano (los trabajos de Arcila Farías y Brito Figueroa) prueba que se puede reconstituir de muy cerca las

estructuras económico-sociales, y ciertos aspectos de la *coyuntura* del siglo XIX. Se necesitaría ir más lejos en el estudio de esta última: enriquecimientos, empobrecimientos, a largo, medio y corto plazo, explicando a la vez los *mecanismos* y la *cronología* de los conflictos latentes y las explosiones brutales entre metrópoli y colonias, entre grupos y clases.

B. *Grupos raciales, clases y categorías sociales, masas y minorías.*

a. LA MASA INDIA

1º. El rol de la presencia de los *indios bravos* en el Norte, en el Sur y en el corazón de los grandes dominios colonizados; las "misiones" progresan en el siglo XVIII pero provocan reacciones (Paraguay 1717-1735) y las de los Jesuitas desaparecen.

29. *Los grandes problemas indígenas* se plantean allí donde las comunidades rurales indias configuran el núcleo de la población: México, Perú, regiones andinas que corresponden a las de los antiguos y grandes imperios pre-hispánicos.

39. *Las cuestiones sociales fundamentales* comunes a la población indígena son:

La lucha por la tierra (trabajo del Prof. Juan Friede)
La reducción de los indios a *mano de obra agrícola semiservil* (*peonaje*)
Las tres formas de *trabajo forzoso*:
repartimiento de los jornaleros agrícolas a diversos propietarios.
mita o movilización de la mano de obra, especialmente para las *minas*.
obrajes (operarios forzados y prisioneros por deudas)

Las *cargas fiscales* caen especialmente sobre el indio: *tributo* discriminatorio (pagado solamente por el indio)
Venta forzosa o "*repartimient*": de productos vendidos a precios arbitrarios por los corregidores o funcionarios coloniales locales.

Conclusiones: la contradicción social fundamental (propiedad-trabajo) se da entre indios y criollos, allí donde los indios son mayoría.

La responsabilidad inmediata de las exacciones (fiscalidad, trabajo forzado, represión) corresponde a las autoridades coloniales.

Es pues difícil que se establezca automáticamente una alianza de indios y criollos contra españoles o una alianza de indios y españoles contra los criollos.

¿Existe la posibilidad de una *resistencia indígena, autónoma y global*, enmarcada por autoridades de tipo antiguo (curacas, caciques, etc.) y con invocación al pasado pre-hispánico? La respuesta de los hechos se da en las rebeliones importantes y repetidas del siglo XVIII, de 1737 a 1815; pero tales rebeliones sólo consiguen la unidad de los blancos en su contra y no triunfan.

Sin embargo, en el curso de los movimientos independentistas se formularán llamados a los indios: el caso de México es el más típico; ¿significa acaso un signo de cambio?

b. LA MASA DE MESTIZOS

Su número aumenta; en su mayoría crece en el interior de las clases bajas y tal vez es más independiente que en los cuadros antiguos, el mestizo es menos pasivo. Su papel es importante en las rebeliones fiscales del siglo XVIII y en la preparación de la rebelión de México en 1810.

Hay también grupos mestizos bastante densos y originales: “gauchos”, “llaneros”; que tendrán sus propios jefes; se dividirán entre españoles e independientes (Venezuela) o bien tendrán su concepción particular sobre la independencia (“Facundo”).

Uno puede preguntarse: ¿Existe una “clase media” de mestizos? ¿Se dan casos de ascenso social? ¿En qué condiciones?

c. LA MASA DE NEGROS

La esclavitud es el corte de clase por excelencia: lucha en la forma de revueltas, de cimarronería, envenenamientos y suicidios. En el seno mismo de la esclavitud se dan matices (negros nacidos en la colonia, negros domésticos e intendentes), especialmente entre esclavos y libertos, "negros libres", algunas veces muy pobres, y otras enriquecidos (Cf. La clase de los libertos en la rebelión de Haití).

El impacto de la rebelión de Haití sobre el mundo negro americano parece más fuerte de lo que hasta ahora se ha dicho (rebeliones más conscientes; negros en los complots políticos, "carmañolas" americanas, ayuda de Petion a Bolívar), pero el efecto indirecto, negativo, del miedo de los blancos también es considerable (Cuba).

d. LA MASA DE BLANCOS Y SUS DIVISIONES

Los blancos resultan demasiado numerosos en el siglo XVIII para que todos puedan esperar una "encomienda" como en el tiempo de la Conquista.

Todos se creen de raza *superior*. Pero no todos pertenecen a la clase *poseedora*. Muchos de sus grupos se disputan el rol de *clase dirigente*.

1. *El conflicto mayor* reside entre las *altas clases criollas* que quieren el *Estado* (incluso si hablan de "la libertad") y la *reacción colonial* española que quiere más y más todos los cargos. Pero no faltan *conflictos menores* entre "hacendados", mineros, "negociantes"; entre viejas capitales (Lima, México) y jóvenes plazas marítimas (Buenos Aires, Veracruz).

Estos conflictos menores y el conservadorismo social determinan que la oposición de las clases criollas (incluso después de la ocasión de 1808) sea *prudente* y también *equivoca*.

2. La existencia de *clases medias* criollas es tal vez lo que hace el conflicto más revolucionario y más ideológico

- - - - -

esto debe compararse con el rol de la "mesocracia" (Domingo Ortiz) en el despotismo ilustrado (pequeña nobleza, clero medio, burguesía ascendente); los medios afectados son: ciertas *Universidades* (Chquisaca), el *clero medio*. (amenazado por Godoy con la "desamortización" de sus bienes) los *funcionarios de los organismos económicos* (consulados), las *milicias*, organizadas en las ciudades por categorías sociales, pero sin apertura a los altos grados del ejército regular). Ahí se descubre la "intelligentsia" de los "precursores". No se puede hablar de "masa"; pero tampoco se trata de una pequeña minoría aristocrática ni rica.

3. La presencia de las *clases inferiores de blancos europeos* (América Española) o de los "pequeños blancos" (Haití) cumple también un papel. Los "pequeños blancos" de Haití intentarán una revolución tanto contra los grandes propietarios como contra los negros. Los *inmigrantes recientes* (regionalmente distintos: gallegos, catalanes, vascos, canarios) son despreciados por los "americanos" a quienes, a su vez, desprecian, tanto más ya que no les queda esperanza alguna de verdadero ascenso social. En 1806 todo Buenos Aires lucha contra los ingleses; pero, en 1810, ante la orientación autonomista de los dirigentes criollos y de los intelectuales, el alcalde Alzada y sus batallones de vascos, gallegos y catalanes se alinean en favor de España. Es así como las combinaciones en la base son numerosas entre los grupos diversos por sus orígenes y por sus funciones.

Si la *guerra civil* se transforma en *guerra nacional* y *patriótica* es que la pretensión del *Estado* de las minorías criollas de clase alta se transforma en *mística de la patria*, por la acción de una "intelligentsia" que tiene la esperanza romántica de tomar la dirección moral y de encontrar en la política un medio de ascenso social (inexistente en el sistema colonial, en especial después que el clero influyente deja de reclutarse en el lugar).

Tales circunstancias a menudo son válidas en todas las liberaciones nacionales. ¿Pero dónde es que estas minorías encuentran tropas para la victoria?

2. Composición social de los movimientos.

A. Síntomas y "precursores" de los movimientos de liberación.

P. Chaunu ha denunciado la fiebre "de movimientos precursores." que haría de todo incidente del siglo XVIII el antecedente de 1810. Es evidente que ninguno de estos incidentes -o de estos personajes llamados "precursores" - prefigura completamente el movimiento de la Independencia. Pero es raro que no revele alguno de sus componentes.

a. Las grandes rebeliones indígenas en 1737, en 17 provincias; en 1738 en Oruro, etc. Hasta la gran rebelión de Tupac Amaru, (1780) son todas rebeliones sociales, que se apoyan en los restos de la organización indígena y en recuerdos históricos; en la base, toman forma de una *sublevación*, es decir que atentan contra los bienes de los criollos, quienes no pueden sino formar un cuerpo común con la represión española. Pero, en el espíritu del promotor, se trataría mas bien de una revuelta *anti-colonial*-el incidente originario: se ahorca un "corregidor" y José Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru) lanza un llamado de Solidaridad a los criollos. Si el movimiento suscita excepcionalmente simpatías lo hace en las clases urbanas, ¿entre los intelectuales?, ¿entre los mestizos? En Quito, Espejo admira el movimiento. ¿Es una excepción? Se puede observar que 30 años más tarde, los intelectuales revolucionarios de La Paz no parecen acordarse que esta ciudad sufrió un asedio terrible en la segunda fase de la insurrección. ¿Cómo justificar, entonces, por el recuerdo de la insurrección, el hecho que el Perú quedara como bastión de la resistencia española? Es cierto que en el intervalo los españoles reaccionaron según los modos clásicos del colonialismo: lucha contra todo recuerdo incaico, ensayo de asimilación por la lengua (contrariamente a la actitud anterior), escuelas para los hijos de los "curacas" (que preceden a Faidherbe) fundadas por el obispo de Trujillo, Martínez Compañón.

b. *Las rebeliones anti-fiscales* lo son efectivamente de la "multitud", de la "plebe". En Quito, en 1765, los ministros de la Audiencia y los "Nobles de la Ciudad" deben refugiarse en las iglesias para no ser masacrados. En Santiago de Chuco, en 1773, este pueblo de "fuerte población, "con muchos mestizos" incendia la casa del "corregidor", mata a sus sirvientes, lo obliga a refugiarse en la Iglesia, lo hace prisionero. *La rebelión contra la autoridad colonial* es bien evidente; pero en este período también se vuelve bastante rápido contra las altas clases criollas.

La sublevación de los "Comuneros de Socorro" en 1781 es una marcha sobre la capital, Bogotá, *con el fin de "acabar con las administraciones"*. A su paso levanta a 16,000 aldeanos, a una banda de indígenas provista de armas improvisadas o primitivas, pero tan unánimes que logran desbandar a las primeras tropas de represión. La ciudad de Bogotá se inquieta, se dice que "la plebe" urbana considera a los rebeldes de los pueblos como sus "redentores y amigos". Se asustan las clases criollas, medias y superiores pero no tienen buena conciencia ante el movimiento y desprecian la cobardía de los falsos funcionarios coloniales, responsables, a la vez, de las exacciones fiscales y de los reveses de las fuerzas del orden. Sin duda alguna este levantamiento de pueblos en cadena, que amenaza a una capital, es el que mejor anuncia al México de 1810.

c. *Las rebeliones contra ciertos aspectos del monopolio comercial* tienen su modelo en las agitaciones de 1749, en Venezuela, contra la Compañía Guipuzcoana de Caracas. El agitador, un canario del interior, impulsado tal vez por la aristocracia terrateniente y seguramente seguido por elementos populares afectados por el monopolio de la Compañía, trata de levantar al país contra ésta y contra los administradores vascos que le son solidarios. Es útil notar que, en 1811, el primer gobierno autónomo venezolano reivindicará la memoria de este "jefe de hombres gallardos que pretendieron

entonces sacudirse del yugo mercantil de la Compañía y de los españoles".

En cuanto a los intelectuales reconocidos como "*precursores*" de la Independencia, sus quejas son a menudo las mismas que las de los insurgentes del siglo XVIII, si bien las expresan más en el lenguaje de los filósofos y de la Revolución. Se apasionan, en particular Miranda, por el recuerdo de estos movimientos que confirmaron la justicia de su causa y que les prometían tropas.

Este es el comienzo de un *llamado a las masas* y de la noción de "*patria*" que se aplica tanto a la América entera como al cuadro político más familiar "*patria*" que debe englobar a todos los "americanos", indios y mestizos, hasta el punto que los símbolos escogidos a menudo son figuras de indios y que el movimiento reivindica las clásicas quejas de los vencidos contra los españoles -lo que de parte de los criollos resulta ser el colmo de la inconsecuencia. De hecho, incluso en el siglo XVIII, y hasta 1810, subsisten las contradicciones fundamentales entre indios y criollos. Pero la idea de los "precursores" no deja de ser "sincera". Y es *progresiva*, en el sentido que hace un llamado a la unidad de las víctimas de la última forma del sistema colonial. Es inútil añadir que no puede cumplir con todas sus promesas.

B. *Composición social de los movimientos: los casos de 1808 a 1826.*

El interés del análisis reside en la diversidad de las combinaciones:

a. *México*. Da el ejemplo de una *sucesión* de combinaciones diversas entre lo social y lo nacional:

1) En 1808, elementos dirigentes de México empujan al virrey a proclamarse independiente de Madrid. Algunos intelectuales convocan un "Congreso" constitucional mexicano; pero un sector de las clases altas y las autoridades tradicionales imponen su fidelidad a la metrópoli.

2) En 1810, un complot de militares y de clases medias, a punto de ser descubierto, desemboca en la iniciativa del "Cura Hidalgo", quien desencadena una formidable marcha pueblo por pueblo, logrando reunir hasta 80,000 combatientes populares: indios, mestizos, soldados pasados a las filas de la insurrección. Las clases dirigentes de la capital y las autoridades españolas. llegan a vencer militarmente esta insurrección masiva que, sin embargo, sobrevive en la _forma de guerrillas y de zonas disidentes, aunque bajo la dirección de otro cura de pueblo, el mestizo Morelos. Se llega a proclamar una Constitución. Pero Morelos también es derrotado y la disidencia pierde casi todo su terreno.

3) Ahora bien, cuando en 1821 se cumple en España una revolución liberal, la fracción conservadora de los dirigentes mexicanos decide la ruptura con la metrópoli y realiza la unidad (al menos provisoria) con los últimos disidentes del movimiento de 1810.

b. *El Alto Perú. En Chuquisaca y La Paz* la iniciativa corresponde a las clases medias, a los "doctores", estudiantes, juristas de la Universidad de Chuquisaca y al lado de las quejas que recuerdan a las de 1780, se ven aparecer a la vez la palabra "*patria*" y la palabra "*pueblo*" (Junta Protectora de los derechos del pueblo y no, como en otros lugares, de "Fernando VII") Pero, Morillo, jefe del movimiento, es ejecutado. Hubo debilidad militar, traiciones, falta de unidad. No parece que las masas populares hayan sido activas.

c. *El caso de Quito*. Allí la aristocracia criolla frustrada juega un rol decisivo, con los Montúfar y sus rivales de otras casas nobles. Se trata de "nobles" ilustrados que se apoyan en el recuerdo de Espejo y en la confusión entre reivindicaciones de lo alto y quejas populares. "En Quito, escribe Quiroga, secretario de la primera Junta, *hemos sido considerados como bestias de carga. Ni los méritos, ni la virtud, ni el nacimiento, ni el talento han recibido su recompensa...*" Es evidente que no son aquellos cuyo nacimiento no fue honrado con la distribución de altos puestos los que fueron tratados como bestias de carga! Pero la confusión es bien característica.

Ahora bien, no es este tipo de llamado el que arrastra a las multitudes populares; es la ceguera de una represión que después del fracaso de la Junta aristocrática y moderada pronuncia 46 condenas a muerte y aplasta con cargas y sanciones a los pueblos y barrios populares. Entonces se desencadena la *reacción defensiva* de la masa y el 2 de agosto de 1810 es la noche trágica en la que el pueblo de Quito combate como el de Madrid el 2 de mayo. El clero justifica la reacción popular, limita la represión. Y una segunda fase con dirección aristocrática desemboca en un nuevo fracaso, tanto militar como político. El apoyo popular a los dirigentes, sobre todo en la compañía indígena, fue desigual y discontinuo. En la cima han actuado las querellas de clanes y de categorías. Además, ¿de qué "patria" se trata? ¿Del "estado" de Quito? ¿De su deseada "confederación" con la Nueva Granada? ¿De la "América" entera? Los fracasos se explican también por esta falta de claridad.

d. *El caso de Nueva Granada (Bogotá)*. Nuevamente son los matices los que interesan a nuestro tema. En las esferas moderadas de la capital, un hombre como Camilo Torres se proclama "tan español como los hijos del Rey Pelagio" y como tal predica la libertad, a la vez que desdeña a la masa indígena. Pero, en los hechos, cada pequeña ciudad toma la iniciativa de su propia liberación. Socorro, la ciudad de los Comuneros de 1781, es la primera en hacerla. Antioquia funda una república autoritaria y avanzada que cancela la esclavitud. Coro continúa siendo realista. Este "cantonalismo" es democrático, aunque incoherente. Y es nuevamente el fracaso.

e. Venezuela, de 1810 a 1815 es también un fracaso por falta de cohesión entre la voluntad política de una minoría y la espontaneidad popular.

La iniciativa es aristocrática y la dirección seguirá siéndolo, pese al tono jacobino de la "Sociedad patriótica" del joven Bolívar. Los "cabildos", incluso "ampliados", son una representación minoritaria. Por eso se puede predicar demagógicamente contra ellos (como lo hacen los religiosos después de la catástrofe de 1812).

Este primer fracaso desemboca en la invención de la "*guerra a muerte*"; a la que Bolívar le da un sentido matizado pero claro: la guerra no es civil, la revolución no es política; se trata de una *guerra contra el extranjero*; la distinción reside en los *grupos nacionales*: españoles y americanos.

En lo inmediato los hechos desmienten esta distinción. Boves, español y guerrillero de talento, arrastra la masa de caballeros "llaneros" (mestizos "pardos") contra la aristocracia criolla de la insurgente Caracas. Las investigaciones de Carrera-Damas prueban que difícilmente se puede hacer de Boves un precursor social. Es un *jefe de banda* que aplica un método impuesto por los hechos y que se apodera de unos bienes vacantes. Siempre queda el hecho de que bandas masivas, populares, no sintieron *desde el comienzo* la solidaridad venezolana. Para que la situación cambie es necesario que los "llaneros" encuentren jefes anti-españoles en sus propias filas.

f. El *caso de Chile* muestra que en la parte urbana y viva de un país poco poblado, una primera experiencia de libertad política pudo durar casi tres años y realizar una obra importante, pese a las disensiones entre dirigentes. Pero, desde que los españoles contrataron, la cohesión del poder, y de la masa no fue suficiente. En la represión después de la derrota se cimenta, para un próximo porvenir, el hecho nacional. Las "guerrillas" apoyarán a los libertadores que vendrán de más allá de los Andes.

Es así como los primeros cinco años la Independencia son un fracaso en casi todos los sitios. Esto significa sin duda que la ocasión generada por el vacío de poder ocurrido en la metrópoli sorprendió la formación

de las "patrias" americanas en un estado de evolución todavía imperfecto. Sin embargo, ciertas independencias pudieron mantenerse. Y todos los fracasos de 1815 serán superados y ello en el momento mismo en que España puede reaccionar militarmente. De hecho, *la maduración hecho nacional se realiza en la lucha*. En efecto, la cohesión entre masas y minorías a menudo no es sino *una consecuencia de la represión*. ¿No es acaso la verificación de un hecho general que el sentido de grupo es *ofensivo* entre las minorías en el poder (o que quieren estarlo)? En la masa es *defensivo* y es menos continuo por ser menos razonado.

g. *El caso de La Plata y la fase victoriosa de la Independencia*. La evolución de Buenos Aires entre su resistencia contra los ingleses en 1806 y el "Cabildo abierto" del 15 de mayo de 1810, considerado como el punto de partida de la Independencia, es la historia esencialmente *política* de minorías *urbanas* con diferentes intereses e ideologías.

Lo que sí resulta original es la *energía militar* del grupo victorioso, que muy rápidamente envía tropas hasta los Andes y reprime duramente las resistencias.

Esto no suprime las disidencias, que parecen ser de naturaleza variada: la autonomía de Paraguay es exigida y asegurada por una minoría aristocrática de la capital, Asunción; la originalidad del Uruguay, aunque sólo se impone difícil y tardíamente, se afirma desde el comienzo por la movilización de las masas rurales, relativamente coherentes, bajo la dirección de Artigas. *Dominación urbana, dominación rural*: esta dualidad dominará el porvenir de los estados de La Plata.

PERO la originalidad de la fase victoriosa de la Independencia - 1816-1826- es su carácter esencialmente *militar*. Son las *campañas* de San Martín, de Bolívar, de Sucre las que en adelante decidirán la suerte de los nuevos Estados.

Los problemas a estudiar, desde nuestro punto de vista, serían entonces:

1º. El reclutamiento de los insurgentes victoriosos. ¿En qué medida se trata de reclutamiento voluntario, forzoso, universal, popular? El hecho del *reemplazo* prueba que las clases acomodadas rehúsan servir en la base. Pero constituyen los *cuadros*. En cambio, la fuga de los indios ante el reclutamiento es general. Bolívar intenta enfocar el problema desde el punto de vista de la coherencia nacional. Pero ¿con qué éxito? De hecho, si bien hay cuerpos coherentes detrás de algunos jefes (los "llaneros" de Páez), no se puede hablar de "ejércitos populares". Hasta la forma del combate (en columnas) excluye la idea de un ejército de masas.

29. El rol, positivo o negativo de las *guerrillas* en las montañas; algunas aseguraron el éxito de los movimientos regulares (Chile); pero permanentemente hubo *guerrillas* realistas y tribus o comunidades rurales disidentes.

39 Los efectos de la *represión* española del general Morillo como incitación a la solidaridad americana.

4º. Las consecuencias de la revolución de 1820 en España; aquí tocamos el hecho que en toda liberación nacional pueden ser decisivos los problemas internos del país contra los que combaten las fuerzas de liberación.

Las tropas de Riego se levantan la víspera de un embarque y sus oficiales tienen más simpatías por los americanos insurgentes que por Fernando VII. Estos creen poder resolver el problema colonial con el liberalismo. América lo aprovecha largamente. pero en este proceso las masas intervienen poco. Ni las victorias obtenidas, ni la organización política definitiva, ni sus consecuencias sociales son influenciadas por intervenciones populares de carácter masivo. Queda por hacer una historia de los compromisos entre las antiguas clases dirigentes y las capas (o individuos) promovidos hacia la fortuna o hacia el poder por la aventura de la independencia. Pero, rebasa los límites de este análisis.

h. Convendría no olvidar, al lado de las consideraciones sobre las "Independencias" clásicas, los casos marginales o excepcionales:

Brasil, donde la liberación política se hizo desde arriba.

Haití donde se desarrolla toda una gama de revoluciones: primero de los criollos ricos -los grandes blancos- contra París; luego las asambleas de pequeños blancos imitando a la Revolución Francesa; después la iniciativa de los libertos; y, finalmente, todas las fases de la revolución de los esclavos; todo este conjunto no toma el sentido de *liberación nacional* sino ante el intento francés de retomar el control.

Cuba, donde el enriquecimiento prodigioso de la burguesía y de los propietarios criollos parecía anunciar -sobre signos culturales precisos- una concepción ya muy nacional" de las particularidades del país: desde la década de 1760 se asiste a la preparación de algunas conspiraciones que no desembocan en una guerra de liberación. Dos razones probables la brillante satisfacción coyuntural de las clases ricas y el miedo a las revueltas de esclavos (hubo dos tentativas). América Latina ofrece así todas las combinaciones posibles de lo social y de lo nacional.

SEGUNDA PARTE

La exposición que precede permite responder, aunque rara vez de manera válida para todos los países, a algunas cuestiones importantes sobre este tema.

Punto I. Existencia de una conciencia nacional difusa

Tal conciencia aunque difusa existe en los indígenas de las de las grandes comunidades. Pero, ¿es común con la de los criollos? Es interesante ver el nacimiento y los límites de una conciencia *americana* (Humboldt la constata).

Ahora bien, la conciencia "americana" en las circunstancias descritas no da nacimiento a naciones-estados. Es necesario encontrar un territorio a cada "patria". En cada caso debe observarse la difusión de este sentimiento de grupo y sus componentes.

Punto II. La oposición al extranjero

El caso es muy particular: el "extranjero" es el español recientemente llegado, el "gachupín", el "chapetón". Se trata de un hombre de la misma civilización y de la misma lengua. En cambio, el corte interno entre las castas es un hecho mayor.

Desde el punto de vista económico, las exacciones fiscales y la imputación a la potencia colonial de toda crisis económica de la colonia forman el terreno común de una oposición que reúne a todas las clases.

No hay coincidencia entre clases sociales y grupo nacional. El grupo tal vez es explotado colectivamente. Los insurgentes así lo afirmarán. Pero las minorías criollas explotan a la mano de obra india, negra, mestiza.

Punto III. Los instrumentos de una toma de conciencia.

En la fase que nos colocamos, estos instrumentos del tipo "asociación", "agrupamiento" son esencialmente minoritarios, aristocráticos o burgueses. Organismos económicos (consulados), políticos (cabildos), ideológicos (sociedades patrióticas, colegios de juristas, etc).

Es inútil decir que en el seno de las clases trabajadoras entonces no se da un agrupamiento profesional masivo.

Los hechos religiosos pueden ser importantes: por ejemplo, los rezagos de la religión africana entre los negros; los sacerdotes que encabezan la insurrección también se valdrán de las devociones populares simbólicas (la Virgen de Guadalupe en México).

Punto. IV. Lazos orgánicos entre la lucha social y la liberación nacional.

Es cierto que el sentimiento anti-metropolitano, anti-colonial, en las capas populares está ligado a la conciencia de la explotación económica y de la posición social subordinada.

Pero, según lo hemos constatado muchas veces, la masa no se siente solidaria con los agravios a las categorías, con las categorías, con las luchas por la disputa del poder.

Punto V. Las formas de acción.

En el siglo XVIII las formas de acción espontáneas fueron violentas y aunque *sociales* al comienzo desembocaron en acciones tanto anti-criollas como anti-españolas. Las *disidencias* (negras, indias) son frecuentes.

Bruscamente, con ocasión del vacío de poder de 1808, las formas de acción desde arriba, esencialmente políticas o de propaganda, se transforman poco a poco para llegar, sobre todo en 1810, a sustituciones de poder y a disidencias de hecho. Sin embargo, las divisiones de clases y de castas le dan un carácter incoherente a esta eclosión de acontecimientos del mismo modelo.

Punto VI. "Contagios", "modelos", solidaridades de acción entre clases o países.

Seguramente los "modelos" desempeñaron un rol. Pero, a veces (1810), la epidemia es tan rápida que "no se puede pensar en una imitación propiamente dicha. Se puede pensar, más bien, en el tipo de tumultos en cadena de las crisis del antiguo régimen, donde la similitud de hechos responde a la similitud de coyunturas. Por otra parte, en esta fase hay un cierto internacionalismo en las fórmulas de libertad, que implican solidaridades, mucho más en las minorías activas que en las masas (hecho masónico entre los militares).

Punto VII. Obstáculos

La exposición misma de los hechos los ha desprendido: casi todos los propuestos por el esquema general de trabajo son válidos para la América Latina en el tiempo de la Emancipación.

Diversidad étnica, quiebra de solidaridad en los grupos en formación por la agudez de la lucha de clases, débil conciencia popular, posición de inferioridad de los hechos culturales en los pueblos sometidos, posición conservadora de ciertas capas populares, influencia retardataria de ciertas tradiciones religiosas.

Sin embargo nada es absolutamente válido; según los lugares y los tiempos, los obstáculos surgen o desaparecen, lo social se agrega o se sustrae de acuerdo a la fuerza del vigor nacional.

Conclusiones sobre la fase clásica de las "Independencias": Sin duda es necesario insistir sobre una idea a menudo descuidada: la Independencia de América Latina no es producto de los "vicios" coloniales, que siempre existieron. El siglo XVIII es un tiempo de gran desarrollo y *de perfeccionamiento* de la explotación colonial. Como resultado, las capas populares son más explotadas y las capas criollas dirigentes desean todo el poder para ellas. Como en los orígenes de la Revolución Francesa, es necesario distinguir una revolución de la prosperidad" -Para el poder- y una "revolución de la miseria" -para el bienestar. La coyuntura corta -económica y política- la *fecha*, pero no explica la eclosión de los movimientos.

Ahora bien, el esquema americano es mucho más complejo que el esquema revolucionario francés; las capas superiores de la sociedad criolla se levantan a la vez contra un, sistema político-social y contra un pacto colonial del que se aprovechan los funcionarios y los comerciantes venidos desde la península, cada vez más numerosos y desdenosos. Son *dos clases dirigentes* que se miden; y en forma creciente para las élites americanas el hecho de ser "patriota" significa ser *anti-español*. El problema, en su origen social, se convierte en nacional, y el ejemplo de Norteamérica resulta más importante que el de Francia.

Más compleja es todavía la relación entre estas capas de dirigentes "patriotas" y las masas populares. Los dirigentes en pos de la conquista del poder político,

los intelectuales teóricos de la libertad, en un momento dado, realizan necesariamente un llamado al descontento de las masas, a la revolución de la miseria. Pero aquí, la masa, según los países, está compuesta en muy diversas proporciones indios, mestizos y negros libres o esclavos. Estos pueden desempeñar un rol exactamente similar al del "pueblo" de campesinos franceses o europeos. ¿Cómo darles súbitamente la impresión de que con la minoría criolla forma una misma "nación", una misma "patria"? ¿Si sufren una miseria creciente dentro de un siglo de prosperidad, a quienes acusarán confusamente? ¿A los españoles? ¿A los mismos criollos? El miedo a las masas, común a criollos y españoles, complica aún más las combinaciones entre jefes, bandas, tropas, "minorías ilustradas" y masas emotivas.

II

LOS PROBLEMAS DEL SIGLO XIX Y DEL SIGLO XX EN CUANTO A LAS RELACIONES DE LO NACIONAL Y DE LO SOCIAL

En principio nuestro tema implica sólo el estudio de las *emancipaciones*. De hecho, la definición misma del término *emancipación* obliga a preguntarse:

1. Las masas que, muy desigualmente han participado en los movimientos de la independencia y que quedan económicamente desposeídas, explotadas, en estado de discriminación y subordinación sicológica y a veces jurídica, ¿están realmente integradas al grupo emancipado o están simplemente "acampadas", - como por otra parte se ha dicho del proletariado industrial - en el corazón o puertas de la sociedad nacional? ¿En qué medida *sienten* que pertenecen a un grupo, la comunidad de intereses del grupo, el orgullo de su liberación, tan típico entre las minorías que la obtuvieron?
2. A medida que avanza el siglo XIX se forman otras masas, por lo menos en algunos países -las masas de inmigrantes -

¿Qué rol desempeñan? ¿De cohesión o de disgregación?

3. Las mismas minorías que gestaron la Independencia, ¿qué lugar ocupan en la estructura de los grupos? ¿Se trata de antiguas clases dirigentes? ¿De qué clases? ¿Hay recién llegados, capas nuevas, hombres nuevos? ¿Sobre qué capas más vastas pueden apoyarse?

4. ¿En qué medida estas minorías han logrado los medios, bajo la dirección jurídica de un estado, para asegurar el desarrollo autónomo y efectivo del grupo?

Tales son las cuestiones que deben resolverse para examinar útilmente, -en particular para el siglo XX-el problema de las relaciones entre lo social y lo nacional en la historia de los países latinoamericanos emancipados entre 1808 y 1830.

Pero sería un tema demasiado vasto si, de hecho, no es ya *otro* tema. Existe, en cambio, un campo de reflexión más limitado, que, sin duda alguna, corresponde al nuestro:

En el siglo XIX quedan en América Latina algunas *colonias*: las que pertenecen a potencias europeas ricas o fuertes -Inglaterra, Francia, Países Bajos- que no buscan su emancipación sino en un período muy reciente. Pero entre las que pertenecen a España -por lo menos en una de ellas- se esbozan y desarrollan movimientos nacionales. Se trata de Cuba frente a España e inmediatamente se aprecia, en la atmósfera del imperialismo declarado de fines de siglo, que los EE. UU. se presentan más y más como candidatos a la sucesión de la debilitada potencia europea

El ejemplo cubano también permite estudiar:

El caso de una emancipación que en lugar de realizarse en la atmósfera de los años 1810-1830, ocurre en la de 1868-1898.

Las formas nuevas que en el umbral del siglo XX adoptan los efectos de dominación de los países más desarrollados sobre los de economía retrasada o marcados por las viejas especializaciones coloniales.

El impacto de la Revolución Industrial - 1780 -1840 *

E. J. Hobsbawm

Decir Revolución Industrial es decir algodón. Cuando pensamos en ella, al igual que los visitantes extranjeros en la Inglaterra de entonces, vemos a la nueva y revolucionaria ciudad de Manchester que decuplicó su tamaño entre 1760 y 1830 (pasó de 17,000 a 180,000 habitantes), con cientos de fábricas de cinco y seis pisos, cada una con su alta chimenea al costado, arrojando nubes de carbón negro. El pensamiento de esta, ciudad de Manchester fue el que tendría toda Inglaterra más tarde, y le da su nombre a la escuela de economía liberal que entonces dominaba el mundo. No hay duda que esta perspectiva es la correcta. La Revolución Industrial británica en ningún momento significó sólo algodón, o Lancashire, ni siquiera los textiles; de hecho el algodón perdió su supremacía un par de generaciones después. Sin embargo, el algodón fue el que marcó la pauta en el cambio industrial y fue la base de las primeras regiones que existieron a partir de la industrialización y que expresaron una nueva forma de sociedad, la del capitalismo industrial, sobre la base de una nueva forma de producción: la “fábrica”

En 1830 había también otras ciudades llenas de humo y máquinas de vapor, aunque no con el mismo alcance

* *Industry and Empire. An Economic History of Britain since 1750.* Weidenfeld and Nicholson, Penguin Books Ltd, Great Britain, 1968. (Cap. III, pp. 40-60). Traducción: *Cristina Soto de Cornejo*.

de las ciudades donde se industrializaba el algodón -en 1838, Manchester y Salford casi triplicaban la fuerza de vapor de Birmingham¹ pero no fueron ciudades en las que dominaron las fábricas sino en la segunda mitad del siglo, si es que lo lograron. En otras regiones industriales operaban grandes empresas provistas de maquinaria impresionante, accionadas por masas proletarias -es el caso de las minas de carbón y de hierro-, pero debido a su ubicación, generalmente aislada o rural, a la procedencia tradicional de su fuerza laboral y a su distinto ambiente social no fueron típicas de la nueva era, salvo por su capacidad de transformar el paisaje y los edificios en un marco sin precedentes de fuego, escoria y de estructuras de hierro. Los mineros eran aldeanos y en su mayoría siguieron siéndolo, y su modo de vida y su lucha resultaron sorprendentes para los no mineros con quienes, además, tenían poco contacto; Los dueños del hierro, como los Crawshays de Cyfartha, piden y generalmente consiguen lealtad política de "su gente", lo que recuerda más la relación entre los terratenientes y la población agrícola, que la de los empresarios industriales con los obreros. Por eso, el nuevo mundo industrial, en su forma más obvia, no iba a darse allí sino en Manchester y sus alrededores.

La manufactura del algodón fue una derivación típica de una acelerada corriente del comercio internacional, y especialmente colonial, sin la cual, como acabamos de ver, no se explica la Revolución Industrial. Su materia prima, que en Europa primero se usó mezclada con lino para producir una calidad más económica de este tejido ('pana'), fue colonial casi en su totalidad. La única industria algodonera conocida en Europa a principios del siglo XVIII era la de la India, cuyos productos ('percalas') los vendían las compañías comerciales orientales, tanto en el extranjero como en la misma nación, con la agria oposición de los fabricantes de

1. La población de estas dos áreas urbanas en 1841 era aproximadamente de 280,000 y 180,000 habitantes, respectivamente.

tejidos de lana, lino y seda. La industria inglesa de la lana triunfó en 1700 al prohibir totalmente la importación de tejidos de algodón, permitiendo de este modo que en el futuro tuvieran éxito las industrias nacionales de algodón, a las que se les concedía algo así como el libre desarrollo del mercado nacional. Estaban todavía muy lejos de abastecerlo, a pesar de que en su primera modalidad -la percala- la moderna industria algodonera se erigió como sustituto parcial de las importaciones en varios países europeos. Los modestos fabricantes locales se establecieron en el hinterland de los grandes puertos coloniales y de tráfico de esclavos, tales como Bristol y en especial en Glasgow y Liverpool, puerto éste en el que, finalmente, se localizó la nueva industria. Para el mercado nacional producían un sustituto para la lana o lino, y medias de seda; para el mercado extranjero producían, en la medida de sus posibilidades, un sustituto para los géneros de primera calidad de la India, sobre todo cuando las guerras u otras crisis interrumpían temporalmente la importación de los allí fabricados. Hasta 1770 casi el 90% de las exportaciones inglesas de tejidos de algodón fue así a los mercados coloniales, principalmente al África. La vasta, expansión de las exportaciones después de 1750 dio gran ímpetu a la industria: entre esa fecha y 1770 las exportaciones de algodón se decuplicaron.

De este modo, el algodón se consideró el eslabón con el mundo desarrollado, deteniéndolo y reforzándolo a través de sus diversas fluctuaciones de fortuna. Las plantaciones de esclavos de las Indias Occidentales proporcionaron la materia prima, hasta que en la década de 1790 las plantaciones esclavistas del Sur de los Estados Unidos se convirtieron en fuente ilimitada de esta materia prima, lo que determinó que resultaran económicamente dependientes de Lancashire. De este modo, el centro más moderno de explotación preservó y amplió la forma más primitiva de explotación. De vez en cuando la industria tenía que depender del mercado interno británico, donde cada vez era mayor el empleo del lino, pero a partir de la década de 1790 se

empezó a exportar gran parte de su producción, llegando hacia fines del siglo XIX a casi el 90%. La industria textil algodonera era y permaneció como una industria esencialmente de exportación. A veces se introducía en los bien renumerados mercados de Europa y los Estados Unidos, pero las guerras y la aparición de competencias nacionales frenaron esta expansión y la industria buscó una y otra vez viejas o nuevas regiones del mundo subdesarrollado. En la segunda mitad del siglo XIX encontró un mercado de salida en la India y el Lejano Oriente. Indudablemente entonces la industria británica de tejidos de algodón era la mejor del mundo, pero terminó como había comenzado, por no apoyarse en una superioridad competitiva sino en el monopolio de los mercados coloniales y subdesarrollados ganados al Imperio Británico por la marina y la supremacía comercial inglesa. Sus días estuvieron contados después de la Primera Guerra Mundial, cuando hindúes, chinos y japoneses fabricaron e incluso exportaron tejidos de algodón y no estuvo a su alcance evitarlo, ni siquiera por medio de la interferencia política británica.

Como todo colegial sabe, el problema técnico que determinó la naturaleza de la mecanización de la industria textil algodonera radicó en el desequilibrio que había entre el hilado y el tejido. La rueca, aparato menos productivo que el telar a mano (especialmente cuando se le dio velocidad con la 'lanzadera voladora' inventada en 1730 y desarrollada en 1760), no podía abastecer a los tejedores con el ritmo debido. Tres inventos caseros invirtieron este equilibrio: "la máquina de hilar" de 1760 que permitió al hilandero trabajar con varios hilos al mismo tiempo; el "marco de agua" de 1768 que utilizó la idea original de hilar usando una combinación de carretes y husos; y la unión de los dos que originó el tomo de hilar de la década de 1780, al que después se le aplicó presión a vapor. Estas dos

2. No fue idea original de su patentador, Richard Arkwright (1732-92), operario inescrupuloso quien, a diferencia de los verdaderos inventores de su época, se hizo muy rico.

últimas innovaciones dieron lugar a la producción fabril. Las fábricas de algodón de la Revolución Industrial fueron principalmente hilanderías (y centros para cardar el algodón antes de hilarlo).

El tejido le siguió el paso a las innovaciones multiplicando los telares manuales y el número de tejedores. Aunque en la década de 1780 se inventó el telar a vapor, esta rama de la manufactura no se mecanizó sino después de las guerras napoleónicas. De ahí en adelante se vieron condenados a la inanición los tejedores que habían sido atraídos por la industria y que fueron sustituidos por mujeres y niños. Mientras tanto los salarios de hambre demoraban la mecanización del tejido. De 1815 a 1840 se desarrolló la producción industrial y desde 1820 se vio su perfeccionamiento gracias a la introducción de dispositivos automáticos, además de otras mejoras. Pero hasta ahí llegó la revolución técnica. El "torno" quedó como base del hilado inglés y el "hilado de anillo" (inventado en 1840 y hoy de uso general) quedó para los extranjeros. El telar de vapor dominaba en el tejido. El abrumador predominó que en esta época el Lancashire estableció en el mundo lo hizo técnicamente conservador, si bien no lo estancó.

La tecnología de la manufactura del algodón era, pues, bastante simple y, tal como veremos, lo fueron la mayoría de los cambios que colectivamente dieron paso a la "Revolución Industrial". En los primeros años del siglo XVIII no se requería sino del ligero conocimiento científico y destreza técnica que estuvieran al alcance de un mecánico práctico. Casi no se utilizaba la fuerza del vapor y aunque el algodón adoptó rápidamente la nueva máquina a vapor en escala mayor que en otras industrias (excepto la minería y metalurgia), todavía en 1838 la cuarta parte de su poder lo obtenía del agua. Esto no significa que hubiera falta de innovación científica o de interés de parte de los nuevos industriales por la revolución técnica. Por el contrario, la innovación científica estaba en su apogeo y los científicos la aplicaban rápidamente a las cuestiones prácticas, rehusando hacer las subsecuentes distinciones entre pensamiento

"puro" y "aplicado". Los industriales cuando estas innovaciones eran necesarias o ventajosas las absorbían rápidamente y, sobre todo, las aplicaban con riguroso racionalismo a sus métodos de producción en la forma que es característica a una época científica. Los amos del algodón pronto aprendieron a edificar de manera puramente funcional ('a menudo', como lo dijo un observador extranjero, 'fuera de tono con lo moderno, a expensas del costo de la belleza exterior') (Fabriken-Kommissarius, mayo 1814. *En*: Kuczynski, 1964), y a partir de 1805 alargaron el día de trabajo iluminando sus fábricas con gas. Aún más, los primeros experimentos de iluminación a gas datan solamente de 1792. Inmediatamente se blanquearon y tiñeron los tejidos utilizando los últimos inventos de la química, ciencia que surge en el mundo con la Revolución Industrial entre 1770 y 1780. La industria química que hacia 1880 sobre esta base floreció en Escocia parte de la idea, sugerida por Berthollet a James Watt en 1786, que el cloro podía usarse como blanqueador.

La primera Revolución Industrial fue tecnológicamente algo primitiva, no porque no hubiera a mano mejor ciencia o técnica ni porque no despertara interés o porque no se supiera persuadir al hombre para que se sirviera de ella. Fue simple y llanamente porque, de manera general, la aplicación de ideas y aparatos simples, a menudo de ideas conocidas durante siglos, que a veces ni siquiera eran costosas, podían producir resultados sorprendentes. La novedad no se basaba en las innovaciones sino en la disposición de los hombres prácticos a decidirse a utilizar la ciencia y tecnología que hacía tiempo tenían al alcance de la mano; y en la magnitud del mercado que se abría a sus productos a medida que los precios y los costos bajaban rápidamente. No se basaba en el florecimiento del genio inventivo individual, sino en la situación práctica que inclinó a los hombres hacia problemas con posibilidades de solución.

Esta situación fue realmente afortunada ya que le dio gran empuje a la pionera Revolución Industrial. La

puso al alcance de un grupo de hombres de negocios y de artesanos hábiles, no especialmente educados o sutiles, ni tampoco adinerados pero que operaban en una economía floreciente y en plena expansión, cuyas oportunidades fácilmente estaban a su alcance. En otras palabras, se pusieron al mínimo los requerimientos básicos de habilidad, capital, negocios en gran escala o de, organización y planeamiento gubernamental, sin los que ninguna industrialización logra triunfar. Consideremos, como contraste, la situación de la nación `emergente' de hoy que comienza su propia revolución industrial. Los pasos más elementales, como la construcción de un adecuado sistema de transportes, suponen el dominio de una ciencia y tecnología totalmente extrañas a los conocimientos habituales de la mayor parte de la población. Los casos más característicos de la producción moderna, digamos por ejemplo la fabricación de vehículos a motor, tiene un volumen y complejidad mucho mayor a la experiencia que hasta el momento pueda haber logrado la mayoría de la pequeña clase de hombres de negocios, y requiere de una inversión inicial mucho mayor de la que puede proporcionar la acumulación de capitales independientes. Incluso el dominio de técnicas menores, y de normas de conducta que se dan por sentadas en sociedades desarrolladas, y cuya ausencia las perturbaría, son tan raras como los rubíes: alfabetización, sentido de la puntualidad y regularidad, la observación de rutinas. Tomemos un ejemplo sencillo: en el siglo XVIII todavía era posible desarrollar la industria minera del carbón con galerías y socavones poco profundos, utilizando a trabajadores provistos de picos que transportaban el carbón a la superficie en pequeños carros, tirados a mano o por caballos y subiendo el mineral en canastas ³. Hoy día sería imposible seguir un sistema comparable en los pozos de petróleo y menos aún en competencia con la gigantesca y sofisticada industria petrolera internacional.

3. No quiero decir que esto no requiriera gran cantidad de conocimiento acumulado, y algunas técnicas complicadas, o que la industria inglesa del carbón no tuviera o no hubiera desarrollado un equipo más moderno y poderoso, como la máquina a vapor.

En forma similar, el problema crucial del desarrollo económico de un país subdesarrollado es, más a menudo de lo que se quisiera, el expresado por el ya fallecido J. V. Stalin, quien tenía amplia experiencia en el asunto. "Los cuadros deciden todo". Es mucho más fácil encontrar capital para instalar una industria moderna que administrarla; mucho más fácil preparar un comité central de planificación con el puñado de graduados, que casi todos los países pueden proporcionar, que conseguir la masa de personas con habilidad, técnica y competencia administrativa a nivel intermedio, sin la que cualquier economía moderna arriesga su eficiencia. El éxito de la industrialización en casos de economías subdesarrolladas se ha debido a que se han encontrado formas de multiplicar rápidamente los cuadros y utilizarlos en el contexto de una población carente, en general, de las técnicas y hábitos de la industria moderna. Los países subdesarrollados se han dado cuenta que el ejemplo de la industrialización británica no es aplicable a sus necesidades, simplemente porque Inglaterra no enfrentó esa clase de problemas. Este país, por ejemplo, en ninguna etapa ha sufrido de falta de personal competente para el trabajo en metales y, tal como lo indica el uso británico de la palabra 'ingeniero', los grados más avanzados de técnicos fácilmente se reclutaron entre hombres con experiencia práctica en talleres 4. Gran Bretaña pudo, incluso, prescindir de la educación estatal elemental hasta 1870 y de la educación secundaria hasta después de 1902.

El modo británico se ilustra bien con un caso. El más famoso de los primeros industriales del algodón fue Sir Robert Peel (1750-1830), quien a su muerte dejó un capital de casi millón y medio de libras -suma entonces muy elevada- y un hijo a punto de ser Primer Ministro de Inglaterra. Los Peel eran una familia de campesinos acomodados de clase media que, al igual que otras de las colinas de Lancashire, desde mediados

4. Se refiere tanto al obrero metalúrgico calificado como al técnico altamente especializado, es decir al ingeniero 'civil' o 'electricista'.

del siglo XVII combinaban la producción agraria con la producción textil doméstica. El padre de Sir Robert (1723-95) todavía vendía sus telas en los alrededores y sólo en 1750 se trasladó al pueblo de Blackburn, aunque sin dejar completamente la agricultura. Tenía algo de educación -no técnica- y sentía vocación por el dibujo sencillo y por la invención (o por lo menos apreciaba en alguna forma los inventos de hombres como su vecino James Hargreaves, tejedor, carpintero e inventor del 'torno de hilar') y tenía, además, algo así como unas dos mil a cuatro mil libras en tierras, que amortizó a comienzos de 1760, cuando con su cuñado Haworth y un tal Yates -que aportó los ahorros de su negocio familiar como propietario de la posada de Black Bull- estableció una empresa para la fabricación de percalas estampadas. La familia tenía experiencia; varios de sus miembros trabajaban en textiles y las perspectivas de la percala estampada, hasta entonces una especialidad londinense, parecían excelentes. Y lo fueron. Tres años más tarde -a mediados de la década de 1760- la demanda de algodón para estampar era tal que la firma se decidió a preparar también la tela; hecho del que un historiador local diría años después, "ofrece la prueba de la facilidad con que entonces se hacía dinero" (Barton, 1874: p. 59). El negocio prosperó y se dividió: Peel se quedó en Blackburn, mientras sus dos socios se trasladaron a Bury, donde en 1772 se les unió como socio el futuro Sir Robert, con un pequeño respaldo de su padre.

Tal respaldo no era muy necesario. El joven Peel, hombre emprendedor, de inagotable energía, no tuvo dificultad en conseguir capital adicional de gente de la localidad, ansiosa por invertir en esta creciente industria, dispuesta a establecerla en nuevas ciudades, o en otros ramos de producción. Como sólo la sección estampados de la firma produjo beneficios anuales de 70,000 libras durante varios años, no se experimentó escasez de capital. A mediados de la década de 1780 el negocio era próspero, capaz de aprovechar cualquier nuevo invento que estuviera a la mano, como los motores a vapor.

Hacia 1790, a la edad de cuarenta años y solamente dieciocho después de su ingreso a los negocios, Robert Peel ya era barón, miembro del Parlamento y reconocido representante de la nueva clase de industriales ⁵. A diferencia de otros empresarios perspicaces de Lancashire de su misma clase, incluso de algunos de sus socios, no se refugió en la opulencia, lo que fácilmente pudo hacer a mediados de la década de 1780, sino que se elevó vertiginosamente como un capitán de la industria. Con una modesta base de disposición y energía para los negocios, cualquier persona de la clase media rural de Lancashire que ingresara al negocio del algodón, cuando lo hizo Peel, en forma fácil y muy rápida podía ganar mucho dinero. Tal vez sea característica de la concepción relativamente simple de los negocios el que muchos años después de que la firma comenzara con el percal estampado no tuviera una 'sección de diseños', es decir que sólo contaba con su provisión primitiva de modelos, base de su fortuna. La verdad era que en esta época se vendía cualquier cosa, especialmente al cliente poco sofisticado, tanto local como del extranjero.

Así, en las lluviosas granjas y ciudades de Lancashire surgió con gran rapidez y facilidad un nuevo sistema industrial basado en una nueva tecnología. Surgió, como hemos visto, como una combinación de lo moderno y de lo ya establecido. Lo nuevo prevaleció sobre lo viejo. El capital acumulado en la industria reemplazó a los gravámenes de las granjas y a los ahorros de los posaderos, los ingenieros a los ingeniosos carpinteros-tejedores, los telares industriales a los telares de mano y el proletariado de las fábricas a la combinación de unos

5. Era representante especial de una clase de hombres que, en Lancashire, valiéndose de los descubrimientos de otros y de los suyos y aprovechando las peculiares facilidades locales para fabricar y estampar los artículos de algodón, así como los deseos y demandas que a mediados de siglo se sentía por los artículos manufacturados, llegó a amasar una gran fortuna a pesar de no tener refinamiento alguno, intelectual o en sus maneras, sino un conocimiento vulgar de las cosas, (*Preston*, 1852:p. 262).

Impacto de la Revolución Industrial 185

pocos establecimientos mecanizados con una masa de trabajadores domésticos dependientes. En las décadas que siguieron a las guerras napoleónicas empezaron a desaparecer de la industria los elementos viejos y la industria moderna, de hazaña de una minoría de pioneros, se convirtió en la norma de vida de Lancashire. El número de telares industriales de Inglaterra se elevó de 2,400 en 1813 a 55,000 en 1829; a 85,000 en 1833 y a 224,000 en 1850, mientras que los tejedores manuales que en la década de 1820 se elevaban a un cuarto de millón disminuyeron a unos 100,000 a principios de la de 1840 y a un poco menos de 50,000 obreros desventurados y hambrientos a mediados de la de 1850. Pero no es prudente descuidar el estado relativamente primitivo de esta segunda fase de transformación y la herencia de arcaísmo que se dejó atrás.

Mencionaremos dos consecuencias: la primera es la estructura comercial sumamente descentralizada y desintegrada de la industria textil del algodón, situación común a la mayoría de las industrias británicas del siglo XIX, como resultado del surgimiento de actividades no planificadas, obra de hombres oscuros. Esta industria emergió y por largo tiempo fue un complejo de firmas de tamaño mediano muy especializadas, y a menudo muy localizadas, de varias clases de comerciantes, hilanderos, tejedores, tintorerías, pulidores, blanqueadores, incluso estampadores, etc. con frecuencia especializados incluso en sus ramas y unidos unos con otros por una compleja telaraña de transacciones comerciales individuales en "el mercado". Esta forma de estructura comercial tiene la ventaja de ser flexible y se presta a una rápida expansión inicial, pero en las etapas más avanzadas del desarrollo industrial, cuando las ventajas técnicas y económicas de la planificación y de la integración son mucho mayores, aquella desarrolla considerables rigideces e ineficiencias. La segunda consecuencia fue la formación de un fuerte movimiento sindical en una industria que normalmente tenía una organización laboral débil o inestable, debido a que su mano de obra consistía principalmente de mujeres, niños e inmigrantes.

inexpertos, etc. Los sindicatos de la industria algodonera de Lancashire se basaban en una minoría compuesta "de torneros calificados, que no fueron o no pudieron ser desalojados de su fuerte posición de contratados por las etapas más modernas de mecanización -en 1830 fracasaron los intentos para conseguirlos mismos que eventualmente tuvieron éxito al organizar en sindicatos subordinados a la mayoría de trabajadores no calificados que los rodeaban, sobre todo porque en gran parte sus miembros eran sus mujeres e hijos. Es así como el algodón se desarrolló como industria fabril organizada por algo así como los métodos gremiales de los artesanos, los que tuvieron éxito porque en la fase crucial de su desarrollo la industria fabril era de tipo muy arcaico.

Sin embargo, para los standards del siglo XVIII era revolucionaria. No debe olvidarse este hecho, aun cuando se reconozcan sus características transitorias y su continuado arcaísmo. Para los hombres representó una nueva relación económica, un nuevo sistema de producción, un nuevo ritmo de vida, una nueva sociedad, una nueva era histórica y los contemporáneos fueron conscientes de esto desde sus comienzos:

"como en una inesperada inundación, desaparecieron las constituciones medievales y las limitaciones sobre la industria y los estadistas se maravillaban de este fenómeno grandioso que no podían comprender ni seguir. La máquina servía obediente al espíritu del hombre. Pero como la maquinaria disminuía la fuerza humana, el capital triunfaba sobre el trabajo y creaba una nueva forma de esclavitud... La mecanización y estricta división del trabajo disminuía la fuerza y la inteligencia que se requiere de las masas y la competencia redujo los salarios al mínimo requerido para asegurar la subsistencia. En épocas de crisis, cuando los mercados están abarrotados, cosa que sucede a lo largo de períodos cada vez más cortos, los salarios incluso son inferiores a dicho mínimo. A menudo, el trabajo cesa por completo

durante un tiempo... y una masa miserable queda expuesta al hambre y a todas las torturas de la necesidad", (Harkort, 1844; *En*: Kuczynski, 1964 Vol. 9, p. 127).

Estas palabras, muy parecidas a las de conocidos revolucionarios sociales como Frederick Engels -son las de un hombre de negocios, liberal y alemán, escritas a principios de la década de 1840. Pero incluso en una generación anterior otro industrial -un potentado algodonero- subrayó el carácter revolucionario del cambio en sus "Observations on the Effect of the Manufacturing System" (1815):

"La difusión general de manufacturas en todo el país (escribía Robert Owen) genera un nuevo carácter en sus habitantes; y a medida que se forma bajo principios desfavorables a la felicidad individual o general producirá las más lamentables y permanentes maldades, a menos que su tendencia sea frustrada por la dirección y la interferencia legislativa. El sistema fabril ha extendido su influencia sobre el Imperio Británico en grado tal que ha producido un cambio esencial en el carácter general de la masa de la población."

El nuevo sistema que los contemporáneos vieron especialmente ejemplificado en Lancashire consistía, según les pareció, de tres elementos. El primero era la división de la población, industrial en empleadores capitalistas y trabajadores que sólo disponían de su fuerza de trabajo, la que vendían a cambio de un salario. El segundo era la producción en `fábricas`, una combinación de maquinaria especializada con el trabajo humano especializado o, como lo llamó el Dr. Andrew Ure, uno de sus primeros teóricos, `un gran autómatas provisto de varios órganos mecánicos e intelectuales que actúan en ininterrumpido concierto... todos ellos subordinados a una fuerza motriz que se auto-regula' (Ure, 1935. *En*: Marx, 1938: p. 419). El tercero era el dominio de toda la economía- aún más de toda la vida- por el empeño de los capitalistas y por la acumulación de

las utilidades. A algunos de ellos -los que no encontraban nada de malo en el nuevo sistema- no les interesaba distinguir entre los aspectos sociales y los aspectos técnicos. Los otros, los que se encontraron apresados por el nuevo sistema contra su voluntad y que no consiguieron sino empobrecerse, como ese tercio de la población de Blackburn que en 1833 vivía con una entrada semanal *familiar* de 5s. 6d. (un promedio de un chelín por persona 6) se vieron obligados a rechazar ambos aspectos. Un tercer grupo del que Robert Owen era su primer vocero importante- distinguía industrialización de capitalismo. Aceptaba la Revolución Industrial y el progreso técnico como portadores de un conocimiento general potencial. Rechazaba su forma capitalista por significar la explotación y la miseria.

Como de costumbre, es fácil criticar detalladamente el punto de vista de la época, porque, la estructura del industrialismo no era en modo alguno tan 'moderna' como fácilmente se sugiere aún en los umbrales de la era del ferrocarril, sin hablar del año de Waterloo. Ni el 'empleador-capitalista', ni el 'proletario' lo eran mayormente al estado puro. Había muchos en la 'escala media' de la sociedad (sólo vino a llamarse clase media en el curso del primer tercio del siglo XIX) dispuestos a obtener ganancias, pero sólo una minoría estaba pronta a sacarle el máximo provecho aplicando la ruda lógica del progreso técnico y la de "comprar en el mercado más barato y vender en el más caro". Había muchos hombres y mujeres que sólo vivían de sus jornales aunque quedaban todavía muchos que constituían versiones degeneradas de los antiguos artesanos independientes, pequeños propietarios que buscaban empleos de media jornada, pequeños empresarios de medio tiempo, etc... Pero hubo pocos trabajadores textiles auténticos. Entre 1778 y 1830, una y otra vez se produjeron revueltas

6. En 1833 se hizo una evaluación muy especial de los ingresos familiares. Es como sigue: el salario total de 1778 familias (todas de clase trabajadora) en la ciudad de Blackburn, que incluían a 9,779 personas, era sólo de £828 19s 7d'. P. A. Whittle, *Blackburn as it is* (Preston, 1852) p. 223.

contra la extensión del maquinismo. El hecho de que estas revueltas fueran a menudo impulsadas y a veces realmente instigadas por los granjeros y hombres de negocios de la localidad demuestra cuan limitado era todavía el sector "moderno" de la economía, pues la maquinaria sólo la aceptaban un tanto a la fuerza los que integraban este sector. Fueron los todavía no integrados quienes trataban de detener su expansión. Que fracasaron en su conjunto demuestra, por otra parte, que el sector "moderno" había logrado dominar la economía.

Una vez más se tuvo que esperar hasta mediados del siglo XX para que se cumpliera la automatización o la semiautomatización de la producción fabril, proceso que los filósofos del "vapor" habían anticipado con gran satisfacción en la primera mitad del siglo XIX, vislumbrándola en las arcaicas e imperfectas hilanderías de su época. Hasta la aparición del ferrocarril las empresas existentes, salvo algunas plantas químicas o fábricas de gas, para un moderno ingeniero de producción no tendrían otro interés que el arqueológico. Pero es igualmente significativo el hecho que las hilanderías inspiraran la visión de trabajadores empequeñecidos y deshumanizados, convertidos en "operarios" o "manos" antes de que efectivamente se los reemplazara por la maquinaria automática. La "fábrica", con su lógica afluencia de procesos -en los que cada máquina especializada requería también una 'mano' especializada, todos ligados por el ritmo constante e inhumano de la 'máquina' y la disciplina de la mecanización- esta fábrica iluminada a gas con sus humeantes estructuras de hierro, significó una forma revolucionaria de trabajo. Aunque los salarios de las fábricas tendían a ser más altos que los de las industrias domésticas (salvo los de los trabajadores manuales altamente especializados y versátiles), los obreros no estaban muy dispuestos a trabajar en ellas, pues al hacerlo perdían su independencia original. Este es el motivo por el cual se empleó en la medida de lo posible a mujeres y niños, siempre más manejables. En 1838 sólo el 23% de los trabajadores textiles eran hombres adultos.

No hay otra industria que pueda compararse a la del algodón en esta primera fase de la industrialización británica. Su participación en los ingresos nacionales no era muy impresionante en cuanto cantidad -tal vez de un 7% a 8% a fines de las guerras napoleónicas pero era mucho mayor a la de las demás industrias. Sin embargo su desarrollo comenzó antes y creció más velozmente que el de las otras, al punto que su ritmo señala el desarrollo de la economía 7. Cuando la industria algodonera se expandió en la considerable tasa del 6 al 7% anual, en el cuarto de siglo posterior a Waterloo, la expansión industrial británica había alcanzado su máximo. Cuando cesó la expansión del algodón -como en la última cuarta parte del siglo XIX en que su tasa de crecimiento bajó al 0.7% anual- toda la industria británica se desplomó. Aún más singular fue su contribución a la economía internacional británica. En términos generales, en las décadas posnapoleónicas, más o menos la *mitad* del valor de *todas* las exportaciones británicas correspondía a productos del algodón y en su mayor momento (a mediados de la década de 1830) el algodón en rama sumaba el 20% del total neto de las importaciones. De hecho, la balanza de pagos británica dependía de la suerte de esta sola industria, y lo mismo puede decirse de lo que respecta a la mayoría de la marina mercante inglesa y, en general, del comercio de ultramar. Tercero: posiblemente fue la industria que más contribuyó a la acumulación de capital, tanto por su rápida mecanización como por el uso

7. Tasa de crecimiento de la producción industrial del Reino Unido (porcentaje de crecimiento por décadas).

1800 a 1810	22.9	1850 a 1860	27.8
1810 a 1820	38.6	1860 a 1870	33.2
1820 a 1830	47.2	1870 a 1880	20.8
1830 a 1840	37.4	1880 a 1890	17.4
1840 a 1850	39.3	1890 a 1900	17.9

La caída de la década de 1850 a 1860 se debió sobre todo a la "escasez de algodón", como consecuencia de la Guerra Civil Norteamericana.

masivo de mano de obra barata (mujeres y niños) lo que permitió el fácil paso de las ganancias del sector laboral al del capital. En los veinticinco años siguientes a 1820 el neto de la producción total de la industria creció en un 40% (en valores comunes), siendo su gasto en salarios solamente del 5%.

Casi es innecesario señalar la forma como esto estimuló a la revolución técnica y a la industrialización. La industria química y la ingeniería le deben mucho: hacia 1830 solamente los londinenses le disputaban la superioridad a los fabricantes de maquinaria de Lancashire. Aunque en este respecto no era única, y además le faltaba la capacidad *directa* para estimular lo que -como analistas de la industrialización- sabemos es necesario estimular en mayor proporción, principalmente la industria pesada de bienes de capital, así como las del carbón, hierro y acero, a los que no se les había provisto de mercados importantes. Afortunadamente, el proceso general de urbanización fue un estímulo importante para la del *carbón* en el siglo XVIII y a principios del XIX. Todavía en 1842 las humeantes chimeneas de los hogares ingleses consumían las dos terceras partes de la producción británica de carbón, que entonces era de casi treinta millones de toneladas, posiblemente dos tercios del total de la producción del mundo occidental. La explotación del carbón siguió siendo primitiva. Se basaba en un hombre que inclinado con su pico, trabajaba en un túnel subterráneo. Pero el mismo volumen de la producción de carbón obligó a la minería a introducir cambios tecnológicos para sondear en túneles cada vez más profundos, y sobre todo para transportar el mineral desde las vetas hasta los pozos y de ahí a los puertos y mercados. Es así como la minería explotó la máquina a vapor mucho antes que James Watt, usó sus mejoras para gobernar el engranaje desde la década de 1790 y, sobre todo, inventó y desarrolló el *ferrocarril*. No es accidental el hecho que los constructores, ingenieros y maquinistas de los primeros ferrocarriles casi siempre procedieran de Tyneside, empezando por George Stephenson. Sin embargo, los barcos a vapor, cuyo desarrollo

fue anterior al del ferrocarril, aunque su uso general fuera posterior, nada tiene que hacer con la minería.

El hierro se enfrentó a dificultades mayores. Antes de la Revolución Industrial, Inglaterra no lo producía en gran cantidad ni de calidad sobresaliente, y hasta la década de 1780 el total de su demanda difícilmente sobrepasó las 100,000 toneladas ⁸. Fue la guerra en general y la marina en particular las que le dieron a la industria del hierro un estímulo constante y un mercado intermitente; la economía de combustible le dio un incentivo permanente al progreso técnico. Por estos motivos -hasta la era del ferrocarril- la capacidad de la industria del hierro tendía a llevarle ventaja al mercado, y sus rápidas subidas iban seguidas por penosas depresiones que los amos del hierro buscaban desesperadamente resolver buscando nuevos usos para el metal y de mitigar con precios de cartel y cortes en la producción (el acero casi no se vio afectado por la Revolución Industrial). Fueron tres las innovaciones que elevaron su capacidad: la fundición del hierro con hulla (en lugar de carbón de leña), la invención del pudelado y laminado cuyo uso se intensificó en la década de 1780 y la invención del soplete por James Neilson después de 1829. Al mismo tiempo se fijó definitivamente la ubicación de esta industria en los yacimientos de carbón. Después de las guerras napoleónicas, cuando la industria empezó a desarrollarse en otros países, el hierro amplió su mercado de exportación: ya podía venderse fuera del país entre el 15 y 20% de la producción. La industrialización británica dio lugar a una demanda local muy variada, no sólo para su empleo en la fabricación de maquinaria y herramientas, sino para puentes, tuberías, material de construcción y utensilios domésticos; sin embargo, la producción total era mucho menor de lo que hoy en día se considera necesaria

8. Sin embargo, el consumo inglés per cápita era mucho mayor, comparativamente, que el de otros países: es decir, más o menos tres veces y media mayor que el consumo de Francia entre 1720-40.

en una economía industrial, especialmente si tenemos en cuenta que los metales no-ferrosos entonces no eran tan importantes. Es probable que hasta la década de 1820 no se sobrepasara el medio millón de toneladas y que escasamente se llegara a 700.000 toneladas en su apogeo previo a la llegada del ferrocarril, en 1828.

El hierro estimuló no sólo a las industrias que empleaban este metal, sino también a la del carbón (del cual en 1842 se consumía sólo la cuarta parte), a la máquina de vapor y -por las mismas razones que la del carbón- a la del transporte. A pesar de eso, al igual que el carbón, no sufrió su verdadera revolución industrial hasta mediados del siglo XIX, unos cincuenta años después que el algodón; pues mientras las industrias de bienes de consumo tienen un mercado de masas aun en las economías pre-industriales, la industria pesada solamente encuentra mercado en las economías ya industrializadas o en proceso de industrialización. Fue la era del ferrocarril la que en veinte años triplicó la producción de carbón y hierro y la que prácticamente creó la industria del acero.⁹ Fue obvio y sorprendente el crecimiento económico y aunque había alguna transformación industrial en otros sectores, difícilmente se hubiera podido hablar de revolución industrial. Gran cantidad de industrias -como las de ropa (salvo la de medias), calzado, construcción y de muebles siguieron trabajando en la forma, tradicional, con la excepción del uso de materiales nuevos en algunos lugares. Como máximo se limitaron a hacer frente a la demanda aumentando el número de lo que podríamos llamar 'sistema doméstico', mediante el cual los artesanos independientes se empobrecieron y se convirtieron en fatigados obreros, cada vez más especializados, que cumplían su labor en sótanos urbanos o en talleres

9. Producción (miles de toneladas)

<i>Año</i>	<i>Carbón</i>	<i>Hierro</i>
1830.	16,000	600
1850	49,000	2,000

ubicados en las buhardillas. La industrialización no produjo fábricas de muebles, ni de ropa, sino que hábiles y organizados ebanistas decayeran y se, convirtieran en trabajadores de los barrios bajos y que multitudes de costureras y camiseras, hambrientas y tuberculosas, lograran conmovir la opinión de la clase media, incluso en esa época de extrema insensibilidad social.

Otras industrias utilizaron una mecanización elemental y la fuerza motriz -incluso la fuerza de vapores en los pequeños talleres, sobre todo en las numerosas industrias que empleaban metales, como las tan conocidas de Sheffield y de las Midlands, sin cambiar la forma del trabajo o su estilo de producción doméstica. En algunos lugares como Birmingham y Sheffield, existían complejos talleres urbanos unidos entre sí; otros eran rurales como en los pueblos perdidos del 'Black Country', en algunos casos los trabajadores eran calificados, estaban organizados, prácticamente eran artesanos jornaleros-agremiados (como en las cuchillerías de Sheffield) 10; otros poco a poco degeneraron en pueblos bárbaros y asesinos, cuyos hombres y mujeres martillaban clavos, cadenas y otros sencillos objetos de metal. (En Dudley, Worcestershire, entre 1841-50 la expectativa de vida era de dieciocho años y medio). Pero otras industrias, como la alfarería, desarrollaron algo parecido a un sistema fabril aunque primitivo, o de establecimientos a relativa gran escala basados en una compleja división interna del trabajo. En conjunto, sin embargo, con la excepción de la industria algodonera y la de los grandes centros carboníferos y del hierro, el desarrollo de la producción en fábricas mecanizadas, o en centros análogos, tuvo que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX y el tamaño promedio de las plantas o empresas era pequeño. Aun en el Censo de 1851, los 1,670 algodoneros que figuran representaban un número mucho mayor de establecimientos que empleaban cien o más hombres que el total de todos los

10. Un visitante alemán los describió como 'organización gremial', jactándose de encontrar allí un fenómeno continental familiar.

41,000 sastres, zapateros, fabricantes de maquinaria y motores, constructores, carreteros, curtidores, fabricantes de lana, de estambre, de seda, molineros, fabricantes de encajes y de loza vidriada que señalaban al Censo el volumen de sus establecimientos.

Pero una industrialización limitada en esta forma, basada esencialmente en un sector de la industria textil, no era estable ni segura. Nosotros, que vemos el periodo entre 1780 y 1840 a la luz de desarrollos posteriores, lo consideramos simplemente como la fase inicial del capitalismo industrial. Pero, ¿no podría ser también su fase final? La pregunta parece absurda porque obviamente no lo fue. Esto es subestimar la inestabilidad y tensión de esta fase inicial -sobre todo tres décadas después de Waterloo- y el malestar tanto de la economía como el de los que pensaron seriamente en sus perspectivas. En sus comienzos la industrialización británica sufrió una crisis, que alcanzó su mayor agudeza en la década de 1830 y a comienzos de la del 40. El hecho de que en modo alguno la 'crisis' fuera final sino de crecimiento, no debe llevamos a subestimar su seriedad, tal como persistentemente han estado inclinados a hacerlo los historiadores económicos (no sociales) (Checkland, 1964; Matthews, 1954).

La evidencia más obvia de esta crisis fue el descontento social que en sucesivas ráfagas se extendió por Inglaterra entre los últimos años de las guerras y a mediados de la década de 1840: Luddite y Radical, sindicalista y socialismo utópico, Demócrata y Cartista. En ningún período de la historia británica moderna el pueblo ha estado tan profunda, persistente y, a veces, desesperadamente descontento. En ningún otro periodo desde el siglo XVII podemos hablar de grandes masas revolucionarias, o discernir por lo menos un momento de crisis política (entre 1830 y el Acta de Reforma de 1832) en el que se hubiera podido desarrollar algo así como una situación revolucionaria. Algunos historiadores han tratado de minimizar la importancia de este descontento arguyendo que solamente indicaba que las condiciones de vida de los trabajadores (salvo las de

una minoría deprimida) mejoraban a un ritmo menos rápido que el previsto en las doradas perspectivas del industrialismo. Sin embargo la `revolución de las expectativas crecientes' se conoce más a través de los libros que en la realidad. Hay todavía que esperar para ver muchos ejemplos de gente dispuesta a levantar barricadas, porque aún no han podido pasar de la bicicleta al automóvil (aunque se está más dispuesto a ser militante si, una vez que se ha usado la bicicleta, uno empobrece a punto tal que ésta deja de estar a su alcance). Otros arguyen en forma más convincente que el descontento provino simplemente de la dificultad de adaptarse a un nuevo tipo de sociedad. Pero aún ésta - como lo aclararán los archivos de migración a los Estados Unidos- requiere un grado excepcional de privaciones económicas para que los hombres sientan que nada ganan a cambio de lo que dan. Tal descontento como fue endémico en la Inglaterra de estas décadas no pudo existir sin hambruna ni desesperación. Hubo mucho de las dos.

La pobreza de los británicos fue en sí un factor importante en las dificultades económicas del capitalismo, marcándole un estrecho límite al volumen y expansión de los productos británicos destinados al mercado nacional. Esto resulta obvio cuando se aprecia el contraste entre el agudo aumento *per capita* del consumo de ciertos productos de uso general después de la década 1840 (en los `años de oro' de la era victoriana) y la limitación de su consumo anterior. Así, el inglés medio entre 1815 y 1844 consumía menos de 20 libras de azúcar al año -en la década de 1830 y a comienzos de la de 1840 entre 16 y 17 libras; pero diez años después de 1844 su consumo se elevó a 34 libras anuales; y treinta años después de 1844 a 53 libras y en la década de 1890 entre 80 y 90 libras. Sin embargo, ni la teoría económica ni la práctica económica de la primera Revolución Industrial confiaba en el poder adquisitivo de la población obrera, cuyos salarios, se presumía, no podían apartarse mucho del simple nivel de subsistencia. Cuando

por casualidad alguno de sus sectores lograba ganar lo suficiente para gastar en ciertos productos al igual que sus "superiores" (como ocurrió de tanto en tanto al producirse los booms económicos) la opinión de la clase media deploraba o ridiculizaba esta presuntuosa falta de ahorro. La ventaja de los salarios altos, tanto como incentivo para una mayor producción como para ampliar el poder adquisitivo, no se descubrió sino pasado el medio siglo y de ella sólo se dio cuenta una minoría de empleadores ilustrados y progresistas como Thomas Brassey, empresario del ferrocarril. No fue sino en 1869 que John Stuart Mill, guardián de la economía ortodoxa, abandonó la teoría del 'Fondo de Salarios' que equivalía a una teoría de los salarios de subsistencia ¹¹.

Por el contrario, tanto la teoría económica como la práctica económica enfatizaron la crucial importancia de la acumulación de capital por parte de los capitalistas. Es decir, la máxima tasa de provecho y la máxima desviación de la ganancia (no acumulativa) de los trabajadores a los empleadores. Las ganancias hacían que la economía funcionara y se expandiera mediante la reinversión. Había que expandirse de todos modos ¹². Este punto de vista se apoyó en dos supuestos: primero, que el progreso industrial requería grandes inversiones, y segundo, que no se podía disponer de ahorros suficientes sin oprimir los ingresos de las masas no capitalistas. A la postre el primero resultó más cierto. Las primeras fases de la Revolución Industrial (digamos 1780-1815) fueron, como hemos visto, limitadas y relativamente baratas. A comienzos del siglo XIX la formación de grandes capitales no debe haber sido mayor

B. Sin embargo, algunos economistas estuvieron algo descontentos con esta teoría, por lo menos desde la década de 1830.

12. Es imposible precisar a cuanto llegó su expansión como parte del ingreso nacional durante este periodo; hay poca evidencia de caída de la parte de salarios en el ingreso nacional entre 1811 y 1842, y esto se produjo en una época en la que, en proporción a la población total, la población trabajadora creció muy rápidamente. Sin embargo, la pregunta es de difícil respuesta porque el material de que se dispone no es de ninguna manera adecuado.

del 7% del ingreso nacional, es decir, inferior a la tasa del 10% que algunos economistas de hoy consideran esencial para lograr la industrialización, y bastante lejos de las tasas de hasta el 30% de que se ha dispuesto para industrializaciones rápidas en países emergentes o en la modernización de países avanzados. No fue sino en las décadas de 1830 y 1840 que la formación de grandes capitales superó en Inglaterra el umbral del 10%, y para entonces la era de la industrialización (barata) basada en textiles, daba paso al ferrocarril, al carbón, al hierro y al acero. El segundo supuesto de que los salarios debían ser bajos fue totalmente erróneo, aunque en sus comienzos fuera plausible, porque entonces las clases más adineradas y los más poderosos intereses agrícolas, mercantiles y financieros no invertían en forma sustancial en las nuevas industrias. Los amos del algodón y los nuevos industriales tuvieron que ingeniárselas para conseguir un poco de capital inicial y desarrollarse utilizando sus ganancias, no porque hubiera gran escasez de capital sino porque casi no tenían acceso a las grandes fuentes. En 1830 tampoco hubo escasez de capital 13.

Hay dos cosas que preocuparon a los hombres de negocios y a los economistas de comienzos del siglo diecinueve: su margen de utilidades y la velocidad de desarrollo de sus mercados. Ambas fueron causa de preocupación, aunque hoy le damos mayor importancia a la segunda. Con la industrialización se multiplicó la producción y los precios bajaron dramáticamente –por la aguda competencia entre los pequeños y medianos productores rara vez se pudo recurrir a carteles o arreglos similares para fijar precios o restringir la producción

13. Posiblemente en Escocia hubo tal escasez general. Esta es la razón por la que el sistema bancario escocés desarrolló el sistema de capital social y de participación en la industria mucho antes que Inglaterra. Un país pobre necesita de algún mecanismo para concentrar las pequeñas cantidades de ahorro en un reservorio accesible a las inversiones productivas de gran escala, mientras que un país rico puede depender de los numerosos ríos y fuentes locales para aprovisionarse.

Impacto de la Revolución Industrial 199

Los costos de producción no se redujeron y en general no podían reducirse a la misma tasa. Cuando cambiaba el clima económico general, después de un largo período de inflación de precios a uno de deflación, lo que ocurría al finalizar las guerras, aumentaba la presión en los márgenes de ganancias, ya que en tiempos de inflación éstas se benefician con una alza extra y en tiempos de deflación van a la zaga. El algodón fue sumamente sensible a esta compresión de su margen de ganancias:

COSTO Y PRECIO DE VENTA DE UNA LIBRA DE ALGODON HILADO (Ellison, 1886: p. 61)					
año	materias primas	precios de venta		margen para otros costos y beneficios	
1784	2 s.	10 s.	11 d.	8 s.	11 d.
1812	1 s. 6 d.	2 s.	6 d.	1 s.	
1832	7 1/2 d.	11	1/4 d.	3	3/4 d.

Por supuesto que cien alzas de 4 peniques sumaban más que una sola de once chelines, pero ¿qué ocurría si la tasa de beneficios bajaba a cero, deteniendo la expansión económica por causa de la falla de su fuerza motriz y creándose el "estado estacionario" temido por los economistas?

Dada la rápida expansión de los mercados, esta perspectiva nos parece tan irreal como les parecía a los economistas de entonces (quizás a partir de 1830). Pero los mercados no se ampliaban con el ritmo necesario para absorber la producción con la tasa de crecimiento a la que la economía se había acostumbrado. En el país éstos estaban inertes y tal vez lo estuvieron aún más en la época pobre de la década del treinta y comienzos de la del cuarenta. En el extranjero, los países en desarrollo no querían importar tejidos ingleses (y el proteccionismo inglés acentuaba esta situación) y los países subdesarrollados, que eran base de la industria algodonera, no eran bastante grandes o no se desarrollaban con la suficiente velocidad como para absorber la producción inglesa. En las décadas posnapoleónicas

las cifras de la balanza de pagos nos muestran el extraordinario espectáculo de la única economía industrial del mundo y del único exportador serio de manufacturas incapaz de mantener un excedente de exportaciones en su intercambio de bienes y después de 1826 no sólo hubo déficit en el comercio sino también en sus servicios (barcos, comisiones de seguros, beneficios del comercio y servicios con el exterior, etc.) 14.

Ningún período de la historia de Inglaterra ha sido tan tenso y tan perturbado, política y socialmente, como la década de 1830 y los comienzos de la del 40, cuando tanto la clase trabajadora como la clase media, separadamente o en conjunto, demandaban lo que consideraban cambios fundamentales. De 1820 a 1832 este descontento se hizo uno en la demanda de la Reforma Parlamentaria, y la masa lo hizo patente mediante motines y manifestaciones y los hombres de negocios con el poder del boicot económico. Después de 1832, una vez logradas varias demandas de los radicales de la clase media, el movimiento obrero luchó y fracasó solo. Después de la crisis de 1837 la agitación de la clase media revivió bajo la bandera de la Liga contra la Ley del Maíz y la de las masas trabajadoras se amplió hasta convertirse en un movimiento gigantesco en pro de la Carta Constitucional del Pueblo, aunque los dos movimientos ya funcionaban independientemente y en oposición. Pero los dos estaban preparados para situaciones extremas, especialmente durante la peor de las depresiones del siglo diecinueve, la de 1841-42. El Cartismo se decidió por la huelga general y los extremistas de clase media por un lock-out nacional, que al llenar las calles de obreros hambrientos obligara al gobierno a la acción. Gran parte de la tensión en el período entre 1829 y 1846 se debió a esta combinación de la desesperación de las clases trabajadoras por no tener lo suficiente para comer, con la de los industriales,

14. Para ser más preciso, este balance fue ligeramente negativo en 1826-30, positivo en 1831-5, y otra vez negativo en todos los quinquenios desde 1836 a 1855.

quienes sinceramente creían que las medidas políticas y fiscales dominantes ahogaban lentamente la economía y tenían motivos para alarmarse. En la década de 1830 incluso para los criterios menos refinados del progreso económico, el ingreso real per cápita (no debe confundirse con el promedio standard de vida) sufrió una baja, lo que por primera vez ocurría desde 1700. Si no se tomaban medidas apropiadas, ¿no se derrumbaría la economía capitalista? ¿No daría esto lugar, como en toda Europa los observadores empezaron a temer alrededor de 1840, a la rebelión de las masas empobrecidas y desheredadas? Marx y Engels señalaron acertadamente que en la década de 1840 el espectro del comunismo rondaba Europa. Si bien esta perspectiva era menos temida en Inglaterra, el espectro de la bancarrota económica era igualmente aterrador para la clase media.

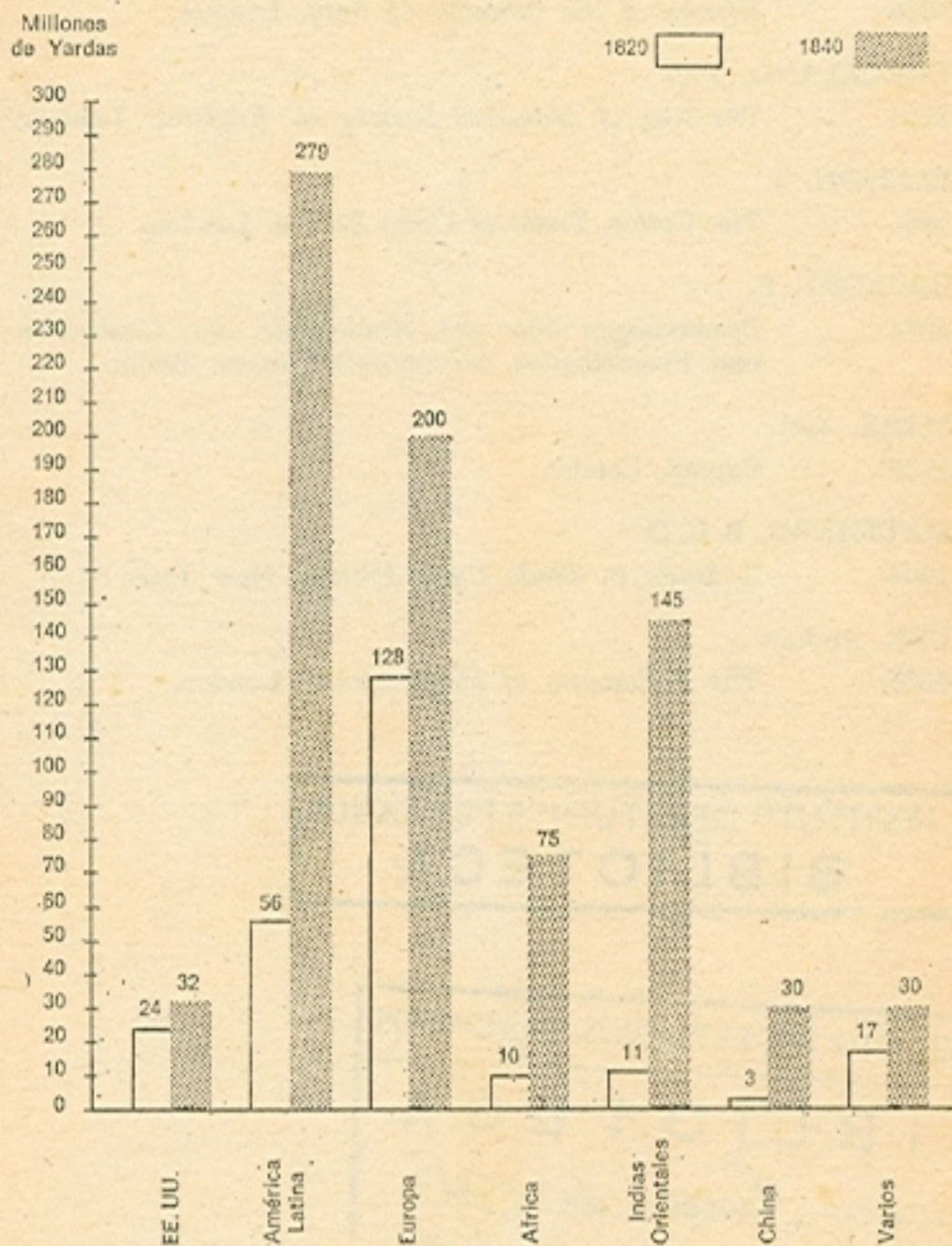
Hemos visto como la primitiva economía industrial de Inglaterra confiaba en el mercado internacional para su expansión. Tenía que hacerlo, pues con excepción del carbón, sus reservas de materias primas no eran muchas y las industrias básicamente importantes, como la del algodón, dependían enteramente de este tipo de importación. El mercado extranjero jugó un papel más decisivo aún en las principales industrias. Resulta más obvio en el caso del algodón: a comienzos del siglo XIX se exportaba más de la mitad del valor total de su producción y casi sus cuatro quintas partes a fines de siglo. Y, a partir de mediados del siglo diecinueve, el hierro y el acero exportado a los mercados extranjeros alcanzó casi a un 40% del grueso de su producción.

El patrón de las exportaciones inglesas era muy parecido, aunque sin llegar a los extremos del algodón: un desplazamiento permanente de los mercados modernos, resistentes y competitivos hacia los subdesarrollados. Dos áreas del mundo fueron de especial importancia para Inglaterra en este sentido.

La primera fue Latinoamérica que salvó, justo es decirlo, a la industria inglesa del algodón en la primera

mitad del siglo diecinueve, al convertirse en el único gran mercado para sus exportaciones -que llegaron a un 35% en 1840, sobre todo Brasil. A fines del siglo decayó en importancia, a pesar de que Argentina se convirtió, como colonia informal, en un importante mercado. El segundo fue el de las Indias Orientales (que llegaron a ser tan importantes que se convirtieron en la India y el Lejano Oriente). Pronto se convirtieron en absolutamente cruciales. En 1840, después de las guerras napoleónicas, estas regiones del 6% de las exportaciones llegaron a absorber el 22%; en 1850 el 31%; y casi el 60% después de 1873. La India consumió la mayor parte -casi del 40 al 45% después del primer ímpetu de la Gran Depresión. Vemos entonces que Inglaterra tenía buenos motivos para favorecer la independencia de Latinoamérica y para `abrir` China.

La 'fábrica del mundo'
Exportación de textiles de algodón hacia varias
partes del mundo, 1820-1840



REFERENCIAS CITADAS

BARTON, T.

1876 *History of the Borough of Bury*. London.

CHECKLAND, S. G.

1954 *The Rise of Industrial Society in England*. London.

ELLISON, T.

1866 *The Cotton Trade of Great Britain*. London.

HARKORT, F.

1844 *Bemerkungen über die Hindernisse der Civilisation und Emancipation der unteren Klassen*. Berlín.

MARX, Karl

1938 *Capital*. London.

MATTHEWS, R. C. O.

1954 *A Study in Trade Cycle History*. New York.

URE, Andrew

1935 *The Philosophy of Manufactures*. London,

El texto de este libro está trabajado en caracteres Caledonia de 10 pts. con interlínea de 1 p. y las citas en Caledonia de 8 pts. con 1 p. de interlínea. Los títulos en Garamond de 18 pts. y los nombres de los autores en Garamond negro cursivo de 12 pts. La caja es 22 líneas por 40. La impresión concluyó el 26 de enero de 1972 en los talleres de **INDUSTRIAL**gráfica S. A., Chavín 45, Lima 5.